

Montañeros,

UNA CUESTIÓN DE FUERZA

SERIE MONTAÑEROS LIBRO #2

J. DE LA ROSA

MONTAÑEROS
Una cuestión de fuerza

Serie Montañeros Libro #2

J. DE LA ROSA

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *Montañeros, una cuestión de fuerza*

Copyright © 2019 - *J. de la Rosa*

Primera edición, marzo 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Contacto:

[http://docerazones.blogspot.com.es/
josedelarosa.v@gmail.com](http://docerazones.blogspot.com.es/josedelarosa.v@gmail.com)

Gracias por comprar esta novela.

Montañeros,

UNA CUESTIÓN DE FUERZA

SERIE MONTAÑEROS LIBRO #2

J. DE LA ROSA

Escucha la música que ha inspirado la novela en la *Playlist de Spotify*: **#Montañeros**

Descubre las imágenes que me llevaron a los personajes, los escenarios donde se desarrolla, el ambiente. Sigue mi carpeta de *Pinterest*: **#Montañeros**

No olvides que tu casa está en mi blog
docerazones.blogspot.com

Me tienes en:

<https://www.facebook.com/josedelarosa.v>
<https://www.instagram.com/josedelarosafr/>
<https://twitter.com/JosdelaRosav>
<https://es.pinterest.com/josedelarosa/>

¡Gracias!

— *Índice* —

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTRAS NOVELAS DE J. DE LA ROSA](#)

CAPÍTULO 1

No conseguía sacárselo de la cabeza y no entendía muy bien por qué. En cierto modo no tenía muy claro qué era lo que había visto. Un par de segundos, quizá menos. Una sombra entre los árboles, el movimiento de unas ramas. El resto podía ser fruto de su imaginación. Una imaginación que, según su primo Chaz, lo metía siempre en problemas.

Carlisle apartó aquella imagen fantasmagórica de su cabeza y azuzó el caballo cuando el pueblo de Great Peak apareció ante él. La primavera en las montañas venía acompañada de deshielos y en un año como aquel, donde el invierno se había vestido de blanco de manera permanente, era necesario tener cuidado.

El pequeño poblado, colgado de las escarpadas paredes de la montaña, era un grato espectáculo en aquella estación. El bosque parecía avanzar hasta meterse en sus calles, ocupar sus plazas y llenarlas de trinos de la mañana a la tarde. También estaban las flores, a pesar de que Carlisle no solía reparar en esas cosas. La señora Foster se había empeñado en plantar arriates en la calle principal, que ella misma se encargaba de cuidar. El Consejo, compuesto de hombres hoscos y poco dados a estas cosas, solo había estado de acuerdo porque de otra manera ella habría insistido, en cada reunión, en cada encuentro fortuito por las calles de Great Peak, constante, insistente, como una deuda por pagar.

Carlisle no tardó en llegar a la antigua bodega de Jack «Salsa de tomate» McDogerty, el viejo comercio abandonado que usaba el Consejo para sus reuniones. Ató su montura frente a la puerta y entró sin llamar. Un Mountain no pedía permiso. Así les había enseñado el abuelo Jeff. Aquellas montañas, aquellos valles les pertenecían por derecho y los habitantes del pueblo solo estaban allí porque la familia Mountain tenía la gentileza de permitirlo. Tampoco es que él estuviera muy de acuerdo con las viejas costumbres, pero se metería en problemas con la familia si no las acataba.

Como en otras ocasiones, el Consejo de Great Peak estaba reunido alrededor de una vieja mesa de madera. El alcalde Johnson no parecía estar de muy buen humor. La señora Foster se acababa de llevar una mano al pecho, algo que repetía cada vez que se asustaba. Solo O'Brian no dio muestras de

nerviosismo al verlo aparecer. Era el médico del pueblo desde mucho antes de que él naciera, lo había traído al mundo, y eso le daba cierta seguridad frente a los beligerantes montañeros.

—Pensaba que vendría tu primo Jedidiah —comentó el alcalde al verlo aparecer.

Carlisle ni cerró la puerta ni terminó de pasar al interior. Como en otras ocasiones se apoyó en el marco, masticando una brizna de hierba, mientras observaba a sus vecinos con cierto cansancio.

—Los lobos están atacando los rebaños —respondió—. Ha tenido que subir a las cumbres. Espero que yo te sirva, Johnson.

El alcalde se apresuró a calmarlo. Lo peor que podía pasarle era que uno de esos montañeros se sintiera ofendido, y tenían un amor propio tan acusado que una simple brisa matutina bastaba para encolerizarlos.

—Por supuesto, por supuesto —de hecho, aquello lo tranquilizaba. El mayor de los Mountain le producía cierto desasosiego. Y no es que Carlisle le dejara impasible, pero parecía el más razonable de los tres salvajes muchachos—. Ya está todo listo. Solo falta la firma de uno de vosotros.

Con cierto reparo le tendió el documento. Carlisle lo observó en el aire, balanceándose hacia él. Tardó en cogerlo. Las instrucciones de su primo habían sido claras: fiate de ellos. Algo que iba en contra de su temperamento levantisco, pero a Jedidiah se le obedecía sin rechistar.

Lo leyó con cuidado. A su alrededor se había alzado un silencio mortal. Se diría que ninguno de los miembros del Consejo se atrevía a respirar mientras Carlisle recorría con sus claros ojos azules cada una de las líneas. Lo cierto era que no entendía el enrevesado lenguaje técnico, pero de eso no se iban a enterar los vecinos de Great Peak allí reunidos.

—Está bien —lo arrojó sobre la mesa—. ¿Con esto quedará todo resuelto?

—Eso esperamos —contestó O'Brian, que hacía de secretario—. Julie ha hecho un trabajo extraordinario. Está todo ahí, como habrás visto.

Desde que Julie había llegado al pueblo, tres meses atrás, y había entrado a formar parte de la familia Mountain, todos estaban más tranquilos. Era como un bálsamo que había templado el excitable temperamento de aquellos salvajes.

Aquel documento experto exponía, a grandes rasgos, las razones por las que las tierras de tío Rhett Mountain debían ser protegidas y nunca, jamás, se permitiría abrir la dichosa mina de plata que tenía planeada. Carlisle dio un par de pasos hacia la mesa y varios de los miembros del Consejo,

instintivamente, se echaron hacia atrás. Tomó un bolígrafo, chupó la punta, y buscó un hueco libre entre las demás firmas.

—¿Aquí?

El alcalde asintió, mientras Carlisle, en nombre de la familia Mountain, daba por cerrado el proyecto minero de tío Rhett, el más peligroso de aquellos desalmados, lo que le produjo una enorme satisfacción.

—Bien —dijo Johnson satisfecho—. A partir de ahora todo volverá a la normalidad. Y ya es hora de que nos marchemos. Seguro que todos estamos muy ocupados.

Se puso de pie, dando por terminada la reunión. En verdad podían haber cerrado todo aquello hacía una hora, pero sin la firma de al menos uno de los Mountain el documento no tendría todo el peso que era necesario. Los demás lo imitaron, pero detuvieron sus movimientos, como si fueran una imagen congelada, al ver que el joven Mountain no hacía el más mínimo ademán de marcharse.

Todos se quedaron mirándolo. No era una buena señal. Con aquella gente siempre podía suceder cualquier cosa, ninguna buena.

Carlisle se removió inquieto. Descruzó los brazos para volverlos a cruzar. Al fin habló.

—He visto algo.

Los vecinos se miraron entre sí. La forma de decirlo había sido extraña. Un tanto misteriosa.

—¿Algo? —preguntó el alcalde.

Carlisle recapacitó. Su maldita imaginación. Eso habría dicho Chaz. Solo había sido una sombra entre los árboles. Nada más.

—Es una tontería —se arrepintió de haber hablado—. Lo mejor es no preocuparse.

Darius O'Brian sentía curiosidad. Conocía a Carlisle desde siempre y no era habitual en él ponerse nervioso.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

De nuevo lo dudó. «No hay de qué preocuparse». Eso habría dicho el abuelo. Y menos aún dejar ver a los demás la menor señal de debilidad. Volvió a mirar a sus vecinos. La cara de inquietud de todos ellos era un espectáculo. No estaba seguro de si se debía a lo que pudiera haber visto o a cómo reaccionarían el resto de los Mountain si lo que contaba era una inconveniencia. Al final se animó a confiar en ellos. ¿No era eso lo que le había dicho Jedidiah?

—Ha sido arriba, junto a Widows Peak. Cuando venía de camino.

El alcalde no acababa de entenderlo.

—¿Una avalancha? Es época de avalanchas. Hay que tener cuidado con los caminos.

Se rascó la cabeza.

—En verdad no estoy seguro, pero desde luego no era una avalancha.

—Nos estás intrigando —intervino de nuevo el buen doctor.

Una vez más, Carlisle volvió a mirarlos uno a uno antes de responder.

—Creo que he visto a una mujer.

El rostro de estupefacción de los miembros del Consejo era evidente.

—¿Una mujer? —preguntó el pastor—. ¿Allí arriba? Imposible. Antes tendría que haber pasado por el pueblo y la señora Jefferson la habría visto.

—¿Insinúa algo? —inquirió la aludida.

—Por supuesto que no, querida. Pero tu casa está junto a...

—Era una mujer velada —añadió Carlisle.

Su voz sobresalió sobre todas las demás, y fue acompañada por un profundo silencio.

—¿Velada? —se atrevió a preguntar Johnson.

¿Por qué lo había contado? Se recriminó. Era absurdo. Ninguna mujer había subido a los picos en años. Bueno, Julie sí, pero acompañada por Jedidiah. Ir sola allí arriba, sin conocer el terreno, era un suicidio.

—Lo cierto es que no estoy seguro —intentó retractarse—. Quizá solo era una sombra. Ha sido visto y no visto. Desapareció en la espesura.

—¿Ha dicho que ha visto a una mujer velada? —preguntó la señora Foster en voz baja a O'Brian.

—Seguro que lo ha confundido con un jabalí —respondió el doctor, lo suficientemente alto como para que los demás lo oyeran y se tranquilizaran—. Están nerviosos en esta época del año.

A Carlisle no le gustó aquella apreciación.

—Sé distinguir a un jabalí, O'Brian. Era una mujer. Una mujer con un largo velo negro. Al menos eso me pareció ver.

—Por supuesto —se apresuró a intervenir el alcalde—. Nadie lo duda, joven Carlisle. Lo investigaremos a fondo, ¿verdad? Quizá sea una excursionista. Empiezan a llegar a mansalva.

—¿Con un velo?

—No le demos más importancia. El asunto queda en manos del Consejo. Olvídalo y disfruta de este día que nos ha regalado la primavera —Johnson

palmeó al aire, zanjando aquel tema—. Disfrutemos de una nueva época de gloria para Great Peak.

—Por supuesto —se reafirmó el doctor—. Es posible que no fuera nada. A veces, las sombras de los árboles juegan malas pasadas.

Todos lo dieron por hecho. Parecía que aquello no preocupaba a nadie. Carlisle también llegó a esa conclusión, al ver la desenvoltura de sus vecinos. Las sombras de los árboles. Eso había sido. Como las nubes se empeñaban en adquirir extrañas y desconcertantes formas.

Se despidió levantando una mano. No era necesario nada más.

Cuando los cascos de su caballo resonaron en el camino, la señora Foster cerró la puerta de golpe, impidiendo que ninguno de los miembros del Consejo abandonara la bodega.

—¡La ha visto! —dijo en voz baja. Como si Carlisle aún pudiera oírla.

El alcalde intentó quitarle importancia.

—Es solo una leyenda, señora Foster. No debemos dar crédito.

Pero ella sabía de lo que hablaba. Y muy bien. A su edad había sido testigo de lo que había supuesto la aparición de la Dama Velada en aquellas montañas.

—Tu padre la vio, Johnson, lo sabes, y mira lo que le pasó.

—Fue solo una casualidad —no le gustaba hablar de aquello—. Resbaló en el hielo y se partió la crisma. Es uno de los peligros de vivir en la montaña.

—¿Y el abuelo Benson?

—Un infarto —se defendió de nuevo—, según determinó el padre de Darius.

La señora Foster no se daba por vencida. Miró alrededor. Sus vecinos mostraban cautela. Era una mujer con ascendencia sobre aquel pueblo. Respetada y querida. No decía esas cosas para asustar a aquella buena gente, sino para advertirlos.

—Un infarto a los pocos días de haber visto a la Dama Velada —insistió—. Eso sin contar a Tom «Cara de cuchillo». Él la vio nítidamente atravesando un claro del bosque y ese año los lobos se comieron la mitad de su rebaño.

O'Brian dio un paso al frente. No le gustaba aquella conversación, como a ninguno de ellos. Todos estaban al tanto de las leyendas y rumores de Great Peak, y aquel no era uno que agradara a nadie.

—¿Qué nos está queriendo decir, señora Foster?

La anciana volvió a recorrer los rostros expectantes de sus vecinos. Antes

de que terminara el deshielo quizá uno de ellos ya no estuviera allí.

—Que la desgracia se cierne sobre los Mountain —dijo despacio—, y posiblemente sobre todos nosotros.

CAPÍTULO 2

El señor Forrester paseó su mirada a través de la amplia ventana de su despacho. Las últimas plantas de los rascacielos eran las más cotizadas y encima de él solo estaba el amplio y nuboso cielo de la gran ciudad.

No había sido una carrera fácil. Había empezado desde abajo, como todos en aquella empresa, y solo el trabajo duro, las noches sin dormir y la dedicación exclusiva a aquel bufete de abogados le había permitido alcanzar su meta. Ahora era el director gerente de Barrett&Forrester, además de socio mayoritario. La persona más poderosa de aquel edificio, la más importante. Claro que había tenido que dejar algunas cosas por el camino. Dos exesposas que vivían a costa de su dinero, tres hijos que no le hablaban y todos sus amigos. Pero nada era comparable con aquella sensación indescriptible de poder, de tener el mundo al alcance de la mano, de éxito.

—Señor Forrester —se excusó su secretaria, apareciendo discretamente por la puerta, que siempre estaba entreabierta, nunca cerrada—, la señorita McDogerty está aquí.

Él se giró en su asiento. La había mandado llamar y precisamente eso era lo que había provocado aquella cascada de pensamientos. ¿Desde cuándo no hacía memoria de todos sus logros? Quizá aquel fuera otro de los valores de su joven empleada.

—Hágala pasar. ¿Le ha ofrecido algo de beber?

—Por supuesto, señor. No le apetece nada.

La secretaria salió con la misma discreción que había entrado, para volver al instante dando paso a una mujer joven y bonita. Iba vestida como se esperaba de ella: con un sobrio traje de chaqueta negro, falda ajustada y por debajo de la rodilla, camisa blanca y un sencillo collar de perlas que hacía juego con los pendientes. El cabello muy rubio lucía recogido en un moño bajo, en la nuca. Gafas poco favorecedoras pero que acentuaban una seriedad de la que posiblemente dudaba. Tacón alto. Medias transparentes. La imagen perfecta de una joven abogada que intenta labrarse un futuro en el mejor bufete de la ciudad.

—Señorita McDogerty —saludó Forrester poniéndose de pie. Era tanto una bienvenida como un reconocimiento.

—Llámeme Elizabeth, por favor.

—Tome asiento. Me preguntaba desde cuándo está usted con nosotros.

Lo hizo en la silla que le indicaba, al otro lado de la enorme mesa de despacho. Era la primera vez que accedía a la última planta del edificio, la Guarida de los Dioses, como la llamaban sus compañeros, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no parecer todo lo asombrada que estaba. La mesa era exquisita. ¿Siglo XVIII? Eso le parecía. Lo que colgaba a su derecha era un Picasso y a su izquierda un Modigliani. La ajada alfombra debía tener más de cien años y por lo mullida que era, miles de nudos. No quiso mirar más, no era de buen gusto mostrar tanto asombro, y menos ante el puntilloso señor Forrester.

—Fui becaria mientras terminaba los estudios —contestó al fin, intentando recuperarse de su asombro—. Así que llevo trabajando para usted siete años en total.

—Y aún no ha cumplido los treinta.

—Estoy a un par de años de eso, señor.

Los ojos de su jefe brillaron. Tomaba como suyos los éxitos de sus empleados, y aquella señorita, al parecer, siempre era un motivo de satisfacción.

—Asombroso —se frotó las palmas de las manos, como si tuviera frío—. Gente como usted es la que necesitamos en Barrett&Forrester. ¿Cuántos casos ha ganado desde que trabaja con nosotros?

Elizabeth se sonrojó. Presumir de sus méritos no era algo que le gustara.

—No he perdido ninguno, señor.

—Eso me habían dicho —de nuevo aquella satisfacción que incluso salía de su cuerpo, como agua derramada—, pero quería oírlo de su propia boca. Yo era como usted, Elizabeth. Un tiburón. Un león. Los alevines y los corderos no son bienvenidos en este bufete, y me alegro de que usted sepa dónde está.

Se lo agradeció con una sonrisa.

—Gracias, señor.

El silencio se hizo entre los dos. El señor Forrester la miraba como si se tratara de una hija pródiga, lo que provocó que Elizabeth empezara a ponerse nerviosa.

—Supongo que se preguntará por qué la he llamado —dijo al fin su jefe.

—Tengo curiosidad.

—¿Cuándo fue la última vez que usted y yo hablamos?

Aquella pregunta sonaba a trampa. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si no

era con ella con quien quería hablar?

—Nunca, señor. Usted y yo no hemos hablado nunca.

Creyó ver cierta perplejidad en el rostro de su jefe, pero fue solo un instante. Una sonrisa cómplice apareció en los labios del señor Forrester.

—Lo sé —volvió a frotarse las manos—. Quería saber si también era consciente de eso.

—Lo soy, señor.

Elizabeth empezó a preguntarse si todo aquello no era una equivocación. Era cierto que llevaba años trabajando duro para aquel bufete, que era buena en lo suyo, muy buena de hecho, pero había compañeros y compañeras más cualificados, mejor preparados y con más experiencia. Había llegado el momento de preguntar, de la manera más delicada posible, para qué estaba allí. Pero su jefe se le adelantó.

—Tenemos un cliente complicado y he pensado en usted.

Lo que acababa de oír sonaba a bendición. Allí estaba la oportunidad que esperaba. Hasta aquel momento los éxitos de Elizabeth pasaban directamente a engrosar los de su jefe de departamento, con el convencimiento por parte de ella de que su esfuerzo resultaba totalmente desapercibido. Pero todo indicaba que la fama de caza talentos del señor Forrester no era en vano. Al parecer había reparado en ella.

—Es un honor, señor —contestó, mientras notaba cómo latía con fuerza su corazón en el pecho.

—Su caso no reviste mucha dificultad —continuó Forrester—, pero su carácter...

—¿Excéntrico?

—Usemos esa palabra. No encuentro ninguna en mi vocabulario que se ajuste a lo que he tenido que soportar. Solo ha accedido a tratar conmigo. Solo conmigo, algo que no suelo aceptar. Pero hemos comprobado su solvencia y es excelente. Nuestro cliente también ha sido claro con lo que quiere: un abogado que sea capaz de darlo todo, que no tenga escrúpulos, que no se asuste ante el contrincante, que soporte la presión, que tenga la agresividad necesaria. Y he pensado en usted.

No estaba muy segura de si todos aquellos calificativos encajaban en su perfil. Era eficiente, tenaz y no se achicaba ante las situaciones de estrés. Por eso le cogió de sorpresa.

—¿En mí? ¿Esas son las razones?

—Por supuesto —más refriega de manos—, antes he pedido la opinión a

su jefe inmediato y él ha estado de acuerdo en que usted cumple todos los requisitos. Con creces.

—Me halaga —aquello era sorprendente, y muy satisfactorio. El señor Forrester era un ejemplo a seguir para todo su equipo—. ¿Podría conocer los aspectos principales del caso?

Él le quitó importancia con un aleteo de la mano.

—Acaban de bajar el expediente a su despacho, pero a grandes rasgos puedo contarle que nuestro cliente es propietario de unos terrenos ricos en mineral de plata, que quiere ejercer su legítimo derecho a explotarlos, y que complicaciones técnicas se lo impiden.

—¿Complicaciones técnicas, señor?

Un gesto de fastidio apareció en el rostro de su jefe. Solía vislumbrarse cuando la realidad no se ajustaba a sus intereses.

—Una extraña especie de reptil, según creo —le expuso con desgana—, en peligro de extinción, que habita cerca de sus tierras. Usted deberá sortear esta inconveniencia y encontrar la forma de que nuestro cliente pueda abrir su mina.

Era experta en Derecho Medioambiental, quizá por eso habían pensado en ella. Aunque el señor Forrester parecía verlo muy claro, cuando había especies en peligro de extinción los jueces eran tajantes y pocas veces permitían una intervención. Prefirió no decir nada hasta haber estudiado el caso.

—De acuerdo, señor —se puso de pie. No quería parecer inoportuna—. Me pondré con ello de inmediato.

—Aquí no. Allí.

Se sentó de nuevo.

—¿Allí?

El señor Forrester unió los dedos de ambas manos, como si albergara un huevo místico en su interior.

—Nuestro cliente quiere que trabaje sobre el terreno, que conozca lo que se traen entre manos, con quienes confabulan para amputarle un derecho legítimo. Quiere que los mire a los ojos y les diga que no tienen nada que hacer, que el Sagrado Derecho ampara al dueño de esas tierras. Eso quiere que haga.

Ahora entendía lo de los tiburones y los alevines. Necesitaba que su presencia ejerciera presión. Que su lista de títulos y de éxitos pesaran sobre el otro bando. Que su experiencia se pusiera a prueba.

—Por supuesto, señor —no podía hacer otra cosa que aceptar el reto—. Puedo partir en cualquier momento.

No se atrevió a ponerse de nuevo de pie, aunque todo indicaba que la reunión había terminado.

El señor Forrester la miraba con una sonrisa enigmática en los labios. Al fin habló.

—¿Está usted casada?

La pregunta la desconcertó.

—No.

—¿Prometida?

—No, señor.

—¿Alguien en su vida?

No llevaba bien que indagaran en su privacidad. Incluso tratándose del hombre que pagaba su muy generoso salario. Notó cómo se sonrojaba, pero intentó no ser demasiado agresiva.

—No sé si es necesario responder a eso.

Él asintió con la cabeza, un gesto de comprensión que cuadraba mal con su personalidad.

—Nuestro cliente ha insistido en que usted debe darlo todo. El ciento diez por cien de su tiempo. No queremos distracciones, Elizabeth.

Parecía coherente. Extraño pero coherente.

—No tengo hijos, ni padres, ni novios, si es lo que le preocupa. Ni intención de que nada de eso cambie próximamente.

Una vez más el señor Forrester volvió a frotarse las manos. A Elizabeth le recordó una ardilla preparándose para un festín de nueces. Al fin se puso de pie y ella lo imitó.

—De acuerdo. Partirá usted mañana —le tendió la mano—. Mi secretaria le entregará toda la documentación del viaje. Aunque hay algo más.

—¿Algo más?

Forrester sonrió de aquella manera algo triste, porque sus ojos parecían ignorar a sus labios.

—Nuestro cliente no quiere que lo moleste.

Lo miró perpleja.

—¿Voy a ir a sus tierras pero no voy a conocerlo, señor?

Él negó con la cabeza, enérgicamente.

—No. En ningún caso. De ninguna manera. Cualquier duda la aclararemos entre usted y yo. Él debe quedar al margen. ¿Lo ha entendido? Ya le dije que

era un tanto excéntrico.

—Lo he entendido —en verdad no entendía nada—. ¿Puedo preguntarle algo, señor?

Forrester miró su reloj. Por primera vez dio síntomas de incomodidad. Solía ser él quien marcaba la pauta. Lo contrario le ponía nervioso. Una secuela de sus años en los tribunales, donde el último que hablaba tenía las de ganar.

—Sí —dudó—, aunque llego tarde a un almuerzo.

—¿Dónde tengo que ir?

¿Cómo se le había olvidado decírselo? Se recriminó amablemente el señor Forrester. Debía haber empezado por ahí.

—A las montañas del Este —lo dijo como si fuera algo evidente—. A un lugar remoto llamado Great Peak. No lo he encontrado en el mapa, pero mi secretaria asegura que existe, ¿no es sorprendente?

Elizabeth se preguntó si el ligero desvanecimiento que acababa de sentir al oír el nombre de aquel lugar había sido advertido por su jefe.

—Y cómo... cómo se llama nuestro cliente —preguntó, temiendo lo peor.

—El señor Mountain. Un tipo de cuidado.

CAPÍTULO 3

Aparte de las reuniones del Consejo, nadie entraba en la antigua bodega de Jack «Salsa de tomate» McDogerty desde el aciago día en que un oso dio cuenta de sus huesos. Por eso, cuando Carlisle Mountain vio aquella sombra siniestra a través de la ventana supo que algo extraño estaba sucediendo allí dentro.

En lo primero que pensó fue en la Dama Velada. Conocía la leyenda desde que tenía uso de razón, como todos los habitantes de Great Peak, aunque se hubiera hecho el nuevo delante del Consejo. Pero siempre había pensado que era solo eso, una vieja leyenda para asustar a los niños en las frías noches de invierno, junto a la chimenea.

Ahora no estaba tan seguro de ello.

Podría jurar que lo que había visto días atrás en las cumbres era una mujer con una especie de velo oscuro sobre la cabeza. Y ahora, al pasar por delante de la destartalada bodega, volvía a ver aquello, una sombra fugaz en un lugar donde no debía de haber nada.

Bajó de su montura y la ató a la rama de un árbol. Se sintió ridículo, pero... ¿y si una familia de osos salvajes había decidido tomar aquella vieja construcción como su nuevo hogar? Estaba a la entrada del pueblo y podía ser peligroso para los vecinos. Aquel argumento, un tanto absurdo, le hizo sentir menos estúpido. Al menos tenía algo con que defenderse si alguien lo descubría merodeando en una propiedad privada.

Lo primero que hizo fue otear por las ventanas. Había dos en la fachada que daba al camino. Eran más bien angostas, porque recibían los vientos del norte, pero suficientes para ver el desvencijado interior.

Le extrañó que estuvieran cegadas. Amarillentas hojas de periódicos atrasados ocultaban los cristales. Juraría que no estaban allí cuatro días antes, cuando había acudido a firmar los documentos que el Consejo necesitaba enviar a la capital. Pero no estaba seguro. En el bosque jamás se le escapaba un detalle. En el pueblo... los Mountain eran animales de viento y montaña, no de carreteras y ladrillos.

Bordeó la construcción hasta llegar a la fachada: un porche donde antaño había un par de mesas en la única cantina que había conocido Great Peak y que

ahora era pasto de la podredumbre. La ventana de aquel lado también estaba cegada, y la puerta... el candado estaba en el suelo, así como la cadena que velaba porque nadie, aparte del Consejo, usara aquella propiedad incierta sin un permiso especial. Solo el alcalde Johnson tenía potestad para acceder y era muy puntilloso con los permisos.

Carlisle tensó la espalda cuando empujó la vieja hoja de madera y esta dejó al descubierto el interior de la bodega.

Sin darse cuenta sus pulmones soltaron el aire retenido. El amplio espacio de lo que fue tienda de ultramarinos y cantina estaba tan vacío como en los últimos años, excepto por la vieja mesa y las sillas desparejadas que se apilaban contra una pared, la barra donde los hombres del pasado tomaban el aguardiente, y una gran estantería troquelada que formaba parte de la pared.

Al parecer su visión había sido solo una ilusión óptica, una imagen proyectada por su efervescente imaginación que, como otras veces...

Fue entonces cuando oyó el ruido.

Esta vez no fue ninguna alucinación. Recordaba bien aquel edificio. Abajo el negocio y arriba la vivienda. Era un crujido de madera proveniente el piso superior: El bramido quejumbroso que producen los pasos sobre un entarimado ajado por el tiempo.

Era indudable que allí dentro había alguien, o algo, y no se iba a marchar sin descubrir de qué diablos se trataba. Los sonidos en la planta superior se hicieron más acusados. Era evidente que aquello se estaba desplazando y, si su oído no le engañaba, iba hacia las escaleras que comunicaban con la planta inferior.

Carlisle dio un paso hacia el interior de la bodega, usando la pared como parapeto. Si aquella cosa bajaba hasta donde se encontraba no podía sorprenderlo en medio de la estancia. Debía llegar al otro lado y usar el ángulo de la vieja barandilla como refugio hasta que tuviera la oportunidad de actuar.

Con la vista clavada en las apulgaradas vigas del techo y el oído aguzado, atravesó la estancia con cuidado de no hacer ningún ruido. Solo aceleró cuando los crujidos de la madera cambiaron de tono. Eso significaba que aquella cosa acababa de poner un pie, o una pezuña, en el primer escalón, y que en pocos segundos lo tendría al alcance.

De un par de zancadas logró ponerse a cubierto y permaneció expectante, dispuesto a atacar si fuera necesario.

Pasos sigilosos fueron descendiendo, escalón a escalón, hasta que de

nuevo el sonido cambió de frecuencia y Carlisle comprendió que había llegado justo a donde él estaba, al pie de la vieja escalinata. A solo un metro escaso de su escondite.

No lo pensó.

La sorpresa era un factor decisivo.

Salió de un salto para encararse a lo que fuera y entonces...

—¿Qué haces aquí? —oyó.

Una mujer. Allí había una mujer. De carne y hueso.

Ella lo miraba con curiosidad. Con la cabeza ladeada y una expresión seria, de pocos amigos. Era joven y bonita. Con el largo cabello rubio suelto sobre la espalda. Tejanos y una camiseta blanca enmarcada en un escote generoso.

—Yo... yo... —no fue capaz de articular palabra.

Algo brilló en los ojos de la joven. Como si de repente se encendiera una luz allí dentro. Relajó la expresión. Incluso sonrió levemente.

—Eres... —lo dudó un instante—. ¿Eres Carlisle Mountain?

—Yo... yo... —volvió a repetir, porque al parecer aquella chica lo conocía, pero él nunca, jamás se había topado con aquella mujer preciosa. De eso estaba seguro. Tan seguro como que ahora estaba noqueado. Impactado.

—No te he oído entrar.

Tras decir aquello ella se relajó, como si un supuesto peligro hubiera desaparecido, cuando precisamente estar a solas con un Mountain era una decisión cuanto menos temeraria, y se apartó el cabello de la cara con un gesto coqueto. Parecía que lo conociera de toda la vida, algo imposible porque Carlisle jamás hubiera olvidado a una mujer así.

—La puerta... —balbuceó él—, la puerta estaba abierta.

Los ojos de la mujer brillaron divertidos. Se mordió el labio inferior, algo que Carlisle siguió como si la vida le fuera en ello.

—Así que aún no me has reconocido.

¿Es que la tenía que reconocer? Aguzó la mirada. Impresionantes ojos azules. Labios carnosos. La piel que se vislumbraba entre la cinturilla del pantalón y el borde de la camiseta era dorada y perfecta.

—¿Elizabeth? —le vino a la cabeza como un foganazo.

—¡Al fin! —soltó una carcajada que a él le sonó a gloria—. Me alegro de verte. Hace... Ufff... mucho tiempo.

¡Era Elizabeth! La última vez que la vio era pecosa, con el cabello corto, brazos demasiado largos, piernas enclenques y un pecho tan plano como un

árbol joven. ¿Cómo se había producido aquel milagro?

—¿Diez años? —acertó a decir.

—¿Tanto? —volvió a morderse el labio inferior, en un gesto que hacía que el corazón de Carlisle bombeara deprisa—. Aquí las cosas parece que han cambiado poco. Es cierto lo que dijiste una vez: en las montañas solo cambian los vientos.

No lograba recuperarse del impacto que había supuesto encontrarse de nuevo, cara a cara, con Elizabeth.

—¿Qué haces aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Un encargo del bufete. Nada importante. Además, me apetecía ver cómo estaba la casa de mi padre.

—¿Alguien sabe...?

Reconoció a la otra Elizabeth en la forma de apartarse el cabello de la frente. Aquella que trepaba a los árboles y saltaba a los arroyos desde el puente. Poco más quedaba de aquella chica.

—He llegado hace un rato y he dejado el coche dentro del garaje. Aunque resulte extraño, las llaves aún funcionan —se quedó mirando el rostro aún perplejo del montañero—. ¿Estás bien?

Carlisle sacudió la cabeza. No. No lo estaba. Había dado por hecho que aquello no sucedería jamás. Que él y Elizabeth volvieran a verse. Y sin embargo...

—Estoy un poco desconcertado —se sinceró—. No esperaba... eres a la última persona que... la última vez que nos vimos la cosa no fue bien.

—De eso hace mil años, Carlisle, ya ni me acuerdo —le quitó importancia con aquella sonrisa de estrella—. ¿Y tú qué tal? Supongo que habrá una encantadora señora Mountain y un puñado de niños con tu cabello dorado dando guerra en las cumbres.

Se sintió ridículo ante la imagen que ella acababa de trazar. Hablaban de eso cuando eran... ¿qué llegaron a ser? Un par de adolescentes que se daban el lote en el sofá cuando lograban estar solos. Nada más.

—No. No ha sucedido nada de eso.

¿Era posible que ella lo hubiera olvidado todo? ¿Que hubiera olvidado lo que hizo?

—Qué interesante —aquella expresión en los labios de Elizabeth lo sacó de sus pensamientos.

—¿Interesante?

Ella volvió a sonreír ligeramente. Casi quitándole importancia. Después se giró, encaminándose hacia la puerta abierta. Carlisle la siguió. Desde el viejo porche de la bodega había una buena vista del pueblo y de la montaña. También habían pasado muy buenos ratos los dos juntos en aquel lugar.

—¿Johnson sigue siendo el alcalde?

—Eternamente —se sentía extraño. Era como si no hubiera pasado nada entre ellos. También como si fueran dos desconocidos—. Él tiene las llaves... pero eso ya lo sabes. Se encarga de que la bodega no se caiga a cambio de poder hacer aquí las reuniones...

—Del Consejo. Lo sé. Llegamos a ese acuerdo por teléfono cuando papá nos dejó. Me mandó las llaves. Siempre ha sido muy legalista.

Se hizo el silencio entre ambos. La posición adelantada de Elizabeth permitió que él pudiera observarla sin ser visto. Siempre había sido una chica guapa. Ahora era una mujer hermosa. Una hermosa desconocida de la que una vez estuvo enamorado.

—Supongo que te marcharás hoy mismo.

Ella se volvió para mirarlo. Al sonreírle de nuevo, Carlisle sintió aquella extraña sensación en las tripas.

—Pretendo quedarme unos días.

La revelación hizo que le brillaran los ojos.

—O'Brian tiene camas libres y la señora Foster da comidas en su casa...

—Me quedaré aquí. Tengo muchos recuerdos de esta casa.

—¿Aquí? —aquello era una pocilga incluso para él—. Hay goteras y el frío entra por las ventanas. Aparte de que no hay camas.

—He traído mi saco de dormir.

—Puedes subir a la cabaña...

Se arrepintió en cuanto lo dijo. En aquella cabaña ellos dos...

—No lo veo oportuno.

—Por supuesto —sintió que se ruborizaba, algo inaudito en alguien como él—. Era solo... este sitio hay que adecentarlo.

—Tengo tiempo, y serán solo unos días, no te preocupes.

—Puedo echarte una mano. Quiero decir... —¿es que no iba a dejar de meter la pata?

Ella pareció no reparar en lo que acababa de decir. Estaba con la mirada perdida en las cumbres, que en un día como aquel lucían nítidas, apenas difuminadas por la distancia.

—Siempre me gustó la primavera en los alrededores de Widows Peak —

sus ojos lucían soñadores, como en otra época—. El deshielo formaba pequeñas lagunas de agua helada. ¿Sigue siendo así?

—Hay cosas que nunca cambian. Quizá te apetezca ir uno de estos días. Podría acompañarte. No... —«cállate, Carlisle, cállate»—. Disculpa. Sé que no querrás, es que...

—¿Lo harías? ¿Vendrías conmigo allí arriba? Hace tanto tiempo que no subo que temo perderme.

¿Lo había oído bien? ¿Quería ir con él a la montaña?

—¡Claro que sí! —se pasó la mano por el rubio cabello, un síntoma más de que estaba perdiendo los papeles—. Por los viejos tiempos.

—¿Qué tal mañana? Hoy tengo algo importante que hacer, y debería dejarme ver por el pueblo. Si no, pensarán que sucede algo en la bodega.

—¿Mañana? —se sonrojó de nuevo sin comprender el motivo—. Sí, sería perfecto. Te recojo después del amanecer.

Ella le volvió a sonreír, lo que encendió aquella caldera interior que se había prendido en el montañero.

—Te estaré esperando impaciente.

Sin más, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Carlisle permaneció allí unos instantes. No estaba muy seguro de qué acababa de suceder, pero Elizabeth estaba de nuevo en el pueblo, y parecía que había olvidado su promesa.

CAPÍTULO 4

Julie tomó nota en su portátil de las variables que arrojaban los sensores repartidos por toda la cueva. Era fundamental conocer el hábitat de la *Viperoidea termalis*: cómo evolucionaba la temperatura y la humedad entre las rocosas paredes, cómo afectaba el paso de las estaciones, o la dirección del viento en el exterior, o la irregular emanación de agua caliente entre las rocas. Todos aquellos datos conformaban los parámetros que habían hecho posible la existencia de un espécimen como aquel.

El censo poblacional era otra de sus tareas principales. Hasta donde había podido acceder, había contabilizado ciento doce ejemplares, y todo indicaba que en el corazón de la caverna, en las zonas más inaccesibles, podrían habitar algunas más, aunque la falta de luz suponía un inconveniente. Aquello convertía a la *Viperoidea termalis* en una de las especies más raras del planeta y más necesaria de proteger.

Por último, estaba la observación minuciosa de los hábitos de aquel extraño animal. Para ello había desarrollado un minucioso plan de trabajo que abarcaba cada uno de sus ciclos. Cuando le tocaba pernoctar en la cueva temía soportar el ceño fruncido de Jedidiah. Las primeras veces se empeñó en acompañarla, pero cuando ella le explicó seriamente que era su trabajo y que no tenía miedo, él accedió a regañadientes. Aun así, le había extrañado que un cabezota como él hubiera desistido tan pronto, por lo que tenía la ligera sospecha de que las noches en que trabajaba, él estaba cerca, allí afuera, lejos del alcance de su vista, pero vigilante por si algo pudiera sucederle. Eso le encantaba tanto como le hacía sentir culpable. Pero ella era así, una mezcla de contradicciones, y él había aceptado todo el paquete.

Guardó la hoja de cálculo tras introducir los últimos datos y abrió el procesador de texto para empezar a anotar las observaciones de aquel día.

—Así que tú eres de quien todos hablan en Great Peak.

La voz provenía de la entrada de la caverna, a quince o veinte metros de donde había instalado su mesa portátil de trabajo. Miró hacia allí, pero la luz de la tarde solo le permitió ver una silueta que aguardaba a la entrada, apoyada en uno de los sólidos pilares de piedra.

Julie no se asustó. Era la voz de una mujer y sonaba amigable. Se puso de

pie y fue a su encuentro. Las largas horas de trabajo en la gruta la abstraían de tal manera que ahora se daba cuenta de que tenía una pierna medio dormida. Casi se rio al darse cuenta de que avanzaba renqueando.

La imagen difusa fue contorneándose según se acercaba. En la entrada de la cueva había una mujer que no conocía. Iba en camiseta y tejanos, a pesar de que en breve empezaría a refrescar, y no se había desprendido de la mochila, que llevaba sujeta a la espalda. Tenía un rostro franco, amigable. Le cayó bien al instante.

—No nos conocemos, ¿verdad?

—Elizabeth —la desconocida le tendió la mano—. Acabo de regresar y tú eres la única novedad de la montaña. La chica de Jedidiah, te llaman. He decidido venir a ver si es cierto todo lo que dicen de ti.

Julie la miró con disimulo. Era muy bonita. Precioso cabello rubio, con unas mechas caras, de eso sabía por su hermana. La ropa casual tampoco lo era tanto. Se notaba a leguas la calidad del algodón. Nada de maquillaje, o en todo caso algo de máscara de pestañas, quizá.

—¿Y qué dicen de mí?

—Que eres su heroína, que los has salvado de una desgracia, que estás metiendo en cintura a los insoportables Mountain, y que te pasas las horas muertas en esta gruta pestilente a la que nadie viene jamás.

Julie rio con ganas. Sí, le gustaba aquella Elizabeth. Desde que había llegado no tenía amigas. La señora Foster era más bien una suplente de su madre, siempre pendiente de si había comido, dormido, o si estaba demasiado delgada a pesar de haber puesto tres kilos. Y la señora Jefferson se dedicaba a darle lecciones de todo lo que no debía hacer si quería ser una buena montañera. Lo dicho, ninguna de los dos cumplía la definición de «amiga».

—Así que me llaman la «chica de Jedidiah».

—Y te puedes dar con un canto en los dientes —sonrió—. La mitad de las mujeres de la comarca han soñado alguna vez por llevar ese título.

Julie volvió a reír.

—Sí, hay un acusado sentido de la propiedad por estas tierras.

Porque al resto de mujeres de los poblados de alrededor no les caía bien. De eso estaba segura. Era como si les hubiera arrebatado algo que era de su propiedad. Como a una ladrona, así era como la trataban.

Elizabeth pareció darse cuenta de que necesitaba ubicar a Julie.

—No debe afectarte demasiado. Y soy la hija de Jack McDogerty y por nada que yo haga eso cambiará. Solo quienes fueron mis amigos de la infancia

me llaman por mi nombre. Lo mejor es resignarse. Hazme caso. Sé de eso.

Tenía razón. Ahora no había gente joven en Great Peak. Todos habían emigrado a la ciudad. Los tiempos en que los niños correteaban por las hermosas calles del poblado habían pasado a la historia. Solo algunos volvían para las Navidades, o para visitar a los suyos muy de tarde en tarde. Pero de Elizabeth jamás había oído hablar.

—Supongo que os iré conociendo a todos poco a poco —se resignó—. Solo llevo tres meses aquí y paso la mayor parte del tiempo en esta cueva.

—No creo que conozcas a muchos más. Quienes nos largamos no solemos regresar. Aquí no hay futuro. Solo recuerdos.

Aquello chocaba frontalmente con lo que pensaba su nueva familia, los rudos Mountain, como los conocían en la comarca. Para ellos, aquellas cumbres heladas, los bosques frondosos, las nubes que tocaban las copas de los árboles, todo era el principio y el fin de su existencia. Y ninguno haría jamás por abandonar la montaña. Pero entendía a Elizabeth. Una mujer joven, bonita e inteligente, tendría un futuro brillante en la ciudad en vez de recoger madera y ordeñar vacas.

—Y en tu caso, ¿por qué has vuelto? —le preguntó.

Le pareció observar que su rostro risueño se nublaba por un instante, pero fue tan breve que dudó si lo había imaginado.

—Trabajo —contestó Elizabeth—. También quería ver en qué condiciones estaba la casa de mi padre.

Julie acabó de ubicarla. «Salsa de tomate» era el apodo de su padre al que, según le habían dicho, se lo comió un oso. La bodega abandonada que había al principio del pueblo era suya y supuso que a ella se refería.

—Sospecho que no está en muy buenas —se sinceró—. O al menos eso parece desde fuera.

Elizabeth se encogió de hombros.

—Solo estaré unos días. Y estamos en primavera. Sobreviviré.

—Puedo ofrecerte una cama limpia y comida caliente, pero tendrías que subir a las cumbres.

—Gracias. Carlisle también me lo ha ofrecido, pero prefiero recuperar algunos recuerdos de mi infancia. Pensaba que jamás regresaría y sin embargo...

Al parecer el primo Carlisle no había perdido el tiempo. La forma en que Elizabeth había pronunciado su nombre... no era una experta en esas cosas. De hecho, era más bien un desastre, pero le encantaba aquella chica para el único

primo de Jedidiah, y sospechaba que también le gustaría a él.

—Claro. También conoces a Carlisle.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Fuimos buenos amigos.

¿Había un segundo significado en la palabra «amigos»? En verdad no sabía nada de su nueva familia. Ahora se daba cuenta. Debía planear una noche de fotos familiares y que entre todos fueran contándole quién era quién y qué había sucedido en las montañas antes de que ella apareciera el invierno anterior.

—La vida siempre es sorprendente —dijo, mientras intentaba no olvidar aquel razonamiento.

Elizabeth asintió. Lo era. Y mucho. Dio un paso hacia el interior de la cueva. A primera vista todo estaba igual, menos la discreta mesa plegable, la silla y el ordenador portátil. Estaban estratégicamente colocadas en una elevación donde pasaban desapercibidas. Supuso que Julie había estudiado detenidamente dónde ubicarlas para que no interfiriera en aquel ambiente termal. Miró con más atención. Allí estaban, los sensores. Sabía que parte del trabajo de Julie era tomar datos de control de aquel reducido mundo que estaba estudiando. Le sorprendió lo minucioso que era todo. Se notaba que era una buena profesional y sabía lo que hacía.

—Me ha dicho que estás haciendo un excelente trabajo aquí arriba —en verdad nadie sabía qué era lo que hacía la chica de Jedidiah, pero era una buena forma de llegar a donde quería ir.

—Observar y anotar —dijo Julie—. Observar y anotar. Observar y anotar. Es un poco repetitivo, pero apasionante.

Elizabeth sonrió.

—Una serpiente, según tengo entendido.

—Una serpiente sorprendente. La *Viperoidea termalis*. Vive circunscrita al habitat de esta gruta. Y como aquí tiene todo lo que necesita no intenta salir al exterior. Aún queda mucho trabajo de campo.

—Quizá en verano decida marcharse a la playa.

Julie soltó una carcajada. Sí, definitivamente necesitaba una amiga y Elizabeth era perfecta.

—Yo haría lo mismo. Pero por ahora nuestra serpiente no muestra síntomas de querer moverse.

Elizabeth miró al exterior. La luz empezaba a decaer. Era raro que sintiera frío, pero en cuanto el astro rey desapareciera, la temperatura se desplomaría

y estaba a una hora del poblado.

—Debo regresar —señaló hacia fuera, como si eso fuera una razón de peso—, no quiero que se me haga de noche.

Julie asintió. A ella aún le quedaba trabajo allí dentro, pero el camino hasta la cabaña era mucho más corto y lo conocía hasta con los ojos cerrados.

—La invitación a que pases por casa sigue en pie.

Elizabeth sonrió. También se sonrojó, una reacción extraña, le pareció a Julie.

—Gracias —su agradecimiento parecía sincero—. Me ha gustado conocerte.

—A mí también. Nos veremos.

—Por supuesto.

Y sin más, dio la vuelta, y desapareció en el bosque.

CAPÍTULO 5

—¿A qué huele? —preguntó Chaz, oteando alrededor—. ¿Nardos?

Carlisle, sin sentarse, se tomó el café de un trago y se metió un par de galletas en el bolsillo.

—Bajo al pueblo —dijo decidido—. Tengo cosas que hacer.

Chaz se acercó a él, con la nariz en alto, como una sabueso.

—¿Es perfume! Y viene de ti.

¿Dónde diantres habría puesto las llaves del cuatro por cuatro? Pensó Carlisle. Lo último que le apetecían eran las burlas de su primo Chaz. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para soportarlas.

—No sé cuándo volveré —lo mejor era pasar del tema—. ¿Te encargas tú de herrar a Diablo? Los senderos están resbaladizos con el deshielo y no me atrevo a montarlo en ese estado.

Chaz seguía mirándolo como si se tratara de un desconocido. Que su primo Carlisle se hubiera perfumado era, cuanto menos, la cosa más extraña que había sucedido en Snowy Hill en los últimos ciento cincuenta años, al menos.

—¿Al pueblo de nuevo y empapado en perfume? —no salía de su asombro—. ¿Qué escondes, Carlisle Mountain?

Estaba claro que no iba a desistir hasta saber la verdad, así que lo mejor era una mentira piadosa.

—Pensaba que era elixir bucal. Me molesta una muela.

—¿Y te lo has echado por encima? —soltó una carcajada que puso a Carlisle aún de peor humor—. Ese perfume era de tiempos del abuelo. Te puedes envenenar solo con tocarlo —de repente se puso muy serio, como si algo hubiera tomado forma en su cabeza—. ¿Hay una chica? Conoces a todas las chicas de la comarca y nunca te has puesto perfume.

Antes o después se iba a enterar, y si se enteraba por otro medio que no fuera él mismo tendría que aguantar sus caras largas durante el resto de la temporada. Decidió decirle la verdad, aunque lo hizo en voz baja, muy baja.

—Elizabeth ha vuelto.

—¿Elizabeth?! —dijo Chaz en voz alta, muy alta— ¡¿Elizabeth?!

—Veo que te has enterado.

La sempiterna arruga en la frente de los Mountain apareció en el rostro de primo Chaz.

—Aléjate de ella —le dijo muy serio, señalándolo con el dedo en alto—. Ya te equivocaste a vez.

—Ahora es distinto.

—Nunca es distinto, Carlisle. Fui yo quien recogió los trozos y no pienso hacerlo de nuevo. Te vuelves insoportable cuando tienes el corazón roto.

Sabía que iba a pasar eso, así que decidió dar por zanjado el asunto. Encontró las llaves dentro del cajón de las herramientas. Ya solo necesitaba marcharse. Nada más.

—¿Te encargarás de Diablo? —se aseguró antes de partir.

—Habla con Julie, Carl —el tono de Chaz era ahora conciliador—. Suele dar buenos consejos.

—Ni se te ocurra decírselo —ahora fue Carlisle quien levantó el dedo índice—. No quiero a Jedidiah rondándome con la frente fruncida.

—Porque sabes que estás cometiendo un error.

Algo muy dentro de él mismo le decía que Chaz tenía razón. Pero era Elizabeth, y era posible que jamás volviera. Jamás. ¿Cómo iba a dejar pasar una oportunidad así?

—Solo estará un par de días —intentó tranquilizarlo—. Será sano cerrar heridas.

—¿Heridas? Fue como si te hubieran abierto el pecho, sacado el corazón, tirado al fango y pisoteado. ¿Heridas?

Carlisle chasqueó la lengua. Con Chaz era imposible razonar.

—No soy rencoroso.

—Eres un Mountain. Los Mountain somos rencorosos desde que el mundo es mundo.

—Contéstame sobre lo de Diablo —estaba empezando a perder la paciencia.

—Lo haré, lo haré, pero te quiero aquí antes de que anochezca.

Se giró para mirar fijamente a su primo. Le entraron ganas de reír.

—¿En serio?

Hasta Chaz se encontró ridículo tratándolo como a un adolescente, cuando Carlisle tenía, al menos, dos años más que él. A pesar de que nadie en el pueblo estaba seguro qué edad tenían exactamente los muchachos Mountain. Solo el bueno del doctor, pero era reservado con sus pacientes.

—Me preocupo por ti, solo es eso —su tono se volvió de nuevo

conciliador.

—Chaz. No va a pasar nada —tampoco quería dejarlo preocupado—. Simplemente daremos un paseo, charlaremos de los viejos tiempos, y quedaremos como amigos. Nada más.

Chaz resopló sin quererlo.

—Intentarás acostarte con ella, y lo sabes.

—Noooo —la cara escandalizada de Carlisle no era muy real.

—Sí.

—No me conoces.

—Mejor que nadie en estas montañas —y era cierto—. Nos destetaron juntos, ¿recuerdas? Y cuando metas cuello, ella te parará en seco y tú volverás a casa lamiéndote las heridas. ¿Y sabes qué encontrarás aquí?

Carlisle se metió las manos en los bolsillos y bostezó, para dar a entender que todo aquello lo aburría sobremanera.

—Dímelo tú.

Chaz cruzó los brazos sobre el pecho.

—Indiferencia —silabeó lentamente.

—Me parece bien.

—Sabes que mientes.

Hasta ahí había llegado. Abrió la puerta y puso un pie fuera. Se volvió un instante.

—No le des azúcar. A Diablo.

—Indiferencia —repitió Chaz, sin variar un ápice su postura—. Mortal indiferencia.

Carlisle suspiró. Había esperado algo así, aunque no tan bien teatralizado. Miró a su primo de arriba abajo.

—Y vístete —dijo señalándolo con la barbilla—. Julie dijo que subiría a traer provisiones.

Sin más cerró la puerta tras de sí, dejando a Chaz rumiando sobre por qué tenía que vestirse cada mañana desde que su hermano Jedidiah había encontrado a la mujer de sus sueños.

CAPÍTULO 6

Si en invierno recorrer motorizados los senderos de montaña era una tarea imposible a causa de la nieve, en primavera, al menos, se podía llegar hasta Widows Peak para, a partir de ese punto, continuar a pie.

Carlisle había recogido a Elizabeth al amanecer. Ella ya lo esperaba en el porche de la bodega McDogerty, pertrechada para una larga caminata.

Le sorprendió que le reconfortara tanto verlo de nuevo, con el cabello mojado y el aire fresco de la mañana. Carlisle había sido un chico guapo y ahora lo era también como hombre. Era el más rubio de los Mountain. El largo cabello dorado recogido lucía del mismo color que la tupida barba. Cuando pensaba en él lo recordaba con unos profundos ojos azules, pero ahora se daba cuenta de que eran verdosos. Mantenía la complexión delgada y atlética de la adolescencia, disimulada bajo aquella camisa de cuadros. Sí, pensó Elizabeth, había amado a ese hombre. Quizá hasta hacía muy poco, a pesar de que por cada sentimiento hacia él renegara un poco de sí misma.

—Café y las sobras de la cena de la señora Foster —fue como lo recibió.

Él sonrió. Elizabeth también recordaba aquella sonrisa donde la cara se le transformaba en algo lleno de luz. El montañero tomó la taza y los bollos rellenos de venado asado.

—Con esto tendremos también para el almuerzo. ¿Preparada?

—Preparada.

El cuatro por cuatro les había dejado en el último punto accesible. Desde allí habían tomado uno de los senderos que llevaba a las pozas.

No habían hablado demasiado. Elizabeth parecía ensimismada, observándolo todo a través del cristal bajado de la ventanilla. Podía ser una mañana fresca, pero ellos se habían criado en aquellas montañas y sabían lo que era el frío de verdad.

Solo cuando llevaban un buen rato caminando ella rompió aquel silencio que por algún motivo no había sido incómodo para ninguno de los dos.

—¿No fue aquella peña desde la que te caíste y te rompiste una pierna?

Carlisle asintió. En aquella época trepaban como cabras por cualquier saliente de la montaña.

—El peor verano de mi vida. Lo único que me animaba era que tú subías

todas las mañanas a la cabaña del abuelo a leerme aquellas aventuras con las que estabas enganchada.

—¡Anne Barrett! —hacía años que no pensaba en los viejos libros de su infancia—. Una abogada de éxito que resolvía casos que ni la policía era capaz de averiguar —los tenía todos. La colección completa. Su padre bajaba cada mes al valle para comprárselos—. Creo que estudié Derecho por ella.

—Recuerdo que decías eso, que querías ser como aquel personaje.

—A ti nunca te gustó.

Carlisle sonrió. No, no es que no le gustara. Es que no recordaba ni una sola palabra de lo que ella, pacientemente, le leía sentada a su lado, en el porche de la cabaña. Y no recordaba nada porque solo tenía ojos para Elizabeth McDogerty. Mientras ella desgranaba, entusiasmada, las aventuras de Anne Barrett, él estaba prendado de su perfil. Recordaba perfectamente cómo le brillaban los ojos. Cómo se llevaba, inconsciente, una mano al pecho cuando la trama de la novela se aceleraba. Cómo, de vez en cuando, lo miraba para asegurarse de que él estaba tan emocionado como ella. Y lo estaba, emocionado, pero por razones bien distintas.

—Eras mi tabla de salvación contra el aburrimiento. Cómo te iba a decir que no me gustaba —reconoció—. Verte aparecer era lo único bueno del día. Aunque me leyeras la Biblia lo recibiría con una sonrisa de bobo.

Ella también sonrió. El denso bosque era una delicia a aquella hora de la mañana. Caminaban sin prisa, bordeando los arroyuelos que se formaban por el deshielo de las cumbres, zigzagueando cuando la maleza hacía imposible tomar una línea recta, deteniéndose un instante cuando las ramas de los árboles se abrían y dejaban a la vista la sobrecogedora imagen de las montañas a su alrededor.

—Eran buenos tiempos —reconoció Elizabeth.

—Lo eran —desde que ella se fue quizá no tanto—. ¿Qué tal te va a ti en la ciudad?

Era evidente que bien. De haberse quedado allí quizás ahora sería una versión más joven de la señora Foster, pendiente únicamente de lo que hicieran los vecinos, de que las plantas que adornaban la calle principal de Great Peak crecieran sin maleza, de encontrar viejas recetas en el baúl de los recuerdos. O quizá no. Quizá hubiera sido feliz. No le dieron la oportunidad de probarlo. El hombre que caminaba a su lado no le permitió degustar aquella supuesta felicidad.

—Tengo todo lo que siempre había soñado —no era el momento de

echarle las cosas en cara—: un buen trabajo, un apartamento con vistas al mar, tiempo en vacaciones para viajar.

Él asintió. Por alguna extraña razón había pensado que lo nombraría a él como una de esas cosas que faltaban en su vida. Apartó aquella idea de su mente. Lo de ellos dos había sido una aventura de adolescentes. No eran muchos los jóvenes que habitaban en las montañas. Y por supuesto no era normal que siguiera colgado por aquella mujer. Era evidente que para ella, Carlisle era solo un viejo amigo. Fuera los rencores. Eso era lo importante. Para eso estaban allí. «No lo olvides, Carlisle Mountain».

—¿No echas de menos nada de esto? —le preguntó.

Elizabeth se detuvo un instante y miró alrededor. Llevaba aquella tierra en las venas, en la sangre que fluía por ellas. Pero ahora era una persona nueva, diferente, orientada precisamente a olvidar todo aquello.

—Solo echo de menos tres cosas —dijo al fin.

Carlisle la miró de soslayo mientras su corazón se aceleraba. Quiso achararlo a que caminaban en pendiente, pero sabía que no era ese el motivo.

—¿La primera? —preguntó.

—¿Te acuerdas de cómo florecía el valle al final de la primavera? Cuando todo era blanco y morado desde Widows Peak hasta Cotton River.

Las flores cubrían la ladera soleada de la montaña, tapizando cada palmo de terreno. Era un espectáculo sorprendente.

—Sigue sucediendo, pero aún quedan un par de meses. Aquí arriba nunca hace suficiente calor como para que las flores decidan abrirse.

—Algunas veces sueño que paseo por esos campos y me siento bien. Muy bien —pareció darse cuenta de que aquel comentario estaba fuera de lugar, porque apartó la mirada y se encogió de hombros—. Cosas de los sueños. Es extraño.

—¿La segunda?

Elizabeth llevaba diez años envenenando sus recuerdos sobre Great Peak. Sin embargo, los largos inviernos helados, la casa de su padre siempre demasiado caldeada para que a su niña no se le enfriaran los pies, el olor de la leña quemada allá donde fuera, las bolsas de agua caliente que convertían una cama inhóspita en uno de los mayores placeres del mundo... al fin y al cabo, las grandes cosas estaban hechas de pequeños recuerdos.

—La nieve cubriéndolo todo. Ese es la segunda —se decidió entre todas aquellas delicias invernales.

Carlisle estaba de acuerdo. Un mando blanco que llegaba desde las altas

cumbres con hielos perennes hasta los valles más profundos, donde apenas llegaba la luz del sol.

—En la ciudad también nieva —intentó ser ecuánime.

—Pero es diferente. Allí es un impedimento, aquí era una bendición.

—¿Y la tercera?

A Elizabeth la boca se le volvió amarga. En verdad era la primera, pero su solo recuerdo era aún tan doloroso que hacía por no pensar en ello.

—La tercera es imposible de recuperar.

—Nunca se sabe.

—Un abrazo de mi padre —lo dijo en voz baja, como si gritarlo al viento pudiera ser ofensivo para alguien—. La última vez que nos vimos, discutimos. Ahora ya no está para arreglar las cosas.

En verdad todos sabían lo que había sucedido con Jack «Salsa de Tomate» McDogerty. Pero prefirieron quedarse con la historia de que salió a por leña y, cuando no regresó y encontraron su vieja cantimplora y una manga de su recio gabán en una osera, crearon la leyenda de que había sido devorado por los osos.

Era un tipo recio, como muchos allí arriba, en las montañas. Sin embargo, todo se volvía ternura cuando tenía que ver con Elizabeth.

Carlisle era consciente de que aquel recuerdo la entristecía, por lo que decidió cambiar de asunto.

—¿Tienes buenos amigos allá abajo?

—Estoy todo el día en la oficina —le agradeció aquel giro—. No tengo mucho tiempo para intimar.

—¿Hay alguien? —intentó ser un poco más cauto— Quiero decir... algún...

Así que Carlisle Mountain tenía interés por su vida sentimental. Los hombres, o quizá cierto tipo de hombres, eran una mezcla entre la indecisión y la avaricia. Aquella lección se la había llevado de las montañas. Otro motivo para no volver jamás.

—No en este momento —contestó como si no tuviera importancia.

—Así que lo ha habido.

Esta vez sí se giró para mirarlo a los ojos. Aquel movimiento inesperado hizo que él se ruborizara ligeramente. A Elizabeth le vino a la memoria aquel mismo rubor, en otras ocasiones, con aquel mismo hombre, cuando la intimidad entre ambos era tan estrecha que...

—Carlisle, soy de carne y hueso, ¿recuerdas? Supongo que tú...

—Nada serio.

Le quitó importancia con un movimiento de la mano.

—Sí, recuerdo que no te interesaba nada que fuera serio.

Lo dijo como si detrás no hubiera una intención. Pero él sí la vio. Una última conversación, hacía muchos años, donde ninguno de los dos sacó lo mejor de sí mismo. No se sentía orgulloso de aquello. Quería pensar que ella tampoco

—Eso no es verdad —murmuró, muy serio.

Elizabeth no se dio por enterada. Ante ella se acababa de abrir el bosque, y las pozas aparecieron en todo su esplendor. Una consecución de piscinas naturales conformadas por largas piezas de pizarra que en primavera se llenaban del agua proveniente del deshielo.

—Hemos llegado —lo miró con una sonrisa estampada en los labios—. Y hace calor.

Mientras caminaba hacia la primera de las pozas se fue deshaciendo de la ropa. Primero se quitó el grueso jersey. Después la camiseta. Las botas salieron disparadas tras pisarse los talones y desanclarlas de sus pies. Trasteó con la hebilla del cinturón, con el ojal, y el pantalón, tras unos metros de andar renqueante, también cayó al suelo.

—¿No vienes?

Cuando miró hacia atrás se encontró con un Carlisle desconcertado. La miraba con los ojos muy abiertos, los brazos separados del cuerpo, como si fuera a desenvainar una pistola, la boca ligeramente desencajada. Eso hizo que Elizabeth sintiera una punzada de satisfacción. Las cosas iban exactamente como esperaba.

Sin esperar respuesta, aún vuelta hacia él, se desajustó el broche del sujetador y lo deslizó por sus brazos hasta dejarlo caer al suelo.

—No tendrás miedo del agua helada, ¿verdad?

Entonces se volvió, hasta llegar al borde de la poza. Solo allí se deshizo de las braguitas, que cayeron esparcidas como todo lo demás. De un salto desapareció bajo la superficie cristalina, que salpicó alrededor como un cristal roto.

Cuando emergió del agua, Carlisle ya llevaba la mitad de la ropa quitada.

Lo hacía a manotazos, a medio equilibrio. La camisa de cuadros y las botas ya estaban tiradas sin ningún cuidado. Ella se apartó las gotas que empañaban sus ojos justo cuando él metía las manos dentro de los pantalones y de deshacía de ellos y de la ropa interior a la vez. Trastabilló y cayó de

bruces. Se levantó al instante, aunque con torpeza. Elizabeth lo miró de arriba abajo. Reconocía ese cuerpo. Ahora era más sólido, más ancho quizá dentro de su esbeltez. También reconocía todo lo demás y era evidente que aún conseguía provocar en él aquel estado.

Desnudo como ella, de un par de zancadas, Carlisle se lanzó al agua de cabeza.

Emergió justo a su lado. Cerca, muy cerca.

—Helada —dijo ella.

—No me he dado cuenta.

—Sigues manteniendo una buena forma física.

—Tú también.

El agua era tan transparente que al igual que él podía ver todo su cuerpo como si flotara en medio de la nada, ella podía apreciar el estado de excitación en que se encontraba el montañero. Se humedeció los labios a la vez que se apartaba el cabello de la cara. En el pasado, cuando eran apenas unos adolescentes, aquello lo ponía a cien. Y al parecer aún causaba el mismo efecto. Carlisle se acercó un poco más. Tenía las pupilas dilatadas. Rematadamente azules. Por un momento, solo por un instante, Elizabeth se creyó perdida entre ellas. Lo justo para que el montañero avanzara los escasos centímetros hasta pegarse a su cuerpo.

Y entonces lo hizo. Elizabeth sonrió, dio un par de brazadas y salió del agua.

—Será mejor que volvamos. Tengo mil cosas que hacer antes de marcharme.

Usó el grueso jersey de lana para secarse y fue recogiendo una a una sus prendas esparcidas por la hierba. Solo cuando se había puesto la ropa interior volvió a mirar hacia la poza. Carlisle estaba en el mismo sitio. Como suspendido en el aire, inerte. Y tan excitado como un colegial en el baile de fin de curso.

—Me iré adelantando —Elizabeth recogió el resto de sus ropas—. Por si quieres estar unos minutos a solas.

Sin más le guiñó un ojo, y desapareció entre el follaje.

CAPÍTULO 7

Cuando Julie vio acercarse a la señora Foster, supo que sus esperanzas de llegar a la cabaña antes de que Serena, la yegua preferida de Chaz, diera a luz, estaban a punto de desvanecerse.

Esbozó su sonrisa más cordial y abrió el maletero. Si era suficientemente rápida quizá podría largarse antes de que la viera. Si no, lo único posible era tener paciencia y avenirse a que la vecina mejor informada de Great Peak la pusiera al día sobre todo lo que había sucedido en el pueblo desde que no se veían. Por supuesto también indagaría sobre su relación con la perniciosa familia Mountain. Para la señora Foster era todo un misterio que una muchacha refinada como ella pudiera vivir allí arriba, rodeada de esos hombres hoscos y poco civilizados. Había apostado con la señora Jefferson que no llegaría a la primavera. Sin embargo, parecía que la chica de Jedidiah aguantaba en la cima del mundo, en las cumbres, donde nunca, jamás, había resistido ninguna otra mujer.

—Julie, Julie, Julie —la llamó desde el otro lado de la calle y ella se percató de que no tenía posibilidad de escapar.

—Señora Foster —dejó las bolsas en el maletero—. Solo he bajado al pueblo a por algunas provisiones. Iba de regreso. Serena está a punto de parir y Chaz no me perdonaría...

—Pero te tomarás una taza de té antes de volver allí... —incluso le costaba trabajo referirse a la perniciosa morada de los Mountain—, allí arriba.

—Me encantaría pero...

La sujetó por el brazo. Era un gesto amable, cariñoso, pero también imposibilitaba la huida.

—¿Sabes que tenemos de visita a una antigua vecina?

—Elizabeth. La conocí ayer.

—Encantadora, ¿verdad?

—Sí. Me lo ha parecido.

Julie rogó porque aquel fuera el único tema a tratar. Hacía menos de una semana que la señora Foster y ella se habían encontrado, como por casualidad, en la vereda del arroyo. Entonces le contó todo sobre las nuevas recetas de

cocina que estaba experimentando la señora Jefferson; sobre la afición del alcalde al aguardiente y cómo últimamente parecía haber perdido el control; sobre lo traviesas que eran las hijas del doctor O'Brian y lo cansado que este parecía. No dijo nada de los Mountain, pero intentó sonsacarle todo tipo de información: ¿Qué hacía Chaz todo el día rondando por los bosques? ¿Por qué Carlisle no asentaba la cabeza de una vez? Nada sobre Jedidiah. Era lista y sabía hasta dónde podía llegar.

—Una desgracia lo de su padre —dijo la señora Foster—. El padre de Elizabeth, por supuesto.

Julie Suspiró. Al parecer hoy tocaba repasar la historia de los McDogerty.

—Eso tengo entendido —cerró el maletero del todoterreno e improvisó una maniobra de evasión—. Será mejor que me marche ya, si no...

—El alcalde está teniendo mucha paciencia. Y Johnson no es precisamente un hombre resignado. No quiero parecer entrometida, pero suele ser más impulsivo de lo que corresponde. El aguardiente, ya sabe.

Por alguna razón aquel comentario le llamó la atención a Julie.

—¿El alcalde?

—Detesta que lo interroguen —lo dijo en voz baja, como si fuera una confidencia.

—No la entiendo.

La señora Foster miró a ambos lados de la calle. No había nadie. En verdad nunca había nadie, porque los escasos habitantes de Great Peak solían estar trabajando en sus tierras a esas horas de la mañana.

—Sí —dijo cuando estuvo segura de que había captado toda la atención de Julie—. La pequeña Elizabeth ha pedido ver todos los documentos referentes a las propiedades de Rhett Mountain. No es ilegal, por supuesto. Al parecer cualquiera puede hacerlo. Yo me moriría de vergüenza yendo a casa de Johnson y diciendo que quiero ver qué tierras tiene cada uno de los vecinos. Yo no haría eso nunca. Nunca.

Escuchar la referencia al patriarca de los Mountain la hizo ponerse en guardia. Llevaba tres meses viviendo con Jedidiah y aún no había tenido el placer de conocerlo. Era celoso de su intimidad, además de estar enemistado con sus sobrinos.

—¿Y por qué ha hecho eso? Me refiero a Elizabeth.

De nuevo la vecina mejor informada de Great Peak miró a ambos lados.

—La mina.

—¿La mina?

Era el asunto más espinoso de la montaña. De hecho, ella estaba allí y había conocido a Jedidiah precisamente a causa de aquella explotación minera que nunca debería llevarse a cabo.

—Los archivos del Consejo guardan las viejas prospecciones geológicas que encargó Rhett hace unos años —apretó los dedos sobre el brazo de Julie, como queriendo evitar que se marchara—. Según el alcalde, está muy interesada en saber qué dimensiones tiene la veta de plata que se ha encontrado —con la mano libre se tocó el pecho—. No quiero parecer una vieja entrometida, pero la señora Jefferson y yo no hemos podido dejar de extrañarnos.

—¿Por qué querría la hija de McDogerty investigar sobre eso? ¿Su padre poseía tierras en los alrededores?

—¿El viejo Jack? —soltó una carcajada jactanciosa—. Nunca se interesó por otra cosa que no fuera su bodega. Amaba aquellas cuatro paredes —arrugó la nariz—. Algo, por otro lado, incomprensible.

La visita de Elizabeth a la húmeda gruta termal donde trabajaba Julie le había parecido extraña en un primer momento. ¿Por qué dar un paseo hasta allí arriba solo para conocerla? Después, tras charlar con ella, aquella sensación se había disipado. Sin embargo, ahora que escuchaba lo que acababa de contarle la bien informada señora Foster, su cabeza no dejaba de encontrar una explicación más razonable.

—¿Cuándo ha sucedido todo esto que me está contando? Creo que Elizabeth acaba de arribar al pueblo.

—El mismo día que llegó. Apenas dejó la maleta en la vieja bodega fue a ver al alcalde —volvió a bajar la voz. A Julie le resultó casi inaudible—. También ha consultado los registros de propiedad. La señora Jefferson teme que quiera reclamar el granero de su bisabuelo, que es limítrofe con ese caserón medio abandonado que ha heredado de su padre. Jura que lo ganó honestamente jugando a las cartas en...

Todo aquello era demasiado extraño, pensó Julie.

—¿A qué se dedica Elizabeth?

La señora Foster arrugó la frente. No le gustaba que la interrumpieran.

—Es abogada. Y muy buena, según dicen. Era una niña demasiado traviesa. Su padre...

Sin más, Julie se deshizo con cuidado del agarre en el que estaba atrapada y fue hasta la puerta de su vehículo.

—Debo marcharme.

La señora Foster la miró entre demudada e incrédula

—Pero... ¿El té?

—La próxima vez, se lo prometo.

Con una sonrisa forzada logró entrar en el vehículo y arrancar mientras se despedía con la mano. En el camino de regreso a la cabaña, su cabeza no dejaba de dar vueltas. Quizá la buena impresión que se había llevado de Elizabeth en aquellos escasos minutos en que se habían encontrado, había nublado una capacidad en la que creía firmemente: su intuición. Recordaba que cuanto la vio allí apoyada, a la entrada de la gruta, observándola sin decir nada, supo que Elizabeth McDogerty ocultaba algo. Ahora sabía que tenía ocultas intenciones que, muy posiblemente, afectaban a su familia. Porque desde el momento en que aceptó compartir su vida con Jedidiah, ella también era una Mountain, le pesara a quien le pesara.

Tres meses atrás, cuando había llegado a las montañas, la única manera de subir a la cabaña era a caballo. Los caminos estaban demasiado cubiertos de nieve como para que nadie se aventurara a usar cadenas. En primavera la cosa era distinta, aunque no mucho mejor. Los viejos senderos permitían que un coche como aquel, un viejo cuatro por cuatro más desvencijado que nuevo, trepara por las laderas desfondadas y atravesara los arroyos incipientes.

Llegó casi sin darse cuenta. Su cabeza era un torbellino. No dejaba de manejar teorías, conspiraciones, que se sostenían solo un instante para transformarse en algo diferente.

Fue directamente hasta las cuadras tras dejar el coche en la explanada delantera de la casa.

Serena estaba de pie y el potrillo ya estaba enganchado de la ubre.

—¿Qué te parece? —el rostro concentrado de Jedidiah se iluminó con una sonrisa en cuanto la vio aparecer—. Fuerte como su madre.

Parecía que todo había marchado sin incidencias, a pesar de que en los últimos días Serena daba muestras de no encontrarse bien.

—Chaz, enhorabuena.

El hermano de Jedidiah parecía como si acabara de despertar después de media vida durmiendo. Su pasión por los caballos tenía una versión especial con aquella yegua.

—Si alguna vez tengo un hijo no sé si lo soportaré.

Los tres rieron con la ocurrencia, lo que hizo que Chaz se sonrojara. Era como si los peores pronósticos se hubieran difuminado. Habían pasado una

mala noche. Ella solo se había apartado de las cuadras porque necesitaban provisiones y era la única completamente inútil para asistir el parto.

Julie se acercó con disimulo a Jedidiah. Necesitaba comentarle en voz baja.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Él frunció la frente, en un gesto muy suyo.

—Por supuesto. ¿Sucede algo?

—Me vas a llamar susceptible.

Julie se encogió de hombros mientras Jedidiah la abrazaba, recogiéndola sobre su pecho.

—No creo que me lo permitas —la besó y después la miró de arriba abajo—. ¿Nadie te ha dicho que estás muy sexi con ese pantalón?

Seguía ruborizándose cuando el montañero la miraba así, a pesar de que eso sucedía todos los días.

Julie consiguió apartarlo del lado de Serena, mientras Chaz terminaba de limpiar la cuadra.

—¿Sabías que la hija de Jack McDogerty está en Great Peak?

Él enarcó las cejas, extrañado, como si no diera crédito a lo que decía.

—¿Elizabeth?

—Sí.

Se apartó el cabello de la cara mientras apretaba los labios. Julie empezaba a conocerlo y había aprendido a identificar aquella expresión de ceño fruncido: era preocupación. Lo mismo que había sentido ella después de hablar con la señora Foster.

Jedidiah miró hacia Chaz. Permanecía ajeno a la conversación. Mejor. Seguía esparciendo paja fresca alrededor de Serena y su potrillo. Parecía un abuelo orgulloso. A pesar de que todos los años eran muchos los caballos que nacían en las tierras de los Mountain, la relación de Chaz «Grizzly» Robert con su yegua era muy especial

—Esperemos que no se quede mucho tiempo y que Carlisle no se entere.

—¿Sabías que era abogada?

Él asintió.

—Sí. Su padre estaba muy orgulloso. Era un buen tipo. Un tanto testarudo y protector, pero quién no lo es.

—Ayer vino a visitarme, arriba. A la cueva.

Jedidiah volvió a arrugar la frente. También echó otra mirada a su hermano.

—¿Elizabeth? Es extraño.

—¿Por qué?

—Digamos que no aprecia demasiado a nuestra familia.

Aquello no era una sorpresa para Julie. Nadie en las montañas se llevaba bien con los Mountain y ella debía reconocer que, independientemente del amor que sentía por aquel hombre, quizá tuvieran algo de razón. Eran arrogantes, pendencieros, inflexibles y huraños. También eran generosos, atentos, leales y buenos de corazón. Eso era lo que los demás no veían, pero ellos se lo perdían.

—Elizabeth sabía que tú y yo...

—Esto es Great Peak —él no le dio importancia—. No hay forma de guardar un secreto. Esperemos que se marche pronto y no haya problemas.

—Me pareció muy agradable.

—Lo es —tuvo que convenir—. Pero eso no quita que nos deteste.

—Se interesó por mi trabajo.

Ahora Jedidiah sí se apartó lo suficientemente de Julie como para mirarla de arriba abajo.

—¿Tu trabajo en la gruta?

—Sí —había sido extraño—. En ese momento tuve la impresión de que lo hacía por cortesía, sin embargo...

Aunque el montañero intentaba aparentar que no estaba preocupado, Julie sabía que aquel brillo helado en sus ojos azules significaba lo contrario.

—¿Qué ha pasado por tu cabeza?

Según hablaba con Jedidiah las ideas iban tomando forma en su mente, como un castillo de naipes que al fin se termina.

—Al parecer, está investigando acerca de la explotación minera que quiere abrir tu tío Rhett.

—¿La mina? —aquello no tenía ni pies ni cabeza— ¿Qué interés puede tener para ella?

—No lo sé, pero es extraño. Todo es muy extraño.

—¿Qué te preguntó?

Desde que había hablado con la señora Foster había intentado reconstruir aquella conversación con Elizabeth. Había sido breve, unos pocos minutos. Sin embargo, algo le decía que en absoluto era una cuestión banal.

—Estaba interesada en saber cuál era el hábitat de mi serpiente.

Jedidiah asintió lentamente. Aquel hábitat, precisamente, era el que había supuesto un impedimento legal para que tío Rhett pusiera en marcha su

proyecto minero. No le pareció una casualidad, pero tampoco quiso preocupar a Julie.

—Vale —se encogió de hombros. También le sonrió—. Supongo que será una casualidad.

—Jed, sé que estás igual de intrigado que yo.

Intentó negar con la cabeza, aunque sabía que Julie era capaz de leerlo como a un libro abierto.

—La vigilaré de cerca —se giró hacia su hermano, que en aquel momento miraba embelesado cómo Serena amamantaba a su potrillo—. Chaz, acércate.

Estaba tan cansado como ellos dos. Había sido una noche larga, pero satisfactoria.

—¿Sucede algo?

—Es importante que mantengas entretenido a Carlisle —cada palabra fue acompañada por un movimiento de su largo dedo índice—. Elizabeth está en el pueblo y no debe enterarse.

¿El rostro de Chaz se había vuelto lívido? Pensó Julie. Se había llevado una mano a la cabeza, donde se rascaba, incómodo.

—Verás, es que... —intentó decir el más pequeño de los Mountain.

—¿Qué pasa?

Respiró hondo y lo soltó como una bocanada.

—Esta mañana han ido a dar un paseo por las pozas.

Jedidiah lo miró bajo las cejas fruncidas. Su expresión era bastante intimidante.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Chaz se rascó la frente antes de contestar.

—Los nervios por el potrillo de Serena...

Julie no quería parecer entrometida. Una de las reglas que había seguido a rajatabla desde que estaba en las cumbres era no meterse en las disputas familiares: ellos tenían sus propios métodos de solucionar sus conflictos y les había servido durante años, aunque parecieran poco civilizados. Pero sí le alarmó el gesto de preocupación que había aparecido en el rostro de Jedidiah.

—¿Jed, por qué pones esa cara?

Él intentó sonreírle, pero la mueca se difuminó en sus labios.

—Porque tenemos problemas. Serios problemas.

CAPÍTULO 8

Desde que había llegado a Great Peak no había conseguido dormir.

Demasiados recuerdos. Cada astilla de aquella casa le recordaba a Elizabeth un momento de su pasado. Debía reconocer que la mayoría fueron felices, pero los duros, los amargos, le habían dejado una huella indeleble.

Dio otra vuelta en su saco de dormir. En el pasado, su padre se encargaba de que aquella estancia estuviera siempre caldeada. La gran chimenea devoraba tanta madera que tenía que pasar mucho tiempo en el bosque recolectando leña para mantener la casa caliente. Pero eso era lo que a él le gustaba: La casa, la vida salvaje, los vecinos que se acercaban a su bodega a comprar provisiones, los escasos turistas que lo interrogaban sobre qué camino tomar en las montañas. En definitiva, una vida que ella habría imitado sin dudarle si las cosas no se hubieran torcido. Después de tantos años, tras su ausencia, la casa permanecía helada, como si aún estuviera preguntándose quién era aquella intrusa que se atrevía a pernoctar allí.

Una vuelta más y, como cada noche, la imagen de Carlisle Mountain llenó su cabeza.

Los años le habían sentado bien. Aunque le costaba reconocerlo, tenía que admitir que verlo de nuevo no la había dejado indiferente. Eso era peligroso, muy peligroso para sus objetivos, pero era fuerte y, al fin y al cabo, todo consistía en una cuestión de fuerza. Ella contra él.

Quizá ahora Carlisle parecía más serio. Cuando eran niños no había manera de difuminar una contagiosa sonrisa de sus labios. Su cuerpo también había cambiado. Lo recordó desnudo, mientras intentaba llegar a ella en la poza, y no pudo evitar un ramalazo de deseo: el amplio tórax. Las caderas estrechas. El ligero bello rubio de su pecho... y todo lo demás.

Sentirse excitada por la imagen de Carlisle le desagradó: exponía sus debilidades, y eso era algo a lo que había renunciado el mismo día en que abandonó Great Peak, hacía ya muchos años, anegada en lágrimas de dolor.

Carlisle Mountain. Alguien a quien juró que se lo haría pagar si volvían a encontrarse. El muchacho larguirucho era ahora un hombre recio. Delgado y fornido. El muchacho de quien había estado locamente enamorada se había transformado en un hombre de quien podía enamorarse locamente, y tenía que

tener cuidado.

El timbre de su teléfono móvil la apartó de aquellos pensamientos. No había estado muy segura de si habría cobertura dentro de la casa. En el pueblo solo unos pocos puntos la tenían sin que una maraña de interferencias hiciera imposible la comunicación.

Miró la pantalla iluminada. Eran las dos de la madrugada y el número desde el que la llamaban permanecía oculto. Dudó en descolgar, pero en el último momento deslizó su dedo, aceptando la llamada.

—Dígame.

—¿Elizabeth?

La comunicación estaba cuajada de interferencias lo que le imposibilitó reconocer la voz.

—Soy yo. ¿Quién llama?

—La oigo entrecortada —de nuevo un sonido como de huevos fritos—. Soy el señor Forrester. Es posible que usted ya se haya olvidado de mí.

Aquella mala broma hizo que Elizabeth terminara de reconocer la voz de su jefe, lo que la dejó anonadada. ¿Para qué la llamaba su jefe a aquella hora?

—Señor Forrester. No esperaba... aquí la hora...

—Solo quería saber si estaba usted bien. Me preocupaba que la hubiéramos mandado a un lugar demasiado incivilizado.

Sin proponérselo se había puesto de pie. Sintió un ramalazo de frío. Las ventanas estaban desvencijadas y el frío de la noche penetraba como un cuchillo.

—Estoy bien, gracias —respiró hondo para recuperar el control—. Muy centrada en mi trabajo.

—¿Tenía razón mi secretaria? ¿Existe ese lugar llamado Great Peak?

—Existe, claro que existe —de hecho, ella había nacido allí, aunque de eso no tenía por qué enterarse—. Es un sitio agradable. Hay buenas personas.

La comunicación volvió a crepitar. Elizabeth se desplazó por la estancia hasta encontrar un punto donde la línea se hacía audible.

—Ayer hablé de nuevo con nuestro cliente —continuó su jefe—. Con el señor Rhett Mountain. Está un poco impaciente.

—¿Quiere que me acerque a verle? Puedo tranquilizarlo...

—No. Ya sabe. Quiere permanecer al margen —Elizabeth creyó oír el sonido de una risa apagada—. Me ha contado que se ha visto usted un par de veces con uno de sus sobrinos. ¿Es eso cierto?

Si le hubieran arrojado en ese momento un jarro de agua helada no se

hubiera quedado más pasmada. ¿Cómo se había enterado Rhett Mountain..? Pero no tuvo que darle muchas vueltas a la cabeza. Su padre ya lo decía, en aquel pueblo no había secretos. Consiguió recuperar el control a tiempo de que el señor Forrester no se diera cuenta.

—Necesito información para llevar a cabo mi trabajo, señor, y no solo información legal. Hay que armar un documento sólido que...

—Lo sé, lo sé —aunque solo lo había tratado una vez había aprendido aquel juego de *poli bueno poli malo* que solía usar—. No se altere. Sé que he puesto este caso en buenas manos.

—Le agradezco una vez más su confianza.

—Pero no me gustaría que hubiera distracciones —lo dijo con el tono de un padre comprensivo, lo que le desagradó aún más—. Es usted una mujer joven y hay cierto tipo de hombres que saben hacerse... ¿cómo lo diría?... bastante impresionables.

—Si está usted insinuando...

—No insinúo nada, por supuesto —de nuevo retrocedió, pero Elizabeth sabía que aquel viejo sabueso solo estaba jugando—. Es usted una profesional, una empleada de Barrett&Forrester, por lo tanto usted va a hacer su trabajo sin ningún tipo de distracciones. ¿Es cierto lo que digo?

El tono amable de su jefe implicaba una velada amenaza que no le pasó desapercibida.

—Sí. Lo es.

—Y ahora cuénteme —casi creía verlo, juntando las manos y ensanchando aquella sonrisa donde los ojos permanecían inmóviles—. ¿Qué ha descubierto?

Elizabeth suspiró. Ella era fuerte y aquella llamada intempestiva no debía sacarla de quicio.

—Aún es pronto —dijo con su tono más profesional—, pero es posible que podamos circunscribir el espacio de protección medioambiental a un terreno concreto, muy acotado y lejos de las tierras del señor Mountain. He hablado con la bióloga que estudia esa extraña especie en peligro de extinción y todo indica que ese debe ser nuestro enfoque legal. En cuanto amanezca quiero hacer algunas comprobaciones sobre el terreno. Si todo va bien, en un par de días podremos dar el asunto por zanjado.

—Eso son magníficas noticias. Cuanto antes cerremos este asunto antes podré quitarme de encima a ese excéntrico cliente.

—Haré lo que esté en mi mano.

Permaneció expectante. Quería colgar. Necesitaba colgar. Aquella llamada de madrugada era un rapapolvo, era muy consciente de ello.

—Elizabeth.

—¿Sí, señor?

Hubo un instante de silencio que a ella le pareció eterno.

—Por ahora no me ha decepcionado y sé recompensar a quienes hacen bien su trabajo.

—Gracias, señor —la boca le supo a hiel.

—Céntrese en lo que tiene entre manos y no se deje engatusar por unos bonitos ojos azules. Hágame caso. Sé de lo que hablo.

¿Cómo era posible...?

—Pero yo, señor.... —intentó protestar.

—Buenas noches.

Sin más cortó, dejándola con la palabra en los labios.

Después de la sorpresa se sintió furiosa, tanto que sabía que era imposible que pudiera volver a dormirse.

Empezaba a preguntarse si su jefe no sabía también que en el pasado hubo algo entre ella y el joven Mountain de ojos azules.

Arrojó el teléfono lejos de sí. Debía retomar el control de la situación. Si su jefe, que estaba a cientos de kilómetros de allí, había intuido que algo sucedía, era porque las cosas se le estaban escapando de las manos, y eso era algo que no podía permitirse.

Se tumbó de nuevo, apretujándose dentro del saco de dormir.

Hacía frío y la noche iba a ser larga.

Sí. Terminaría su trabajo y daría la lección de su vida a ese maldito Carlisle. Esa era lo que haría.

Al día siguiente tenía pensado visitar las tierras de Rhett Mountain. Los mapas que había consultado en el Consejo delimitaban perfectamente cada una de las parcelas. Si estaba en lo cierto, la mina se abriría en muy poco tiempo.

CAPÍTULO 9

Chaz estaba muy ocupado atendiendo a Serena y a su potrillo, lo que aprovechó Jedidiah para acercarse a la cabaña de Carlisle y charlar a solas con él. Estaba a un tiro de piedra de la suya, aunque oculta por la extensión más elevada del bosque.

Lo encontró calzándose las botas y listo para marcharse.

—¿Huele a perfume? —husmeó nada más entrar.

Carlisle, que intentaba que el talón del pie izquierdo terminara de entrar, detuvo un momento el esfuerzo para mirar a su primo con cansancio.

—Tú también no, por favor.

Jedidiah supuso que Chaz ya se habría burlado de él por aquello. En las montañas nadie se perfumaba. Incomodaba a los animales del entorno y atraía a los insectos. Además... ¿para qué?

Miró alrededor. ¿Era posible que la desastrada cabaña estuviera más aseada que de costumbre? Aquella construcción de caza en la parte alta de la ladera había pertenecido al abuelo, que se la dejó a Carlisle dentro de su herencia. Antes de mudarse, su primo había vivido siempre con ellos, pero cuando las chicas empezaron a interesarle, sobre todo Elizabeth, decidió marcharse definitivamente. Ahora, desde que Julie formaba parte de la vida de Jedidiah, Chaz también se había mudado a la vieja cabaña de caza, y él agradecía un poco de intimidad.

—¿Ibas a salir? —Carlisle estaba atándose los recios cordones.

—Quiero bajar al pueblo. ¿Necesitas algo de allí?

Jedidiah no era hombre de dar rodeos, y menos con la gente que quería.

—Tengo entendido que has estado viendo a Elizabeth.

Carlisle suspiró y se recostó en el viejo sofá.

—Y vienes a echarme un rapapolvo.

Esa había sido su primera intención, pero conocía a su primo y era consciente de que un enfrentamiento directo solo lograría que perseverara en su cabezonería.

—Solo he venido a decirte que tengas cuidado.

Carlisle se puso de pie para quitarse las arrugas del pantalón. Otro gesto inaudito hasta entonces.

—Sé cuidarme —dijo sin mirarlo—. Y sé tratar con mujeres.

—Lo sé. Pero Elizabeth no ha sido una mujer más en tu vida.

—Eso fue hace demasiado tiempo.

Sí. Conocía a Carlisle Mountain. Tan bien como la palma de su mano. Si de algo no le interesaba hablar era precisamente de lo que le preocupaba.

Jedidiah paseó por la estancia. Ni rastro de polvo. Echó una ojeada al ajado fregadero. No solo habían desaparecido la perenne pila de platos y cacharros sin lavar, sino que las manchas de óxido que marcaban el paso del tiempo estaban repintadas de un blanco intenso. Aquello era más grave de lo que imaginaba.

—Si pretendes verla mientras permanezca en Great Peak —dijo con cuidado—, quizá deberías aclarar con ella lo que pasó entre vosotros en el pasado.

Carlisle chasqueó la lengua, incómodo por los derroteros de aquella conversación.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Jedidiah recordaba aquella expresión huraña de su rostro. Se formaba cuando su corazón primaba sobre su cabeza. Siempre había sentido debilidad por su primo y detestaba que tropezara dos veces con la misma piedra.

—Quizá va siendo hora de que pienses en ti mismo.

Eso era algo que Carlisle no se permitía desde hacía demasiado tiempo. Se rebuscó en el bolsillo hasta encontrar las llaves de su todoterreno. Cuando adquiriría aquella apresurada actitud arrogante, Jedidiah sabía que no había espacio donde razonar.

—¿Eso es todo? —inquirió Carlisle a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No estoy muy seguro de por qué ha venido Elizabeth precisamente ahora. En eso también deberías tener cuidado.

—Lo siguiente que harás será cambiarme los pañales —bufó.

Esta vez Jedidiah avanzó hasta colocarse justo en frente, cortando su retirada, y le puso una mano sobre el hombro.

—Carl, es abogada, está husmeando en el proyecto minero de tío Rhett, y tiene mucho interés en las serpientes que estudia Julie. No te fíes.

Su actitud arrogante se vino abajo. La preocupación en los ojos de su primo superó sus ganas de marcharse.

—Jed, sé que quieres protegerme —le mantuvo la mirada—, porque eso es lo que has hecho con Chaz y conmigo toda la vida, y te lo agradezco. Pero

este asunto tengo que resolverlo yo solo, ¿de acuerdo?

Tenía razón. Ya era hora de dejar que cometiera sus propios errores. Aunque estos pusieran en peligro a toda la comunidad. Se apartó, dejando libre el camino hasta la puerta.

—Está bien. Si necesitas algo...

—Solo un poco de espacio, de aire.

Jed asintió y fue hasta la salida. Justo antes de marcharse se volvió. Carlisle lo miraba, tan expectante como ansioso porque se marchara.

—Hueles bien —su primo le guiñó un ojo—, ten cuidado con las avispas.

Cuando al fin se quedó solo no pudo evitar sonreír. Las avispas. Valiente ocurrencia. Esperó unos minutos antes de salir. Condujo hasta el pueblo por aquella maraña de caminos endiablados. Los conocía de memoria. Incluso con los ojos vendados.

Estacionó junto a la bodega del viejo Jack. Antes de llamar a la puerta se aclaró la garganta y se recogió el largo cabello rubio en una coleta. Dos golpes y esperó. Nada. Otros dos golpes. Nadie acudió a abrir. Las ventanas seguían cegadas. Podía marcharse y volver más tarde. También podía acercarse a casa de O'Brian y charlar un rato.

No se había decidido cuando vio aparecer el coche de Elizabeth. Lo saludó con la mano antes de estacionarlo atravesado en la cuneta.

—¡Hola! —se dirigió hacia él con una sonrisa radiante.

Carlisle no pudo evitar pensar en lo hermosa que era. En cómo reaccionaba su piel cuando la tenía cerca, y su sangre dentro de sus venas, y aquella cosa a la que no había puesto nombre y que se movía arriba y abajo en su estómago cuando ella aparecía como esa mañana.

—Hola —correspondió alzando una mano y tragando saliva a la vez—, no sabía si estarías en casa.

—He salido temprano a pasear por el bosque. ¿Quieres entrar? Creo que soy capaz de preparar un té.

—Vale.

Cuando pasó por su lado, Carlisle se sintió estúpido por haberse puesto el añejo perfume del abuelo. Aquello sí que era un aroma delicioso, el que manaba de Elizabeth, el que aún recordaba. Fue como una bofetada. Su cabeza se llenó de imágenes del pasado. De un pasado juntos. Cuando su única preocupación era cómo amarse aquella mañana, o aquella noche.

Entró detrás de ella. Mientras Elizabeth trasteaba con la tetera y ponía bolsitas en las tazas, él se dedicó a echar una ojeada a su alrededor.

La vieja bodega estaba diferente. Había desaparecido el polvo y, a pesar de los pocos muebles, había cierto orden. La gran chimenea estaba apagada, pero en su interior se apilaba una montaña de leña. Recordaba el largo mostrador de madera, ahora deteriorado y la pared llena de estanterías. No había señales de la vitrina donde guardaban las armas ni del reloj de cuco que, por algún error mecánico, anunciaba solo los cuartos.

—¿Hasta cuándo te quedarás en el pueblo? —preguntó, alejando la nostalgia.

—Quizás un par de días más.

Elizabeth le tendió la taza. Estaba rota en el borde, pero aún servía. Era blanca, con un curioso emblema estampado en tinta negra.

—Esta taza te la regalé yo.

Ella la miró como si la viera por primera vez.

—Es cierto. ¿Nuestro segundo aniversario?

El tercero, pensó Carlisle, pero no lo dijo.

—Te había dado por aquella banda de música, «Faith No More», y tuve que ir hasta la ciudad para encontrar cualquier cosa con su logotipo.

Era cierto. No pudo evitar sonreír. Cuando él apareció con aquella taza fue como si el mismo cantante le hubiera susurrado una serenata solo para ella. Entonces las cosas tenían una dimensión diferente.

—Lo pasamos bien —tuvo que reconocer.

—La hija de Jack «Salsa de Tomate» McDogerty y el primo bastardo de los Mountain. No hacíamos mal equipo.

No, no lo hacían. Era cierto.

—Fuiste el primer chico al que besé.

—Y tú la primera mujer con la que...

Se ruborizó antes de terminar. Elizabeth recordaba aquel día. Los nervios durante toda la tarde. La excitación del encuentro. El dolor. La ternura de Carlisle en todo momento. Un carraspeo nervioso del montañero la trajo de nuevo a la bodega y a su realidad.

—Quería decirte... —él se acarició los labios con el dorso de la mano—. Siento lo que pasó entre nosotros.

—Ya te dije que éramos unos críos.

—Pero no es suficiente. No fuiste solo un rollo de adolescentes. Fuiste el amor de mi vida.

Al fin lo había dicho. Después de tantos años lo había dicho.

Él se había acercado. Elizabeth sabía qué venía a continuación. La

besaría. Si ella fuera una buena persona rompería allí mismo sus esperanzas. El pasado era una lápida sobre ellos dos que jamás se desintegraría. Pero había dejado de ser alguien cabal. Había venido a vengarse. A saldar una vieja cuenta tan injusta que la había marcado muy dentro del corazón.

—He pensado mucho en ti todo este tiempo —dijo Elizabeth con toda la intención.

El efecto fue inmediato. La luz se encendió en los ojos de Carlisle Mountain, que dio otro paso, más cerca de ella.

—Yo también.

Elizabeth sonrió. Sabía cómo hacerlo. Cómo engatusarlo. Cómo volverlo loco.

Recorrió los escasos pasos que los separaban, sin apartar los ojos de los suyos, y le puso una mano en el pecho. Era fuerte y sólido, como lo recordaba. Debajo palpitaba un corazón desbocado.

También se humedeció los labios. Era uno de esos gestos que en el pasado usaba para excitarlo. Como un botón que al pulsarlo desataría una debacle nuclear imparable. Le mantuvo la mirada durante unos instantes, con la sonrisa congelada en sus labios. Solo cuando percibió que él iba a franquear los escasos centímetros de aire electrizado que los separaban, habló.

—Y ahora debes marcharte.

Vio la confusión en los ojos del montañero y la embargó una sensación agrisulce. Carlisle parpadeó, intentando volver a la realidad.

—Sí... —dijo confuso—, será lo mejor.

Elizabeth fue hasta la puerta y la abrió. Una señal inequívoca que el montañero entendió al instante. Permaneció unos segundos donde estaba, mirándola desconcertado, hasta que salió de la bodega, inclinando la cabeza al pasar a su lado. Seguía tan contrariado que tardaría un buen rato en intentar comprender qué había sucedido.

Antes de que bajara las escaleras del porche, Elizabeth lo llamó.

—Carl.

Se volvió, henchido de esperanza. La renovada ilusión que reflejaban sus ojos era lo que ella había esperado ver.

—No voy a volver a confiar en ti —le dijo con la voz fría de una matrona romana—. No voy a volver a estar contigo. No voy a volver a dejar que me hagas daño. Y no quiero volver a verte.

Sin más cerró la puerta, como si no acabara de arrancarle el corazón a un hombre que aún la amaba.

La taza que Carlisle ni siquiera había probado seguía intacta encima de la mesa.

Elizabeth fue hasta ella y la estrelló contra el suelo.

CAPÍTULO 10

Había un acuerdo tácito entre Julie y Jedidiah: los miércoles cocinaba ella. Y, por alguna razón desconocida, era el único día de la semana en que Chaz y Carlisle aparecían a la hora del almuerzo.

Carlisle llegó el primero. Estaba muy serio y apenas habló. Mientras esperaba, tomó su vieja guitarra y se sentó junto al fuego a sacarle acordes, con la vista perdida en alguna parte.

Jedidiah intercambió una mirada preocupada con su chica, pero ninguno de los dos dijo nada. Había pedido espacio y debían respetarlo. Aunque eso supusiera verlo vagar taciturno, como alma que lleva el diablo. Lo recordaba de la otra vez, porque solo hubo una «otra vez». Y también fue con Elizabeth. Entonces fueron semanas de vagar por los bosques sin otro destino que la soledad, largas noches en vela, repitiendo una y otra vez lo que había sucedido entre los dos, como si así fuera a solucionarse. Tiempo de desaliento. Solo el mismo tiempo curó la herida, aunque ahora daba la impresión de que se había cerrado en falso.

Chaz apareció cuando la mesa ya estaba puesta. El concepto «mantel» había sido una innovación de Julie. El concepto «servilleta» también. Excentricidades que los montañeros habían aceptado arrugando la frente, pero sin decir nada.

Desde que ella había llegado los cambios habían sido constantes, pero sutiles: el baño había recuperado su antigua puerta, se había instalado una caldera de agua caliente, se charlaba en la sobremesa, sin prisas y nunca de política, y había... flores. Lo de las flores arrancó un extraño bufido en cada uno de los montañeros, pero también fue aceptado como una más de las extravagancias de aquella chica de ciudad.

—¿Cómo está Salvaje? —preguntó Julie. Era el nombre que Chaz le había puesto al nuevo potrillo, y tenía mucho que ver con su carácter.

—Aprendiendo cosas nuevas a cada momento —contestó, satisfecho.

Los tres hombres miraron con cierta desconfianza el pollo teriyaki que Julie acababa de servir. Con ella, cada miércoles era una aventura culinaria más allá de la consabida comida enlatada, el queso o el arroz hervido que solían tomar. Los dos hermanos entraron a saco cuchara en mano. Carlisle

empezó a comer con desgana, con la vista perdida en los cuadros azules y blancos del mantel.

—Hoy he visto algo raro —quisieron entender entre los resoplidos de boca llena de Chaz.

—¿Tiene que ver con Salvaje?

—No, en el bosque —tomó un trago de agua—. Mientras paleaba estiércol. Me ha parecido ver a alguien escondido entre el follaje. Observando. Ha sido extraño. De verdad.

Jedidiah lo miró alarmado, deteniendo el vuelo de su cuchara a medio camino de la boca.

—¿Aquí arriba? Nadie sube sin coche o sin caballos.

—Ni uno ni otro. He ido a su encuentro, pero ha desaparecido, y te aseguro que no había huellas.

Aquello era realmente inexplicable.

—¿Ni siquiera de pasos?

—Ni siquiera de pasos. Por eso me ha parecido extraño.

Los Mountain eran muy celosos de sus tierras. El abuelo habría disparado la escopeta antes de preguntar. El bisabuelo posiblemente hubiera cometido un delito. Ellos se limitaban a gruñirles a los senderistas despistados que llegaban hasta la cabaña, y que solían marcharse ante la falta de hospitalidad. Con la llegada de Julie eso había cambiado: los invitaba a un café en el porche ante la expresión estupefacta de su chico.

—Quizá fuera una sombra —Jedidiah intentaba encontrar una explicación a aquel misterio—. Hoy sopla el viento, y los árboles...

—No —lo cortó Chaz, tajante—. Era una figura humana, aunque un tanto extraña.

—¿Por qué extraña?

—Parecía que llevaba algo sobre la cabeza. No sé. Una capucha. O un largo manto.

Solo entonces Carlisle pareció salir de su estupor. Los miró a uno y después a otro.

—¡La Dama Velada!

Chaz cruzó los dedos y tocó madera. Jedidiah arrugó la frente. No creía en las viejas historias, pero en las montañas era sabido por todos que jamás se nombraba a la Dama Velada. Decían que con solo referirse a ella se invocaba la mala suerte.

—Eso son leyendas.

—Pero es que yo también la he visto.

Aquella declaración por parte de Carlisle lo llenó de estupor.

—¿Tú? Cuándo. No has dicho nada.

—Hace unos días. Arriba. Cerca de Widows Peak.

La superstición era innata en los montañeros. Un alud de nieve. Un torrente inesperado. Un incendio fuera de control. Estaban rodeados de acontecimientos que podían cambiar el curso de sus vidas en un abrir y cerrar de ojos. Y aunque Jedidiah se negaba a admitirlo delante de Julie, lo cierto era que solo con oír aquel apodo le recorría un escalofrío por la espalda. Quizá su primo estuviera confundido. O su hermano.

—¿Se lo habías contado a Chaz?

—No —apoyó su respuesta negando con la cabeza—. Lo dije en el pueblo, en la reunión del Consejo, pero le quitaron importancia.

—¿La señora Foster le quitó importancia? —se sorprendió Chaz—. Eso es una novedad.

Julie había estado escuchando todo aquello como quien presencia un partido de tenis. Le quedaba mucho por aprender. Para los hombres Mountain cada estación estaba vinculada a un tipo de trabajo mientras que para ella, en la ciudad, solo significaba cuándo tenía que cambiar la ropa del armario. Para la gente de las montañas el tiempo se medía con la salida y la puesta del sol, con el brote y la caída de las hojas, con el tamaño de las sombras en el suelo. Julie no podía aún prescindir de su reloj. Muchas veces no sabía de lo que hablaban, ni siquiera por qué lo hacían. Sin embargo, aquello parecía jugoso.

—¿De qué leyenda habláis? —preguntó.

—Una tontería para asustar a los niños —respondió Jedidiah al instante.

—Sí, pero qué leyenda —insitió.

Jed no quería llenarle a Julie la cabeza de tonterías. Eran viejas habladurías del pueblo. Cuentos al amor de la lumbre. Que su hermano y su primo creyeran haber visto visiones no era razón para prestarles atención. Y menos si se trataba de la Dama Velada.

—Desgracias —contestó Chaz por él—. Cuando se avista a la Dama Velada es que llegarán desgracias.

—Eso es una estupidez —protestó Jedidiah.

—Pero... —quiso replicar su hermano.

—A comer y a callar —lo cortó al instante.

Julie arrugó la frente.

—A veces eres intratable, Jedidiah Mountain.

—¿Yo?

Su cara, de repente, era de lo más inocente. Ella le dio un pellizco en la mejilla.

—Si no fuera por todo lo demás... ¿Alguien quiere postre?

Y se encontró con seis manos levantadas.

CAPÍTULO 11

Chaz había sido tajante: después del postre, otra de las innovaciones de Julie que había conseguido conquistarlos, tenían que ir todos juntos a ver cómo se encontraba Salvaje.

Para el montañero, aquel pequeño potrillo, resistente e irascible, se había convertido en el centro de su existencia. Se sentía un abuelo orgulloso, ya que él mismo había ayudado a nacer a Serena, su madre. Jedidiah y Carlisle disfrutaban de su entusiasmo, aunque a veces era agotador tener que soportar la retahíla de adjetivos con los que solía referirse a Salvaje.

Julie declinó la invitación. Iría más tarde. Tenía que terminar de pasar los últimos datos a su portátil, aprovechando la tranquilidad de la sobremesa.

Carlisle, mientras entraban en las cuadras, no podía disimular el rostro de abatimiento. Su última conversación con Elizabeth se repetía una y otra vez en su cabeza: Si no quería verlo... ¿por qué parecía tan contenta cuando estaban juntos? Si no lo perdonaba... ¿por qué decía que el pasado no tenía importancia, cuando ahora se lo había echado en cara? No comprendía a Elizabeth. En verdad le costaba mucho trabajo comprender la forma de pensar de algunas mujeres. Aunque viviera cien años. Aunque viviera una eternidad. ¿Es que algo funcionaba mal en él que solo se sentía atraído por aquellas que lo volvían loco?

Jedidiah lo observaba con malinterpretada indiferencia, mientras Chaz, ajeno a la cara de hastío de su primo, explicaba una vez más todas las complicaciones del parto y las evoluciones del nervioso potrillo, como si aquel milagro de la naturaleza fuera algo irrepetible. Carlisle asentía, y de vez en cuando preguntaba para que Chaz creyera que estaba interesado. Pero lo cierto era que no estaba allí. Su cabeza no se encontraba en aquella cuadra, sino a una decena de kilómetros, más abajo, donde la montaña se convertía en Great Peak.

—¿Bajarás hoy al pueblo? —le preguntó Jedidiah.

—No —su atención estaba centrada en desenmarañar la mente de Elizabeth—. Quiero arreglar el tejado. La nieve ha hecho algunos destrozos. No quiero tener sorpresas cuando lleguen las lluvias.

—¿Necesitas ayuda?

—Me las apañaré solo.

Chaz estaba exultante por la facilidad con que Salvaje encontraba la ubre de su madre. Jedidiah se debatía entre tratar de nuevo con su primo el espinoso asunto de Elizabeth, o respetar lo que le había pedido: dejarlo en paz. Decidió hacer un último intento.

—¿Hasta cuándo estará aquí la... la yegua?

Chaz lo miró extrañado.

—No tenía pensado moverla.

Aquella era la cuadra de Serena. Aunque estuviera repuesta seguiría ocupando su establo. La yegua ya salía a comer a los pastos por la mañana porque no había nada como la yerba fresca para que la leche fuera rica en nutrientes.

Sin embargo, Carlisle comprendió perfectamente a qué se refería su primo.

—Un par de días —contestó escueto—. Eso creo.

Chaz iba a responder, pero Jedidiah habló de nuevo.

—¿Irás... vendrás a verla?

Eso era precisamente lo que Carlisle llevaba rumiando todo el día. Quería verla. Necesitaba verla. Pero ella había sido tajante: no quería saber nada de él. No quería volver a cruzárselo. «¡Maldita sea!», se maldijo. Era mejor que jamás hubiera regresado a Great Peak, que jamás se hubieran encontrado, que jamás hubiera vuelto a verla desnuda...

—No —contestó—. Al parecer no quiere saber nada de mí.

—Las yeguas se ponen ariscas cuando son madres —intervino Chaz, a quien aquella conversación sobre su Serena le estaba pareciendo un tanto extraña—. Son las hormonas.

—Quizá sea lo mejor —Jed creía que la distancia volvería a poner las cosas en su sitio.

—Quizá.

El potrillo había terminado su ración de leche y acababa de trotar hacia los brazos de Chaz. Si le hubiera tocado la lotería no hubiera sido más feliz. Jedidiah sospechaba que cuando estaba a solas lo achuchaba y besaba como a un bebé. Delante de ellos dos se limitó a palmearle el lomo.

—Mi muchacho parece que se ha saciado.

—Come casi tanto como tú, Chaz —se burló Carlisle.

—Se pondrá grande y fuerte.

—Será el terror de las yeguas.

—Hay muchas más yeguas por los alrededores —atacó de nuevo Jedidiah. No quería dejarlo escapar ahora que podían hablar sin que pareciera evidente.

—No como ella —contestó, lacónico.

—Es posible —tuvo que admitir—, pero si no quiere verte y saldrá de la cuadra en un par de días... ¿no es mejor darse por vencido?

Su primo se encogió de hombros.

—Supongo.

—No soy de dar consejos, pero me gustaría decirte algo.

Lo cierto era que lo que hacía Jedidiah se resumía en dar órdenes. Desde pequeños les habían enseñado a tener una férrea disciplina familiar. El rango lo otorgaba la edad, de ahí que Jedidiah, el mayor de los muchachos Mountain, ejerciera como jefe de la manada. Después estaba el asunto de tío Rhett a quien le correspondía por derecho gobernar a los montañeros, pero las circunstancias habían hecho que aquel poder, casi otorgado por Dios, ya no fuera efectivo.

Si primo Jed tenía que darle un consejo en vez de una orden, era que estaba preocupado, muy preocupado. Decidió atender lo que tuviera que decirle.

—Te escucho.

—Quédate en la cabaña —lo miraba fijamente, asegurándose de que entendía cada palabra—. Repara el tejado. Toca esa guitarra tuya. Emborráchate. Peléate con Chaz. Pero no bajas a Great Peak. No bajas aunque te vaya la vida en ello. Y sobre todo no vuelvas a ver... a la yegua.

Chaz arrugó la frente.

—¿Seguro que habláis de Serena?

Era un consejo cabal. Eso era lo que debía de hacer. Eso era, de hecho, lo que tenía planeado. Y si terminaba de reparar el tejado, echaría abajo la cerca para montarla de nuevo, y si también lograba repararla, quemaría las puertas y construiría otras nuevas. Mantenerse ocupado y no pensar en Elizabeth, en que estaba de nuevo allí, en el pueblo. Esa era la respuesta.

La boca le supo amarga como la hiel.

—Voy a volver a casa.

Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Despídete de Julie.

Mientras se alejaba, cabizbajo, pudo oír a Chaz.

—No hablabais de Serena, ¿verdad?

Y también la voz grave de Jed.

—Parece que tu potro tiene hambre de nuevo. Dejemos a Carl. Él sabe lo que hace.

Mientras volvía de regreso a la casa no pudo evitar sonreír. A su manera se cuidaban los unos a los otros. Se habían criado solos. La madre de Chaz y Jedidiah había fallecido cuando eran pequeños y su padre apenas había tenido tiempo de atenderlos. Sus propios padres fallecieron hacía una eternidad. Ni siquiera recordaba sus rostros. La montaña siempre había sido vengativa y se cobraba sus víctimas. El único referente que habían tenido era el abuelo, y no es que fuera un tipo cariñoso. Sus primos era lo único que Carlisle tenía en este mundo. Quizá fuesen demasiado hoscos para los demás, demasiado salvajes, pero todo lo que necesitaba se resumía en ellos. Así que el consejo de olvidarse de Elizabeth se había convertido en algo que tenía un enorme peso.

Cuando entró en la casa, Julie aún estaba concentrada frente al ordenador. Al verlo entrar decidió tomarse unos minutos de descanso.

—¿Qué tal Salvaje?

—Igual que hace dos horas —sonrió—. Pero Chaz es un abuelo orgulloso.

Su guitarra estaba junto a la chimenea, y pese a que la primavera había llegado dulce, permanecía encendida para caldear una casa con demasiados recuerdos del cercano y duro invierno. La metió en su funda y se la colgó al hombro. Sin darse cuenta se le escapó un suspiro que Julie recogió al punto.

—Carlisle —preguntó con tacto—, ¿te encuentras bien?

—Sí. Claro.

Entornó los ojos. Sabía lo que pasaba, pero le había prometido a Jedidiah que no se inmiscuiría.

—Pues yo diría que no.

Por un momento, Carlisle estuvo a punto de pasar de largo, abrir la puerta y marcharse a su cabaña sin mirar atrás. Pero en cambio se derrumbó en el viaje sofá.

—No entiendo a las mujeres —dijo con voz cansada.

Julie cerró el portátil y se sentó justo enfrente, con las manos juntas sobre sus rodillas.

—No es cuestión de mujeres o de hombres —sabía que sus razonamientos a veces eran difíciles de comprender para aquellos montañeros, así que habló despacio, intentando trazar un razonamiento sencillo—. Es cuestión de personas. Cada uno somos diferentes. Alzamos nuestras murallas, cavamos

fosos alrededor, levantamos los puentes levadizos y nos parapetamos allí dentro, temerosos de que nos hagan daño.

Él asintió, aunque no estaba muy seguro de lo que quería decir aquello. Con los chicos era diferente: Si algo no te gustaba lo decías. Si no había acuerdo se resolvía con los puños. Pero con las mujeres... siempre tenía la sensación de que hacía algo mal.

—Una vieja amiga ha vuelto —no podía sacárselo de la cabeza—, y... no sé muy bien en qué situación estamos.

A ella la respuesta le parecía evidente.

—¿Y por qué no se lo preguntas? A veces las cosas son así de fáciles.

Él la miró como si acabara de soltar una blasfemia.

—No quiere hablar conmigo.

—Si es así debes respetarlo. Pero no te des por vencido a la primera. A nadie le gusta que se den por vencidos tan pronto.

Definitivamente no entendía a las mujeres... a las personas. Era más fácil llamar a las cosas por su nombre.

—¿Seguro que lo mejor no es quedarme en mi cabaña hasta que ella abandone Great Peak?

Julie se encogió de hombros.

—También es una buena idea, pero sospecho que no resolverá nada. Si quieres algo debes luchar hasta que estés seguro de que has hecho lo correcto. Hasta que lo hayas conseguido o hasta que tengas la absoluta certeza de que nunca lo lograrás.

Carlisle era cabezota. Ese no era el problema. Era una cuestión de no empeorar las cosas. De ser respetuoso con una promesa. De no soportar generar más daño. Y de que el corazón le latía a cien cuando la veía. De eso también

—¿Y cuál es ese límite? —le preguntó.

—Hablamos de personas —insistió Julie—, así que ese límite es Elizabeth. Cuando ella diga no, será siempre no. Y lo será a partir de ese momento.

—Creo que eso ya lo ha dicho.

—¿Lo tienes claro?

¿Lo tenía? Lo que veía en los ojos de Elizabeth y lo que decían sus labios eran cosas distintas.

—No. No lo tengo claro.

—Entonces, con el mayor respeto, pregúntaselo de nuevo.

Era el consejo contrario al que le había dado Jedidiah. Por alguna razón no le pareció una locura. Quizá porque Julie lo decía como si fuera posible. Como si de verdad los problemas se resolvieran de esa manera tan fácil: preguntando en vez de suponiendo. Preguntando de nuevo si no lo entendíamos.

Se levantó, y ella también lo hizo.

—Me alegro de que estés aquí, Julie

Ella sonrió y fue hasta la mesa, junto a la cocina.

—Y yo de estarlo —levantó el plato donde aún quedaba una gran porción de tarta—. ¿Te llevarás las sobras?

—¿No me perseguirá Jedidiah? —bromeó—. Le encantan tus dulces.

—Él tiene a la repostera —le guiñó un ojo—, tendrá que conformarse con eso.

CAPÍTULO 12

Desde que había hablado con Carlisle, Julie no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Lo apreciaba de verdad. Era el más sensible de los tres. También el más risueño y, a pesar de su rudeza, algo intrínseco a cualquier Mountain, siempre tenía una palabra amable para ella.

De alguna manera, Jedidiah se había alzado como el padre de estos tres huérfanos que solo se tenían los unos a los otros para seguir adelante. Y en una situación así ella debía jugar un papel destacado.

Julie era consciente de lo devastador que resultaba el mal de amores, y su joven amigo era un buen ejemplo de sus consecuencias: taciturno, desganado, de mal humor, y tan confundido que no sabía qué hacer.

La noche anterior, Jedidiah le había confesado su preocupación por Carlisle y cómo le había aconsejado que se apartara de Elizabeth. Cuando Julie le dijo que su consejo había sido exactamente el contrario, tuvieron una pequeña discusión. Nada importante. Él puso sobre la mesa que lo fundamental era que no sufriera, y ella que lo esencial era que pudieran aclarar las cosas, como único camino para aliviar el dolor.

Como otras pocas veces que habían tenido posturas encontradas, terminaron en el sofá haciendo el amor, una fórmula mágica para limar asperezas.

Aun así, esa noche Julie durmió mal y se levantó con una extraña sensación de resaca. ¿Resaca de sexo? No, resaca porque su cabeza no dejaba de hilvanar ideas sobre cómo ayudar a Carlisle.

Cuando salió del baño, Jedidiah ya no estaba en el dormitorio. Se puso ropa de trabajo, se recogió el cabello en una coleta y bajó, sin poder evitar aquella extraña sensación en el estómago.

—Buenos días —la saludó Jedidiah, que estaba apartando dos tazas de espeso café negro.

Julie ya se había acostumbrado, no solo a que durmiera desnudo, algo bastante común, sino a que se paseara desnudo hasta no haber terminado el desayuno. Formaba parte de su excitante adaptación a la vida en las montañas.

Le dio un beso en los labios y le arrancó una de las tazas.

—¿Qué harás hoy? —insistió su chico, mientras le daba vueltas a las tostadas untadas en mantequilla, una más de las cosas de ciudad que Julie había traído a sus vidas.

—Iré al pueblo antes de subir a la cueva. Mi reunión con el alcalde, ¿recuerdas? Gracias por el café. Me da la vida.

—Puedo acompañarte —sirvió las tostadas en un plato, tal y como ella le había enseñado, y lo puso en la mesa, entre los dos.

—No quiero entretenerte —dijo ella antes de dar un bocado—. Chaz te necesita en el establo. Será solo un momento.

Él rodeó la mesa y la besó en el cuello.

—¿Y tienes mucha prisa?

No podía resistirse. Tenía que reconocer que aquello de desayunar cada mañana con un hombre desnudo se había convertido en su *hobby* favorito.

—Depende de lo que me propongas.

Él se agachó, hasta ponerse a su altura.

—No se me ocurre nada en este momento.

Una hora después Julie pudo salir al fin de la cabaña. Había tenido que ducharse de nuevo pero había merecido la pena. A pesar de la sonrisa de boba que aparecía impresa en su cara, aquella sensación de malestar no la abandonaba.

No había sido del todo sincera con Jedidiah, y eso no le gustaba, pero sabía que si le decía la verdad no la comprendería, por mucho que se lo explicara.

Condujo hasta el pueblo. El alcalde Johnson quería que le diera información sobre cómo marchaban sus trabajos. Ella no estaba obligada, por supuesto, pero sabía que para el viejo corregidor era importante mantener intacto su estatus de autoridad. Una vez a la semana tomaban juntos un café, ella le explicaba sus descubrimientos, que él no entendía, y lo dejaba con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro.

Cuando bajaba por la calle principal hacia la casa de Johnson vio venir de frente a Elizabeth. Su aspecto había cambiado ligeramente desde la última vez. Seguía siendo despampanante. Una belleza al lado de ella. Con el precioso cabello rubio, la piel blanquísima y esos inocentes ojos azules. Caminaba con gracia de modelo. Con una fragilidad que ella sabía que no era cierta. Dentro se escondía una mujer fuerte, que sabía lo que quería y podía luchar por alcanzarlo. Lo que había cambiado en Elizabeth era su expresión. La otra vez que se habían visto había seguridad en sus ojos, firmeza, orgullo.

Ahora caminaba taciturna, con la mirada apagada y la cabeza perdida en alguna idea que la mantenía abstraída.

Casi estuvo a punto de pasar por su lado, por la otra acera de la calle, sin verla. Pero Julie no dejó que eso sucediera.

—¿Qué tal tu estancia en Great Peak? —la llamó en voz alta.

Vio cómo Elizabeth la miraba confundida, apenas una fracción de segundo. Lo justo para reconocerla. Y entonces sonrió. Y Julie tuvo que reconocer de nuevo que le caía bien, a pesar de lo que sabía de ella, de lo que sospechaba y de lo que estaba sucediendo con Carlisle.

—¡Hola! —le respondió Elizabeth, yendo a su encuentro—. ¿Hoy no estás en tu caverna?

—A veces necesito ver gente, no solo serpientes. Y a ti, ¿qué tal te va en el pueblo?

Ella se encogió de hombros.

—Bien. Espero poder marcharme mañana, o quizá pasado.

—¿Te despedirás de Carlisle?

Su mirada se ensombreció. Julie creyó ver una mezcla de disgusto y dolor.

—Te ha contado lo nuestro.

—¿Crees que un montañero haría algo así?

—No, claro que no —sonrió de nuevo.

Lo máximo que había conseguido de él fueron aquellas cuatro confesiones medio gruñidas junto a la chimenea. Hablar de sí mismos era casi una herejía entre los hombres de la montaña. Había que soportar el dolor, tragarse las ilusiones y también las decepciones. Eso era lo que se esperaba de ellos. Carlisle era diferente, podría llegar a pedir ayuda, a solicitar consejo, pero nunca a contar lo que hubo entre los dos.

Julie sabía que aquella era la única oportunidad que tendría de hablar con la abogada. De intentar humanizar lo que las separaba, y lo que angustiaba a alguien que le importaba.

—Elizabeth —dijo muy seria—, supongo que sabrás que Carlisle está mal por lo que ha sucedido entre vosotros dos, no sé si en el presente o en el pasado, y me da igual. Pero no sería una mala idea que hablarais antes de que te marches. Aunque solo sea para quedar como amigos.

Observó cómo impactaban sus palabras. Era casi un efecto físico. Pero Elizabeth supo digerirlas. Se recompuso. Hizo como si nunca hubieran sido pronunciadas, y volvió a sonreír.

—¿Y tú qué tal allí arriba? ¿Has conseguido que tu serpiente salga de esa

caverna?

Estaba claro que no iba a ponérselo fácil. Por la cabeza de Julie pasó la idea de que también había tenido que ser difícil para aquella mujer. Sintió lástima por ella. Quizá creía que con su actitud solo hacía daño a Carlisle, cosa que era cierta. Pero en verdad se lo hacía a ella misma, porque era evidente que no lo estaba pasando bien. Y solo había una explicación: no le era tan indiferente como intentaba hacer ver.

Julie decidió que aquel era tan buen momento como otro para hacerle un par de preguntas que le intrigaban.

—Elizabeth, sé que eres abogada, y que has estado recopilando toda la información relativa a la mina de Rhett Mountain. ¿Trabajas para él?

—Siempre olvido que en este pueblo se sabe todo.

—Los planos —insistió Julie—, los informes de prospección...

—Vine para eso. Es mi trabajo.

Se la veía incómoda. Como a una niña cogida en una falta.

—Entonces, Rhett Mountain está detrás de todo esto, ¿verdad?

—No tengo permiso para hablar de mis clientes.

Instintivamente Elizabeth había cruzado los brazos sobre el pecho y se había apartado un par de pasos de Julie. No le gustaba aquella conversación. No le gustaba en absoluto. Quizá porque no estaba muy orgullosa de lo que estaba haciendo.

—Elizabeth —insistió, alargando una mano que puso sobre la suya con cuidado—, no dudo que serás una abogada excelente, pero se puede estar a favor o en contra de estas montañas.

¿El brillo que se había formado en sus ojos era un atisbo de lágrimas? Se preguntó Julie. Elizabeth descruzó los brazos para apartarse de aquel contacto.

—Nací aquí —su brazo abarcó todo aquello—. Tú solo llevas un puñado de meses.

—Si encuentras un resquicio legal para que tío Rhett pueda explotar su mina —insistió—, todo esto se habrá acabado.

—Me temo que eso está fuera de mi mano. No me corresponde a mí decidir qué hacer.

Julie no estaba segura de si estaba convenciéndola de algo, pero apretaba más, solo un poco más...

—Sé que eres una buena persona. Sé distinguirlo a simple vista. Quizá sea un don, o quizá estoy loca. Si lo haces, te arrepentirás toda tu vida.

Algo cambió. Una vibración en el aire. El color de los ojos de Elizabeth.

Algo que hizo comprender a Julie que no había nada que hacer.

—¿Te ha mandado Jed para que me digas todo eso? —la cabeza alzada indicaba su orgullo herido.

—Si supiera que tú y yo estamos hablando de esto se enfadaría mucho —se sinceró.

Elizabeth sonrió casi sin darse cuenta. Era consciente del duro carácter de aquella familia, los Mountain. Si Julie había sido capaz de subir allí arriba, de vivir entre ellos, era porque se trataba de una mujer extraordinaria. Y además tenía sentido del humor.

—Julie, tú también me caes bien —ahora fue ella quien puso la mano sobre el hombro de Julie—. Y tengo que decirte que esos Mountain no son lo que parecen. No debes fiarte de ellos.

—Conozco a Jed —se defendió.

—Yo también creía conocer a Carlisle.

La vida era curiosa. Habían vuelto al principio.

Por un momento dudó si debía darle crédito. Era cierto que se habían conocido hacía poco más de tres meses. Que lo había dejado todo por estar con él. Que... prefirió dejar de darle vueltas a la cabeza o se volvería loca de verdad.

—Habla con él, Elizabeth. Con Carlisle. Solucióvalo.

—No hay nada que solucionar.

—No sé lo que sucedió ni me importa. Pero por muy grave que fuera...

—No voy a perdonárselo.

La gravedad de su rostro le dijo que aquella mujer tenía el corazón destrozado. Por alguna razón Carlisle, de repente, dejó de ser la víctima. Lo era ella. Elizabeth. La víctima de sí misma y de sus propias convicciones.

—¿Y dejarás con el corazón roto al hombre del que estás enamorada?

Elizabeth la miró sorprendida. Como si Julie hubiera verbalizado algo que estaba muy oculto en su mente. Enterrado bajo el peso de la razón, de los hechos, de los rencores.

—Yo no... —articuló apenas.

—Aún puedes cambiar las cosas —insistió Julie—. Habla con Carlisle.

Elizabeth se recompuso de nuevo. La mirada helada. La frente altiva. La muralla invisible.

—¿Algo más? —preguntó con cierto desdén.

—Mira alrededor. Quizá la próxima vez que vengas nada de esto exista.

Elizabeth no lo hizo. Simplemente prosiguió su camino hacia el helado

recuerdo de su bodega, donde una vez su padre logró que fuera feliz.

CAPÍTULO 13

Carlisle se había pasado todo el día rumiando qué hacer. Si permanecer en su cabaña como un recluso o bajar al pueblo para hablar con Elizabeth. Tan pronto tomaba una determinación como la contraria. Igual subía al tejado, donde empezaba a desmontar piezas de madera, como entraba en la casa para adecentarse. Y a mitad de cada una de estas acciones se detenía, permanecía un buen rato mirando al vacío, y cambiaba de dirección.

Había empezado a decaer la tarde cuando llegó a la conclusión de que si seguía así iba a volverse loco. ¿Qué haría el abuelo Jeff en una situación como la suya? ¡Disparar! Pero aparte de eso... el abuelo nunca permanecería encerrado, aunque al lanzarse en busca de una respuesta le arrancaran el corazón, aunque lo cocinaran con cebolla y se lo hicieran comer.

Se dejó la ropa de faena, simplemente calzó las botas, se puso la cazadora de paño y enfiló en su cuatro por cuatro el camino hacia Great Peak. Su mente era un torbellino porque por más que intentara poner letra sobre letra lo que le iba a decir, eran tantas las ideas y argumentos que se derrumbaban como una pirámide de naipes.

«Te dejé por...» y a partir de ahí todo era confusión, verdades a medias, promesas a medias y argumentos a medias.

Desde lejos vio que la vieja bodega de Jack «Salsa de Tomate» McDogerty estaba iluminada y una columna de humo salía de la chimenea. La noche ya había oscurecido el cielo y la calle central del pueblo empezaba a iluminarse con la pereza de quienes quieren aprovechar un poco más los días más largos.

Tragó saliva antes de bajar del coche. Estaba bastante seguro de que se iba a topar con una negativa, pero al menos, como le había dicho Julie, lo habría intentado con todas sus fuerzas, lo habría puesto todo de su parte para solucionar aquello que pasó entre Elizabeth y él. Era lo que tenía que hacer.

Subió de un salto los escalones del porche y permaneció unos segundos delante de la puerta. Al otro lado se escuchaba una música que no identificó. Sentía las manos húmedas y se las secó en la pernera del pantalón. Se pasó una de ellas por el cabello, que recolocó tras las orejas. Al final golpeó un par de veces sobre la recia madera.

—¡Ya voy! —cuando oyó la voz de Elizabeth su corazón palpitó con fuerza. Se arrepintió de haber ido. Se descubrió pensando en lo inoportuna de la hora, en lo inadecuada que era la ropa que llevaba, en que no estaba seguro de si se había lavado las manos o no.

Todos aquellos pensamientos se desvanecieron cuando la puerta se abrió y allí estaba Elizabeth.

Se había puesto cómoda para estar en casa. Una camiseta lo suficientemente larga como para tapar medio muslo. El cabello recogido y aún húmedo después de habérselo lavado. La piel limpia. Descalza.

La cabeza de Carlisle se ocupó completamente de aquella imagen. La mujer que amaba. La que siempre había amado. Un recuerdo persistente, eclipsado por el paso del tiempo, pero que solo unos días juntos había vuelto a rescatar a la altura de la piel.

Ella, aún con el pomo de la puerta en la mano, lo miró sorprendida.

—Vaya. No te esperaba.

—Estás ocupada —consiguió decir—. Volveré en otro momento.

No estaba preparado. No estaba preparado. No estaba preparado. Se repitió una y otra vez. Iba a dar la vuelta cuando ella lo detuvo.

—No. Pasa —abrió de par en par y se apartó a un lado—. ¿Quieres tomar algo? Estaba haciendo la cena.

Él asintió y atravesó el umbral. Dentro, la casa estaba caldeada debido al alegre fuego de la gran chimenea. La mesa estaba puesta, al estilo de las de Julie, algo nunca visto en Great Peak para un día en que no hubiera que celebrar algo. Había una botella descorchada y una copa a medio llenar. Papeles amontonados en un rincón. Algún libro. El saco de dormir perfectamente extendido sobre la esterilla.

Carlisle tragó saliva y la miró. Estaba tan nervioso como un adolescente el día del primer beso. Ella lo observaba con curiosidad. Sin comprender muy bien qué hacía allí.

—La última vez que nos vimos... —empezó a decir él.

—El hombre que conocí no hubiera vuelto después de lo que te dije —lo interrumpió.

—El hombre que conociste era un estúpido. El de ahora quizá siga siendo igual de idiota, pero ha aprendido un par de cosas.

Ella entonó los ojos y se mordisqueó el labio. Carlisle sabía que lo estaba valorando. Estaba decidiendo si lo ponía de patitas en la calle o le daba una oportunidad. Sin darse cuenta cruzó los dedos.

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería nuestra vida si no me hubieras dejado?

—Elizabeth, yo no....

Ella avanzó los escasos pasos que los separaban y se arrojó a su boca. Carl lo recibió primero con sorpresa. Después, con la sed del sediento. La abrazó hasta que no quedaba espacio entre los dos. La besó con la pasión de un primer encuentro. Con la desesperación de un último beso. Con el deseo que solo proporciona el pecado. No era consciente de hasta dónde había necesitado un beso suyo. Hasta que el contacto de sus labios lo habían prendido como a una tea. Hasta que el volumen de su cuerpo, pegado al suyo, lo inflamaba como una hoguera. Hasta que su sexo palpitaba con un dolor que necesitaba ser aplacado.

Consiguió controlarse y apartarla levemente. Muy levemente.

—No he venido a esto —dijo con la voz entrecortada—. He venido a hablar, no a...

Pero ella no lo dejó terminar. Se arrojó de nuevo a sus labios, y cuando gimió entre sus brazos, él supo que cualquier intento de resistencia le era ya imposible.

La separó lo justo para poder acariciarla. Sus dedos recordaban cada curva de su cuerpo. Ahora era más contundente. Más rotundo. Ella tampoco se quedó quieta. Sus manos llegaron hasta su bragueta. Sintió el calor a través de la tela y la dureza embistiendo contra sus dedos. Recordó otros encuentros así. Cuando eran apenas dos muchachos. Aquí te pillo, aquí te mato. Unos minutos de jadeos. De excitantes jadeos, que terminaban con los dos exhaustos, agotados del repentino orgasmo. Felices por la facilidad con que un cuerpo encontraba las claves exactas del placer del otro.

Carlisle le consiguió quitar la camiseta. No llevaba sujetador. Ella hizo lo mismo con sus pantalones. Cuando el sexo palpitante del hombre golpeó sus braguitas, volvió a gemir.

No. Ya no había vuelta atrás.

Lo hicieron sobre la mesa. Ella desnuda. Él con la camisa y la cazadora aún puestas. Los pantalones bajados, encasquetados en las gruesas botas. Fue salvaje. Doloroso. Íntimo. Precipitado. Dulce. Desbordante y muy, muy gustoso.

Él llegó antes al clímax, pero persistió hasta que ella se desmadejó, apretando las rodillas sobre sus costados.

Sudorosos, aun temblando por la intensidad del orgasmo, permanecieron

unos minutos abrazados.

La cabeza de Carlisle volvió a llenarse de sensaciones. Era posible. Había sido posible. La de Elizabeth también, pero en una dirección muy diferente.

Cuando él intentó besarla, ella se apartó. Se agachó para recoger su camiseta, que se caló dándole la espalda. Carlisle se subió los pantalones, sabiendo que algo no marchaba bien.

—Yo no... —intentó decir.

—Será mejor que te vayas.

—No he venido para esto.

—Carlisle. Márchate. Por favor.

No lo miró. Estaba de espaldas. Con una mano apoyada en la mesa y el otro brazo apretándose el estómago.

Él asintió.

No, no había sido una buena idea. No venía a follar. Aunque ella se quedara con esa impresión.

Salió por la puerta sin mirar atrás.

Ya era hora de enterrar la idea que tenía de la mujer que una vez, y ahora lo sabía, amó.

CAPÍTULO 14

Julie no había podido negarse.

Jedidiah se había presentado a media tarde en la gruta donde ella proseguía con sus trabajos de investigación. Traía un par de bocadillos envueltos en servilletas, una botella de vino, vasos de cristal porque ella se negaba a beber a morro, y dos caballos, uno para cada uno. La propuesta era irresistible: subir hasta Widows Peak y disfrutar de una merienda en la ladera y lo que surgiera, mientras caía la tarde y el paisaje se inflamaba con los últimos rayos de sol.

No. No había podido negarse. Aunque ahora tenía la sospecha de que la invitación no había sido tan inocente al hilvanar una conversación y por el comportamiento de Jedidiah Mountain durante toda la tarde.

La noche anterior Julie le había contado su encuentro con Elizabeth y se había dado cuenta de que estaba preocupado, aunque no lo demostrara.

—¿Y si hablaras con tío Rhett? —le había preguntado en algún momento de la conversación—. Quizá entre en razones. Como ha hecho todo el pueblo.

—¿Con tío Rhett? —parecía que hubiera nombrado a Belcebú—. No sabes lo que dices. Es un viejo cascarrabias que no quiere a nadie. Ninguno de nosotros le importa un bledo. No. No pienso hablar con él.

—Entonces se saldrá con la suya —había sentenciado—. Si no es por medio de Elizabeth será por otros medios, y lo sabes.

—Si tiene que pasar, pasará —había dicho muy serio—. Pero ni siquiera entonces moveré un pie para hablar con mi tío.

Julie estaba realmente intrigada por saber más de Rhett Mountain. Lo único que había podido descubrir era que se trataba del hermano menor de su padre. Que, junto al abuelo Jeff, había sido quien se había encargado de ellos durante su infancia. Que había estado casado, aunque su esposa duró poco a su lado, según Jed debido a su carácter levantisco. Y que vivía solo allí arriba. Al otro lado de Widows Peak. Sin relacionarse con nadie del pueblo y, por supuesto, menos aún con sus sobrinos.

Lo imaginaba como a un viejo testarudo y amargado, gruñón y cabezota, que nunca había disfrutado del amor verdadero. Y quizá eso lo hacía tan digno de estudio, y también de lástima. ¡Como su serpiente! Quería conocerlo, pero

no sabía cómo llevarlo a cabo sin que Jedidiah se molestara muy seriamente.

Esa tarde, cuando Jed vino a buscarla y montaron hasta las cumbres, sabía que había algo más. Lo supo porque él estaba más pendiente de lo que sucedía alrededor que de ella misma. Algo inusitado a lo que no la tenía acostumbrada.

Hablaron de Carlisle, por supuesto. También de Serena y Salvaje. Pero él se empeñaba en atisbar alrededor, como si buscara algo que no quisiera desvelar. Julie se limitó a observarlo. A mirar algunas veces en su misma dirección. A trazar teorías en su mente sobre lo que estaba pasando.

Dejaron los caballos justo donde se alzaba la cumbre más alta. A sus pies se precipitaban las montañas en valles inaccesibles. La vista era soberbia y la temperatura perfecta para esa época del año.

Jedidiah estuvo cariñoso, como siempre, pero no disminuyó aquella sensación de que buscaba algo.

—¿Por qué te sientas de espaldas al paisaje? —le preguntó Julie—. Siéntate a mi lado —golpeó la hierba con la mano.

—Así puedo verte de frente. Besarte de frente —y acompañó las palabras con los hechos.

La merienda fue maravillosa, aunque Julie tuvo la impresión, más de una vez, de que se había vuelto transparente, ya que Jedidiah miraba casi a través de ella, a su espalda, donde el bosque se volvía una maraña de vegetación inaccesible.

Hablaron de nuevo de Carlisle, de Serena y de Salvaje, pero sobre todo hablaron de ellos dos, y de los planes de futuro una vez que ella terminara su trabajo de investigación en la gruta y tuvieran que plantearse seriamente qué hacer con sus vidas. Había algo que le preocupaba, y que sería determinante cuando tuvieran que tomar esa decisión. Pero aún eran solo sospechas y no quería ponerlo sobre la mesa.

Habían terminado de comer cuando él se puso de pie de un salto.

—¡Allí! —señaló.

Ella se giró para seguir la dirección que señalaba su dedo, y entonces pudo verlo.

Era una sombra detrás de los árboles. Una figura que podía ser humana, cubierta por un largo gabán, quizá una caperuza o un velo.

—¿La ves? —insistió él.

—¿Me has traído hasta aquí para cerciorarte de que veo lo mismo que tú? —no pudo evitar refunfuñar.

—¿Pero la ves?

—Sí. La veo.

—Entonces vamos tras ella.

Sin más salió disparado, a la vez que la figura desaparecía, como una sombra cuando el sol cambia de posición, o se mueven las hojas de los árboles.

Julie refunfuñó otra vez, pero salió corriendo detrás de él, colina arriba, hasta el profundo bosque que se alzaba un puñado de metros más allá.

Jedidiah marchaba con la mirada fija en el frente. Se detenía un instante, miraba alrededor, y volvía a precipitarse en otra dirección. Julie lo seguía sin saber muy bien a dónde iban, aunque tenía la certeza de que siempre que estuviera con él no se perdería... a menos que se perdiera de él.

No supo calcular cuánto tiempo había pasado, pero de pronto Julie chocó contra algo que bien podía ser el sólido tronco de un árbol. Pero no. Era la espalda de Jedidiah, que permanecía muy quieto, medio agachado, mirando atentamente al frente.

Ella iba a protestar cuando Jedidiah se puso una mano sobre los labios y señaló lo que tenía delante de él.

Julie siguió la dirección de su dedo. Unos metros más allá se abría un claro en el bosque. No era muy grande. Había muchos en ese entorno. Al fondo, casi empotrado entre los árboles, había un viejo refugio de caza. La montaña estaba diseminada de construcciones como esa que los guardabosques se encargaban de abastecer.

Y entonces observó la sombra.

Pero no era una sombra.

Era una figura humana.

Una figura cubierta por un amplio capote negro que le cubría de la cabeza a los pies, como si se tratara de un largo velo.

Y aquella imagen entró en el refugio.

CAPÍTULO 15

Carlisle no estaba de humor para ver a nadie.

Cuando su cabeza se enmarañaba de aquella manera solo la calmaba perderse en el bosque. Tomar su caballo, un sendero, y buscar un claro donde tumbarse, mirar las hojas a contraluz e imaginar las formas que creaban las nubes. De esta manera, poco a poco, el bullicio de su cabeza se detenía, encontraba la tranquilidad, y volvía a sentirse en paz consigo mismo.

En esta ocasión, como en los últimos días, su cabeza estaba llena de Elizabeth. La noche anterior habían hecho el amor, como salvajes, con desesperación, pero, indudablemente, con un intenso amor. Al menos él.

Eso era lo único que explicaba que incluso aquel polvo apresurado fuera mucho más intenso que cualquier otro con las muchas mujeres que había conocido después. No sabía explicarlo. Tenía que ver con el olor y el sabor de su piel, con la forma en que ella lo tocaba, lo acogía, con la humedad de sus labios y de su intimidad, con la agonía de su garganta cuando se excitaba, con el brillo que aparecía en sus ojos, medio cerrados, cuando hacían el amor, con las palabras que se le escapaban de los labios, con la forma en que se los mordía cuando ya no podía más, con su cabello rubio enredado en su barba, con el tamaño perfecto de su cintura cuando la abrazaba, con el peso de su cuerpo, desvanecido contra él, cuando alcanzaba el orgasmo.

Tenía que ver con todas y cada una de aquellas cosas. Las que hacían que Elizabeth estuviera presente en su cabeza los últimos días, los últimos años, ahora se daba cuenta, toda su vida.

No debían haber hecho el amor. No había ido allí para eso. Solo necesitaba hablar. Explicar, hasta donde creía posible, cuáles fueron sus motivos. Cerrar una vieja herida que lo había torturado y que, al parecer, a ella le había dejado huella.

No. No debían haber hecho el amor. Porque era como un cigarrillo inocente para alguien que hace años que no fuma, y él era adicto a Elizabeth.

El quejido inquieto de su caballo le hizo incorporarse, hasta quedar sentado en la hierba.

El animal había estado pastando tranquilamente, pero ahora había levantado la cabeza en dirección norte, mirando atentamente. Carlisle se

quedó tranquilo porque había vuelto a bajarla, como si estuviera seguro de que no se trataba de ningún peligro. Él montañero miró hacia allí. Los animales tienen un oído mucho más fino y son capaces de ver cosas en las que los humanos ni siquiera reparamos.

Por un momento esperó ver a la Dama Velada, pero no fue así.

A lo lejos vio una figura femenina que caminaba entre los árboles, con los brazos cruzados, quizá disfrutando de un largo paseo. No tuvo que preguntarse de quién se trataba. El bonito cabello rubio la delataba. Era ella. Era Elizabeth.

Supo que no lo había visto por la situación en que se encontraba, en una cota más elevada del terreno y oculto tras una densa mata de follaje. Tampoco debía haber oído a su caballo porque parecía absorta en su paseo, quizá en sus propias reflexiones.

Pasó por su cabeza ignorar su presencia, sentarse de nuevo y volver a serenar su mente con la tranquilidad del bosque. Pero sabía que se llenaría de nuevo de Elizabeth, siempre Elizabeth.

Se puso de pie de un salto, se limpió las hojas pegadas a su pantalón y se aseguró de que su caballo seguía tranquilo, ajeno a las elucubraciones de su dueño. Solo entonces fue en su búsqueda.

Ella escuchó el ruido de sus pasos cuando estaba apenas a una docena de metros. Se giró y sus ojos reflejaron su sorpresa. Era posiblemente a la última persona que había esperado ver, que deseaba ver.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó, sin descruzar los brazos sobre el pecho.

—No. Te aseguro que no.

Ella le lanzó una mirada de disgusto.

—Me gustaría estar sola.

—No he venido a molestarte —se detuvo a un par de metros—, pero ayer fui a tu casa a hablar contigo, no a...

Ella alzó una ceja, altiva.

—Si tanto te arrepientes, no recuerdo que opusieras resistencia.

—Ni me arrepiento ni podría poner resistencia —sabía que aquella conversación iba a ser difícil—. Sabes lo que siento por ti.

La última frase causó el efecto de una bofetada. Elizabeth lo miró con una mezcla de incredulidad y rabia.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Porque es cierto —pudo mantener la serenidad.

Ella lo miró de arriba abajo. Llevaba pensando en él desde el día anterior. No había conseguido quitárselo de la cabeza. No. No había sido una buena idea hacer el amor. Lo había hecho como una manera de hacerle daño, de ponerle encima de la mesa lo que se había perdido, lo que podría haber sido su vida. Pero no había previsto lo que supondría para ella tocar de nuevo su piel, besarlo, tenerlo dentro. No había reparado en cómo iba a hacer revivir de nuevo todo aquel dolor atrasado.

—Carlisle Mountain —intentó que la voz no se le quebrara—, tenía dieciocho años cuando me marché de este pueblo. Y hasta ese preciso instante estaba segura de que eras la persona que compartiría su vida conmigo. Para siempre. ¿Me entiendes? Para siempre. Lo eras todo para mí. Sabías lo que iba a decir antes de que hablara. Lo que pensaba sin que tuviera que explicártelo. Lo que quería sin que necesitara pedírtelo. Era perfecto. Perfecto. Y yo te amaba. No sabes cuánto te amaba.

—Lo nuestro nunca fue perfecto, pero era lo que queríamos y no tiene por qué haber cambiado nada de eso —intentó calmarla.

—Mi único anhelo era volver de la universidad y seguir nuestra vida juntos. Quizá casarnos. Quizá tener hijos. Así de ingenua era yo. Así de ingenua me hacías sentirme, porque yo estaba total, absolutamente segura de que tú sentías lo mismo que yo. ¿Me entiendes? Nunca, jamás se me había ocurrido dudar de que tú sintieras algo distinto. ¿Y sabes por qué?

—No —le mantuvo la fría mirada—. Dímelo tú.

—Porque lo decías, y lo veía en tus ojos, y en la forma de tocarme, y en la manera de observarme cuando creías que no me daba cuenta, y en cómo hablabas de mí, y me escuchabas, y en tus sueños. ¿Recuerdas que hablábamos de nuestros sueños? Tus sueños siempre me incluían. Y eso provoca en la otra persona, en mí, la impresión de que lo que sentíamos el uno por el otro era lo mismo, idéntico, emociones gemelas.

—Y así era.

—¿Recuerdas aquella mañana? —tenía ganas de abofetearlo, de arañarlo, de ultrajarlo—. El verano estaba terminando y las lluvias empezaban a arreciar. Habíamos quedado para ir a pescar si escampaba. ¿Sigues pescando? Yo te había preparado una sorpresa, un anillo de madera que yo misma había pulido. Incluso había preparado un largo discurso para decirte todo esto que te acabo de contar. Que te quería, que volvería para que siguiéramos juntos...

Se rompió. No pudo aguantarlo más y rompió a llorar. Carlisle hizo el intento de dar un paso en su dirección, de consolarla, pero ella levantó la

mano, dejándole muy claro que no iba a permitir que se le acercara.

—No es necesario que sigas —dijo él, porque no soportaba verla llorar —, conozco la historia.

—Sí, es necesario —se limpió las lágrimas con la manga de su sudadera. Claro que era necesario. ¿No era eso lo que él quería?— Eres tú el que quiere que hablemos. Pues hablemos. Llegaste empapado. Las manos en los bolsillos, los hombros encogidos, parecías un cachorrillo herido. Me entraron ganas de tirarme a tus brazos. Papá no estaba y te dije que entraras. La chimenea ardía con fuerza, te desnudaría, te secaría, y haríamos el amor. Y solo después te soltaría el discurso y te regalaría el anillo. A la mierda la pesca. Nada era importante. Solo tú. Sin embargo no quisiste pasar y te quedaste en la puerta, con la mirada gacha y las manos aún en los bolsillos.

—Te ibas en un par de días —como si eso fuera un argumento.

—¿Y no podías haber aguantado? Volvería cada dos fines de semana, y durante todo el verano. ¿No podías esperar mientras tu vida continuaba pasando allí arriba, en las cumbres?

—Es más complicado que todo eso —empezaba a darse cuenta de que explicarle lo que pasó era más difícil de lo que había pensado.

—¿Recuerdas lo que dijiste?

—Sí. No puedo olvidarlo.

Las lágrimas habían dejado de fluir. Pero el dolor seguía ahí, impreso en sus ojos.

—«Lo nuestro ha terminado. No quiero volver a verte». Eso fue lo que dijiste.

Carlisle se metió las manos en los bolsillos y por un momento agachó la mirada. A Elizabeth le recordó a ese otro Carlisle, el muchacho que años antes había dicho esa frase.

—Me pareció la forma más sencilla —se defendió sin fuerzas.

—Después diste media vuelta y te marchaste. Nada más —se encogió de hombros—. Tardé en reaccionar. Pensé que era un enfado pasajero. Algo que yo habría hecho sin darme cuenta. Me culpé, fijate. Pero no volviste. Subí a la cabaña y no estabas. Tus primos me dijeron que no querías verme. Que todo había acabado. Les pedí una explicación y me dijeron que el amor se acaba.

—Fui yo quien les dije que te contestaran eso —y era cierto—. Ellos no tienen la culpa. Me maldijeron por lo que hice y siempre han pensado que fue un error. Estaban a tu favor, no en tu contra.

—Pero los Mountain se guardan las espaldas unos a otros.

Eso era cierto. Jedidiah dejó de hablarle durante más de un mes. Chaz lo miraba con rencor. Le habían dicho una y otra vez que se estaba equivocando. Que no volvería a encontrar algo como lo que tenía con Elizabeth. Pero delante de ella fueron fieles a Carlisle. Nunca traicionarían a uno de los suyos.

—Somos así —se excusó.

Elizabeth parecía ahora más serena. Quizá más desilusionada. Había guardado durante años todo aquello. Soltarlo fue como si hubiera descorchado una botella de champan envenenado.

—No volví a saber de ti —su voz estaba más opacada, tiznada de tristeza—. Pasé los siguientes dos días buscándote y llorando. Tuve fiebre. Mi padre me llevó a ver a O'Brian. Era una manifestación del inmenso dolor que sentía. Así me marché a la ciudad. Así aprendí a odiarte. Así me reconstruí como la mujer que soy ahora.

—Siento haber provocado todo eso.

—Lo peor de todo, ¿sabes qué es? —esperó a que él la mirara a los ojos. A pesar de lo que lo odiaba, aquellos hermosos ojos azules seguían turbándola—. Que con cada hombre que he estado, con cada buen hombre que me he cruzado en mi vida, he buscado sentir lo que sentía cuando estaba a tu lado. He buscado en ellos una parte de Carlisle Mountain; Tu sonrisa. Tu sentido del humor. La forma de amarme. Y cada una de esas relaciones se ha roto porque ninguno de ellos eras tú. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes ahora por qué no puedo perdonarte?

En ese momento Carlisle comprendió que no podía decirle la verdad. Que no podía contar lo que había pasado. Si no, todo en lo que Elizabeth creía firmemente se vendría abajo. Y él tenía que ser el responsable, cargaría con la culpa, porque en verdad era suya. Solo suya. Nadie le obligó a hacer lo que hizo. El mayor error de su vida. Y pagaría por él hasta el final de los tiempos.

—Lo entiendo —su voz adquirió un tono distante.

—Así que cuéntame —lo retó—. ¿Qué quieres decirme?

—Que lo siento —tragó saliva—. Que lo siento mucho. Que lo sentiré para el resto de mi vida. Por cómo he destrozado la tuya y por cómo he destrozado la mía.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿Qué pretendes que haga ahora? ¿Que me tire en tus brazos y te diga que está todo olvidado?

Había sido una equivocación pensar que podrían arreglar algo con una conversación.

—No —dijo sin dejar de mirarla a los ojos, fijamente.

—¿Entonces?

—Quiero que... —¿qué podía decirle?—. Tengo que irme.

—¿Otra vez? —se sintió ofendida y a la vez tranquila porque había previsto lo que pasaría—. Por eso no quería hablar contigo. Porque no podré volver a fiarme de ti.

Él asintió. Su rostro estaba pálido. Se merecía cada una de las palabras que le había dicho Elizabeth. Se merecía que le estuviera pasando aquello.

—Y tienes razón —reconoció—. De nuevo tienes razón.

Y sin más dio la vuelta, en busca de su montura. Necesitaba salir de allí. Necesitaba estar a solas y que su corazón destilara cada una de las palabras que había escuchado.

CAPÍTULO 16

Elizabeth no tenía muy claro cómo había regresado a la vieja bodega de su padre. Era como si sus pies hubieran caminado solos, desde lo más profundo del bosque, ajenos a las turbulencias de su mente.

Estaba tan furiosa, tan terriblemente furiosa, que durante todo el camino solo pensaba en Carlisle y en lo que se había quedado sin decir.

¿Cómo se había atrevido a querer hablar con ella? ¿A pedirle disculpas? ¿A marcharse sin más?

Su comportamiento solo había logrado reforzar la nefasta idea que ya tenía de él. A pesar de que esos pocos días en Great Peak le hubieran hecho pensar que quizá se había precipitado en su juicio. Un juicio de años, de largas noches en vela, de dolor reconcentrado.

Por eso había llegado a casa sin ser consciente de sus pasos, de los senderos que había tomado y los arroyos incipientes que había cruzado. Cerró dando un portazo tras de sí y fue directamente a su ordenador.

Ya había elaborado el informe. Un informe técnico que circunscribía la zona de protección de la *viperoidea termalis* a la gruta donde habitaba y a un perímetro controlado, muy lejos de las tierras de Rhett Mountain. Adjuntaba los planos de la zona, informes medioambientales y una transcripción de su conversación con Julie. Con ese material, su bufete elaboraría un caso que daría en los tribunales la razón al mayor de los Mountain, y la mina de plata se abriría sin más trabas legales.

Eso era lo que tenía que hacer. Eso era lo que iba a hacer. Fue hasta la ventana y miró al exterior. Se sentía mal y le sudaban las manos. La imagen de las montañas era grandiosa: el bosque dando paso a los picos aún nevados. Se daba cuenta de cómo había echado todo aquello de menos. De cómo le había faltado aquel aire puro, la paz de la naturaleza, el calor de sus vecinos, de quienes siempre había despotricado por indiscretos. También recordó a su padre. Amaba aquellas tierras casi tanto como a ella, pero era consciente de que Elizabeth difícilmente tendría un futuro allí, en un mundo anclado en viejas tradiciones, en antiguas rencillas y alianzas.

Cuando mandara el email con el informe adjunto todo aquello se acabaría. Llegaría la civilización y el progreso, algo de lo que Great Peak se había

guardado durante generaciones. Se desmontaría la montaña, se trazarían carreteras, se talarían árboles, el pueblo crecería quizá más allá de su sostenibilidad, dejarían de conocerse unos a otros, de recordar historias de un pasado común. En definitiva, se perdería un modo de vida que había permanecido casi inalterable desde hacía un par de siglos.

Volvió al ordenador. Le dolía la cabeza. Abrió el correo electrónico y escribió un escueto email a su jefe, sin ninguna floritura, al que adjuntó el informe técnico.

Sintió un nudo en el estómago. Miró otra vez por la ventana. Justo al otro lado se había posado un halcón en una de las ramas del abeto que adornaba cada año su padre por Navidad. Envidió su libertad. La indiferencia hacia otra cosa que no fuera volar o alimentarse. Envidió un mundo sin preocupaciones, sin tener que cumplir los preceptos, sin amor. ¡Bendito un mundo sin amor!

De nuevo la imagen de Carlisle llenó su mente. Si la hubiera abrazado. Si esa tarde, mientras ella le abría su corazón con cada una de las llagas dolorosas que sentía, él la hubiera abrazado. Si hubiera abandonado su frialdad, quizá podría haber confiado en él.

Pero no.

Era un Mountain.

Un hombre donde los sentimientos que mostraba desde muy joven habían dado paso a aquella arrogancia montañera. A la indiferencia. A un «lo siento» sin complicaciones.

Sintió que aquello de su estómago le subía hasta los pulmones y le entraron ganas de llorar. Ganas de gritar. De patear sobre el ajado suelo de madera.

Porque lo amaba.

Como antes.

Como siempre.

Y no podía permitir que volviera a hacerle aquello.

Nunca más.

Jamás.

Y entonces, respiró hondo, y envió el email.

CAPÍTULO 17

El cepillo de dientes lo dejó para el final. Elizabeth cerró la maleta y miró alrededor. La vieja bodega de su padre, su casa. El lugar donde había pasado, sin duda, los mejores momentos de su vida.

Empezaba a darse cuenta de que la echaría de menos. Durante todos sus años fuera del pueblo, aquella construcción había significado el dolor de la pérdida: de su padre, por supuesto. De su juventud. De su inocencia. De Carlisle.

Ahora comprendía que, el hecho simple de haber regresado, de haber encendido la chimenea, de haber dormido sobre el ajado entarimado del suelo, la había conectado con una parte de su vida de la que hasta entonces había renegado.

Miró alrededor. Posiblemente no volvería jamás. Sin embargo no quería deshacerse de ella. Aquella casa donde el rudo Jack «Salsa de Tomate» McDogerty fue capaz de conseguir que nunca echara de menos a una madre, porque siempre encontraba por respuesta una sonrisa amable. La mantendría tal y como estaba, en manos de las atenciones del alcalde Johnson, que se encargaba de lo justo y necesario para que no se viniera abajo. Como un joyero. Como un joyero que encerrara lo más preciado que le quedaba: sus recuerdos de una época feliz.

Elizabeth suspiró.

Necesitaba irse cuanto antes. Quizá su infantil intento de venganza había sido una de las cosas más estúpidas que había hecho en su vida. Y se preguntaba por qué. La respuesta que le devolvía su mente no le gustaba.

En absoluto...

Porque quería verlo de nuevo.

A Carlisle.

Y amarlo de nuevo, como había hecho.

Aquello solo había provocado dolor y sufrimiento.

Sufrimiento, sí.

Porque una vez más ese rudo montañero había logrado provocar en ella cosas que nadie, hasta entonces, había conseguido. Y ahora se marchaba con la misma terrible desazón con la que había llegado. Incluso más intensa, ya que

no se había topado con el tipo barrigón, cansado y aburrido de sí mismo que esperaba. Sino con el hombre al que había amado hasta la locura. Más hermoso. Más sereno. Más interesante.

Tenía que marcharse. Cuando antes. Echó una última mirada a la casa y tragó saliva para no dejar salir a una insidiosa lágrima. Después, con la cabeza muy alta, se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. En ese mismo momento se prometió a sí misma que no volvería la mirada atrás. Que saldría al porche, subiría al coche y pondría kilómetros de distancia sin volver la cabeza, como si tuviera miedo a convertirse en estatua de sal.

Era el momento de empezar de nuevo. De nuevo de verdad. Porque Carlisle le había dejado claro que no había posibilidades. No había posibilidad alguna de que lo suyo...

Aquel razonamiento inconsciente la hizo ruborizarse.

Creía haber venido a vengarse cuando en verdad su intención más secreta era intentarlo de nuevo. Secreta incluso para ella misma. Una de esas jugaretas que crea la mente para probarnos.

Ese nuevo pensamiento le hizo acelerar el paso, sorprendida de sí misma. De cómo su cabeza, en esos últimos momentos en Creat Peak, hilvanaba viejas historias con una clarividencia que jamás había tenido. Enfrentándola consigo misma. Como si se hubiera roto un conjuro. Como si su marcha hubiera deshecho un hechizo nefasto que pesaba sobre aquella casa y sus habitantes.

No. No podía estar sucediendo en aquel momento. Debía regresar a su vida confortable, a su agenda perfectamente planificada, a su rutina gris pero segura. Sin dolor. Sin daño.

Abrió la puerta con decisión, casi como si le fuera la vida en ello. La montaña la recibió con una bofetada de belleza. Su determinación se quebró ante el paisaje de las lejanas cumbres nevadas. Del bosque fragante que ascendía como un manto ondulado. La visión de aquel paisaje soberbio la sobrecogió. Ella formaba parte de todo aquello, aunque renegara, aunque huyera...

Fue entonces cuando las vio.

Las flores.

Las flores blancas y moradas.

Tuvo que parpadear para estar segura de que no era una visión. Un ensueño más de aquel extraño momento mágico.

Ayer mismo, esa misma mañana no estaban ahí.

Cubrían toda la parte delantera de la casa, desde el porche hasta la vereda

que se unía a la linde del bosque. Mirara donde mirara, el suelo estaba tapizado de aquellas manchas blancas y moradas, como las campanillas silvestres que crecían en...

Recordó su conversación con Carlisle.

Le había preguntado cuáles eran las tres cosas que más echaba de menos de su vida pasada y aquella había sido la primera.

Casi sin darse cuenta dejó la maleta en el suelo. En su boca se había formado una sonrisa emocionada. Descendió los escalones, aunque ya sabía que aquello no eran flores.

Se agachó y tomó un puñado de ellas. Eran trozos de papel cortados apresuradamente. Por una de sus caras eran de color morado, por la otra, blanco. Se trataba de un papel brillante, que refulgía con la luz del sol. Algunos tenían ligeros trazos de otros colores. Sabía qué eran: los carteles electorales del alcalde Johnson hechos trizas. Los reponía año tras año, aunque el hombre de la foto central ya no se parecía en nada al actual alcalde.

Volvió a mirar alrededor. Los trozos de papel esparcidos sobre la hierba daban un efecto muy similar al esperado: un prado de preciosas flores blancas y violáceas.

No podía parar de sonreír.

Quien hubiera hecho aquello se había tomado su tiempo.

En el mismo abeto donde se había posado el halcón había algo clavado. Un papel con grandes letras escritas con rotulador negro. Fue hasta allí:

«GREAT PEAK. NIEVE EN PRIMAVERA. ESO DICEN EN EL GRANERO.»

Era la letra de Carlisle.

Lo había sabido desde que había reparado en aquellas flores.

Su sonrisa se ensanchó.

Se lo reprochó al instante. Pero no pudo evitarlo.

El corazón le bombeaba en el pecho.

¿Por qué?

Había tomado la férrea determinación de marcharse. De no volver la vista atrás. Sin embargo, casi sin darse cuenta, sus pies se estaban encaminando hacia el granero.

CAPÍTULO 18

—Sabe borrar sus huellas, por eso ni Chaz ni Carlisle las encontraron — le susurró Jedidiah al oído mientras se incorporaba—. Quédate aquí. Voy a acercarme.

Aquella figura velada había entrado en el viejo refugio de caza. Todo indicaba que no se había percatado de que ellos estaban cerca. Escondidos entre el follaje. Al acecho. El cazador cazado.

Julie lo sujetó por la maga antes de que se largara.

—Voy contigo —le susurró en el mismo tono.

Él volvió a agacharse y la miró, sin poder evitar una expresión de alarma.

—De eso nada. No sabemos quién es ni qué intenciones tiene.

—Por eso mismo —intentó convencerlo—. Es posible que necesites mi ayuda.

Jedidiah suspiró. Era muy consciente de que cuando a Julie le entraba algo en la cabeza era difícil hacerla desistir. Le entraron ganas de besarla, pero sabía que no se lo tomaría bien. Odiaba que la trataran como a alguien a quien era necesario proteger.

—Cariño —intentó explicarle—, esa persona no solo ha estado merodeando de una manera muy sospechosa por los alrededores de nuestra propiedad, sino que Chaz lo vio husmeando cerca de casa. Es posible que sea peligroso, o que esté armado.

—Razón de más para que necesites a alguien que te proteja.

Jedidiah Mountain era muy consciente de cuándo debía desistir si no quería pasar todo el día con aquella discusión. Asintió de mala gana.

—De acuerdo, pero ven detrás de mí, atiende mis indicaciones y si te digo que corras, corre.

—Vale.

Tal como lo había dicho significaba que no iba a hacerle caso, que haría lo que le viniera en gana y que no necesitaba su aprobación para hacerlo.

—Julie —suplicó.

Ella levantó la palma de la mano, como si estuviera jurando la Constitución.

—Lo haré. Te lo prometo.

No tenía más remedio que confiar en que todo saliera bien. Ahora lamentaba haberla involucrado, pero no contaba con tener tanta suerte y haber localizado a quien fuera que estaba rondando por sus tierras.

Jedidiah se puso de pie, teniendo cuidado de que las ramas de los árboles camuflaran su acercamiento, y le hizo una señal a Julie para que lo siguiera. Había tomado la opción de rodear el claro, ya que atravesarlo los hubiera expuesto con demasiada facilidad. Lo hicieron despacio, sin apartar la mirada de la puerta cerrada, donde la única ventana mantenía los postigos echados. Si aquella persona, fuera quien fuera, decidía salir en algún momento, debían poder ponerse a cubierto de inmediato.

Cuando llegaron junto al refugio, se volvió de nuevo hacia Julie.

—Ahora no te muevas de aquí, ¿de acuerdo?

Ella asintió, aunque él estaba seguro de que no le haría caso.

Anduvo los pocos pasos que lo separaban de la construcción, pegó el oído a la puerta y escuchó. Nada. El hecho de haber dejado cerradas las contraventanas indicaba que quien estuviera allí dentro sabía lo que hacía ya que no podía ser observado desde el exterior.

Puso la mano sobre el trozo de madera que hacía de pomo. El mecanismo de apertura de aquellos refugios era siempre el mismo, una tranca que se cerraba sobre una horquilla. Algo muy básico pero que aseguraba que cualquiera que estuviera extraviado por las montañas pudiera acceder con facilidad. Lo alzó ligeramente. No estaba asegurado. Bien.

Miró hacia atrás. Hacia Julie. Se había desplazado desde donde la había dejado, avanzando hasta la linde misma del bosque. Le lanzó una sonrisa tranquilizadora a la que ella respondió soltando un suspiro de aire contenido.

Solo entonces abrió. Alzó el pomo y abrió la puerta de par en par. Su movimiento fue rápido, para pillar por sorpresa a quien estuviera allí dentro. Sabía que ponerse a contraluz lo convertía en un blanco fácil, así que entró de inmediato, pegándose a la pared de su izquierda, atento a lo que estuviera pasando en el interior.

Una mirada rápida lo puso en situación. El refugio era como todos los demás. Idéntico a aquél donde había hecho el amor con Julie la primera vez: un camastro, una cocina muy básica, una mesa y un par de sillas. La chimenea no estaba encendida, pero eso ya lo sabía por la falta de humo en el exterior. Solo el candil de hidrocarburo alumbraba la estancia, y ahora el tímido rayo de luz que entraba desde la puerta.

La figura enlutada había estado de espaldas a la entrada, trasteando en la

cocina. Algo burbujeara en una olla, lo que le daba el aspecto de una bruja preparando una poción.

Se había girado al oír el golpe de la puerta contra la pared de madera, pero no parecía ni alarmada ni amenazante. Simplemente lo miraba, muy atenta, con unos ojos aún invisibles bajo la caperuza negra que no se había quitado.

Jedidiah analizó lo que tenía delante. No era un velo ni nada parecido, sino un gabán de paño recio, amplio y largo, a media rodilla. Era extraño que lo tuviera puesto dentro de la cabaña, pero estaba helada, quizá por no haber querido encender la chimenea para no delatar su presencia en la montaña.

Le fue imposible adivinar sus facciones bajo aquella capucha oscura, aunque la hechura de su cuerpo y, quizá la postura, le indicaban que era una mujer.

—Ya está bien de merodear —dijo Jedidiah, con voz firme y sin bajar la guardia.

Aquella figura hierática tardó unos segundos en contestar, como si estuviera analizando las posibilidades que tenía ante aquel intruso que bloqueaba la única salida.

—No estoy merodeando —sí. Se trataba de una mujer. Y además no muy joven. Su voz tenía un deje conocido, aunque no pudo identificarlo.

En aquel momento la estancia se oscureció de nuevo porque Julie, como ya esperaba Jedidiah, apareció en la puerta, dando un paso hacia el interior.

Jedidiah también se movió, lo justo para ponerse delante de ella y cubrirla con su cuerpo. Si aquella mujer hubiera querido actuar, aquél habría sido el momento adecuado, sin embargo no lo hizo, permaneció tal y como estaba, casi serena, con los brazos caídos a ambos costados.

—¿Quién eres? —preguntó Jedidiah cuando estuvo seguro de que dominaba de nuevo la situación.

—¿Y quién es ella? —se interesó la mujer.

—Soy yo quien interroga.

La mujer no pareció ofenderse. De nuevo permaneció unos segundos en silencio, muy atenta a las dos figuras inmóviles que taponaban la entrada.

—Así que ella es Julie —dijo al fin, con tono de sorpresa—. No te esperaba así.

La seguridad con que lo dijo los dejó a ambos boquiabiertos. Jedidiah tensó los músculos, alerta, pero fue Julie quien habló.

—¿Cómo sabe de mí?

Aquella figura enlutada se encogió de hombros.

—Leo los periódicos, por supuesto...

—No has contestado a mi pregunta —la interrumpió Jedidiah.

Tenía los puños apretados, tanto que sus nudillos se habían vuelto blancos. Que supiera de Julie había disparado todas sus alarmas.

Por toda respuesta, la mujer se bajó lentamente la capucha, dejando su rostro al descubierto.

Julie estaba segura de no haberla visto nunca. Mediana edad, quizá pasados los cincuenta. Cabello rubio, mal recogido en una coleta. Tenía un gran mechón de canas justo en el centro de la frente. Rostro atractivo sin ser guapa. Grandes ojos azules. Profundas marcas de expresión que hablaban de una vida dura, o quizá a la intemperie. Ni rastro de maquillaje.

No. Julie estaba segura de que jamás había visto a aquella mujer. Sin embargo, había algo en ella que le era familiar.

—¡Mamá! —exclamó entonces, incrédulo, Jedidiah.

CAPÍTULO 19

Elizabeth rodeó su casa, con la misma sonrisa indeleble encajada en sus labios.

Pasó junto al granero que tantas disputas había levantado entre su padre y la señora Jefferson en el pasado. Al final se lo había quedado su vecina. Un problema de lindes. A ella no le preocupaba en absoluto. El granero llevaba sin utilizarse desde que nació, pero notaba que la señora Jefferson la miraba con suspicacia cada vez que se habían cruzado.

Bordeó el garaje y llegó hasta el patio trasero.

Entonces lo vio, y su sonrisa de ensanchó aún más.

Podía haber nevado, porque los cipreses estaban blancos, como recordaba de niña en aquellos inviernos eternos, donde la nieve cubría los caminos hasta hacerlos impracticables. Hacía crujir los tejados. Brillaba bajo los escasos rayos de sol.

Pero no era nieve, por supuesto. En abril jamás había nevado en las montañas y solo las cumbres más altas mantenían su perenne capa todo el año.

Carlisle había cubierto las ramas de los árboles con sábanas blancas empapadas. El efecto era muy realista, porque se acoplaban al follaje y simulaban el aspecto del bosque tras una nevada. El suelo también estaba tapizado de telas blancas, arrugadas, estiradas, o amontonadas para reproducir el efecto de una nevada.

¿De dónde habían sacado todas aquellas sábanas? Quizá de la casa familiar de los Mountain en Great Peak, donde recordaba que había infinidad de camas. De hecho, había probado muchas de ellas con Carlisle, amparados por la oscuridad de la noche.

Buscó con la mirada hasta que lo encontró. En el tronco de uno de los árboles estaba clavada otra hoja de papel escrita con grandes letras de imprenta en color negro, donde identificó otra vez la grafía de Carlisle. Atravesó la explanada sin poder evitar sentirse bien, y leyó, con el corazón tamborileando en el pecho.

«Y AHORA, TE ESPERO EN CASA.»

CAPÍTULO 20

Aunque Julie seguía pasmada, sin poder dejar de mirar a aquella mujer que, según palabras de Jedidiah, era su madre, él no pensaba darle la oportunidad de explicarse.

—Vámonos —dijo, dando la vuelta para salir del refugio.

—Espera, hijo —la mujer dio un paso en su dirección, alzando una mano, como si eso bastara para detenerlo.

—No soy tu hijo.

Julie no se movió de donde estaba. Todo era demasiado sorprendente como para dejarlo sin más. Sabía que se llamaba Karen y le habían dicho que falleció cuando los hermanos Mountain eran pequeños. Nunca había indagado sobre aquel asunto porque veía la expresión de dolor en el rostro de Jedidiah las escasas veces que hablaba de ella.

—¿No habías muerto? —le preguntó Julie, incrédula.

—Supongo que a base de repetirlo creyeron que era verdad.

Jedidiah se giró hacia ellas cuando aún no había terminado de salir. Su rostro estaba encendido. Los puños apretados. La vena del cuello le palpitaba bajo la piel.

—Chaz, sí —la espetó, señalándola con el dedo—. Y Carlisle también. Quizá el resto de habitantes de Great Peak llegaron a pensar, con el paso de los años, que era posible que hubieras muerto. Pero yo te vi hacer las maletas y marcharte. Te vi el día que decidiste abandonar a tus hijos —miró a Julie, en sus ojos había una mezcla de súplica e inflexibilidad—. Vámonos. No tenemos nada que hacer aquí.

Karen dio otro paso en su dirección, pero la helada mirada de su hijo la detuvo en seco.

—No estoy orgullosa de lo que hice, pero tiene una explicación.

Julie era consciente del dolor que albergaba en ese momento el corazón del hombre que amaba. Su aparente fortaleza era ahora tan frágil que se podría romper como un cristal. Alzó una mano y la puso sobre su hombro, con cuidado.

—Quizá deberías escucharla, Jed.

Pero él no se dejó convencer.

—No te quiero ver merodeando por nuestras propiedades ni acercarte a nuestra casa —le dijo a su madre, tajante—. Si te veo, dispararé. Ya estás muerta para todos los habitantes de la montaña. No será una sorpresa para nadie.

De nuevo giró sobre sus talones y esta vez salió de la cabaña, dispuesto a volver a enterrar en su memoria a aquella mujer que se atrevía a llamarse madre.

—No pienso marcharme sin hacer lo que he venido a hacer —dijo Karen, lo suficientemente alto como para que no le quedaran dudas de que así sería.

Él se detuvo en seco. Julie no se había movido, como una estatua. Contenía la respiración ante una escena que le parecía increíble.

Pasaron unos segundos de absoluta inmovilidad. Karen no apartaba la vista de su hijo. Su hijo seguía de espaldas a ella, como si valorara dar un paso del que podría arrepentirse. Julie se había difuminado, consciente de que cualquier palabra inoportuna en aquel momento se podría convertir en una enorme carga.

Al final Jedidiah volvió a entrar en la casa, con paso firme, la mirada encendida de un lobo rabioso, y se detuvo a escasos centímetros de su madre, con el dedo levantado, acusador, casi clavado entre sus ojos.

—Qué diablos quieres después de veinticinco años de abandono.

—¿No quieres saber por qué me fui? —no retrocedió. La cabeza alzada, orgullosa. La vista clavada en unos ojos del mismo azul que los suyos.

—Ya no me importa.

—Me enamoré de otro hombre.

Había esperado cualquier cosa: maltrato, amenazas, incluso de pequeño había fantaseado con una enfermedad incurable que no quería revelar ante sus adorados hijos. Pero... aquello.

—¿Cómo tienes el valor de decírmelo? —su rostro estaba tan encendido que Julie temió que no pudiera controlarse.

—Tú estás enamorado de Julia. Sabrás que hay cosas que no pueden refrenarse.

—Pero tenías dos hijos —era incapaz de entenderlo—. Dos hijos que te necesitaban.

—Fue tu padre quien hizo las maletas y me puso de patitas en la calle.

—Eso no es cierto. Yo te vi hacerlas.

—La mente infantil juega malas pasadas.

El peor momento de su vida. Ese había sido. Lo había repasado una y otra

vez. Ahora se daba cuenta de que su mente infantil quizá lo había edulcorado con el paso de los años para, al menos, no juzgar al único de los dos que se quedó, su padre.

—Aunque fuera cierto, podías haberte negado.

Ella asintió. El parecido entre ambos era innegable. Y la forma en que ella lo miraba, incluso en un momento tan dramático como aquel, rayaba la adoración.

—También podía haber mantenida oculta mi relación con Peter —dijo muy despacio, porque sabía que estaba cuestionando a la única persona que su hijo había adorado—, sin embargo, me pareció deshonesto ocultarle al hombre con el que me había casado y ya no quería, que amaba a otro. Alguien a quien ni siquiera había besado. Pero al ver cómo miras a Julia sé que sabes a qué me refiero.

Ahora Jedidiah parecía estupefacto. Dio un paso hacia atrás. Su cabeza no era capaz de procesar todo aquello. Había enterrado el recuerdo de su madre bajo toneladas de tierra sepultadas bajo kilómetros de nieve acumulada. Y ahora...

—¿Cómo pudiste hacerlo? —no. No podía entenderlo—. Abandonarnos.

—No lo hice —dijo con calma—. Tu padre me echó. Sin más. Mi intención era mudarme al pueblo y llevaros conmigo. Pero conocías a tu padre. Eso no era posible. De una paliza mandó a Peter al hospital. La próxima vez lo habría matado. No me enamoré de un millonario sino de un pobre albañil, así que nuestros recursos eran limitados. Estuvimos seis meses viviendo en el trastero de la señora Jefferson pero nadie se atrevía a darle trabajo. Johnson intentó dialogar con tu padre, pero yo ya estaba muerta para él. Vivíamos de la caridad y cuando eso sucede dejas de ser bien recibido. Subía cada día para intentar veros, pero jamás me lo permitió. Una de las veces disparó al aire. Sabía que la próxima vez, la bala llevaría mi nombre. Aun así he vuelto cada vez que he podido. Solo me he perdido un cumpleaños de Chaz. Siempre desde lejos. Entre los árboles. La señora Foster me ha tenido al tanto de todo durante estos años.

Ninguno de esos argumentos era válido. Ninguno para él.

—La ley te protegía.

—No he dicho que lo hiciera bien —reconoció—. Mi futuro era incierto. Peter sin trabajo y yo sin profesión. ¿Qué vida podía daros si os llevaba conmigo? Solo quería poder estar cerca, veros todos los días. Y eso fue lo que él no permitió.

Jedidiah recordaba la tristeza en los ojos de su hermano. Sus continuas preguntas sobre cuándo volvería mamá. Los silencios de su padre. Aquella sensación asfixiante que les había acompañado durante toda la infancia.

—¿Y cuando murió mi padre? —le preguntó con la voz helada—. Ya no tenías impedimento para venir a vernos.

—¿Al que idolatrabais? —arrugó la frente en una expresión que Julie conocía demasiado bien en el rostro del hombre al que amaba—. ¿Al que adorabais por encima de todas las cosas? No. Ya era tarde. Causaría más mal que bien. Al menos eso pensé. Es posible que me equivocara.

Jed se humedeció los labios y miró a su madre de arriba abajo.

—Si has estado fuera todos esos años, ¿por qué te has dejado ver ahora? Porque dudo que sea una casualidad que Carlisle y Chaz te hayan visto en la montaña.

Ella asintió, miró primero a Julie, donde encontró una mirada de comprensión. Sabía que era una chica razonable pero también era consciente de que estaría del lado de su hijo, decidiera este lo que decidiera. Después volvió a clavar los ojos en los de su hijo.

—He vuelto porque lo único que me ha consolado todos estos años es que os abandoné para que mantuvierais un modo de vida que ahora está amenazado —se detuvo, pero continuó al instante—, y sé cómo parar los planes de tu tío Rhett.

CAPÍTULO 21

Cuando Elizabeth bordeó la vieja bodega, ya sabía que se encontraría con Carlisle.

Él la esperaba apoyado sobre la baranda que rodeaba el porche. Estaba recién duchado, con el cabello aún húmedo y peinado hacia atrás. Ella sintió que se le aceleraba el corazón, algo que pasaba cuando aquel hombre estaba delante, por mucho que intentara convencerse a sí misma de que ya le era indiferente.

—Esto es para ti —le tendió un objeto mal envuelto en papel de regalo.

Elizabeth lo miró con curiosidad. Quizá también con desconfianza. Subió los escalones del porche hasta llegar a su lado. Se detuvo a cierta distancia. Estaba confusa. Sus sentimientos era un torbellino dentro del pecho, donde su corazón y su cabeza jugaban un duelo de difícil resolución en ese momento.

Al ver que no tomaba su regalo, Carlisle lo alzó un poco más.

—No puedo devolverte los abrazos de tu padre —sonrió—, pero quizá esto te sirva.

Ella miró con curiosidad aquel presente. Su papel arrugado y el remedo de lazo que pretendía adornarlo. Una sensación cálida la embrogó. Se mordió el labio porque no quería emocionarse. Aquellas montañas, el recuerdo de su padre, y el del amor por el único hombre que había querido, y de lo que era ahora más consciente que nunca. Todo aquello era demasiado confuso cuando se mezclaba con su resentimiento, su miedo y su necesidad de que no volvieran a defraudarla, a hacerle daño.

Al fin lo tomó, sin decir nada, y lo liberó de aquel papel dorado que cayó a sus pies.

Era un álbum de fotografías. Debía de haber bajado al valle, porque en el pueblo no había lugar alguno donde adquirirlo. Lo miró a los ojos, con curiosidad. Carlisle volvió a sonreírle y le animó a que lo abriera con un gesto.

En cuanto tuvo ante ella la primera página supo que no podría parar de llorar. A la izquierda había una gran foto de estudio, uno de esos retratos de cuerpo entero, con un telón de fondo que asemejaba las montañas y una columna de madera donde apoyarse. Era su padre, muy joven, no debía de

tener los veinte años. Recordaba haber visto aquella fotografía, pero se había extraviado hacía años. ¿Cómo era posible...?

En la página de la derecha había dos imágenes, una encima de otra. Su padre y su madre sentados sobre una manta a cuadros mientras merendaban en el campo. Dos fotografías de un mismo momento, de dos jóvenes enamorados tomados de la mano y mirando, sonrientes, a la cámara.

Las lágrimas se desbordaron de sus ojos. Tuvo que taparse la boca y apoyarse sobre la baranda. Hacía años que no veía ninguna de aquellas fotografías. Una caja llena de ellas estaba en su trastero, en la ciudad. Se las mandaron cuando se tuvo la certeza de que su padre había desaparecido. Las miró apenas el día que llegaron, con el corazón roto, para guardarlas en aquella zona de su vida, de su casa, donde escondía lo que podía hacerle daño.

Fue pasando las páginas. Su existencia pasada desfiló ante ella. Primero en blanco y negro. Después a color. Un color desvaído, chillón a veces, que fue volviéndose más natural según avanzaba, en las últimas fotos, justo antes de que se marchara del pueblo.

Muchas de aquellas imágenes no las había visto nunca. No tenía ni idea de que existían. Había una de su padre riéndose a carcajadas, apoyado sobre el hombro del alcalde Johnson. Otra de ella observándolo con admiración mientras él pasaba las páginas de un periódico. Ella había sido eso. Era eso. Era su vida encerrada en un álbum de fotografías.

—Pero, ¿cómo..? —preguntó, limpiándose las mejillas y la nariz, que estaban hechas un desastre.

—Cuando dijiste que echabas de menos los abrazos de tu padre, pensé que sería bonito que te llevaras este recuerdo.

—¿Y de dónde has sacado estas fotos?

—De los vecinos —con un gesto señaló alrededor, a Great Peak—. He llamado a todas las puertas. Y todos han querido colaborar.

Con sumo cuidado, como si se tratara de algo que pudiera romperse con una simple brisa, cerró el álbum y lo apretó contra su pecho.

—Gracias —dijo conmovida.

—No quería que te fueras sin llevarte un buen recuerdo de todo esto.

Había conseguido dejar de llorar, pero no refrenar su corazón ante la presencia de Carlisle. Era curioso cómo después de tantos años seguía sintiendo lo mismo por aquel hombre.

—Creo que nunca he llegado a conocerte.

Él se ruborizó ligeramente y se alisó el cabello, un gesto que ella conocía de cuando estaba nervioso.

—Creo que eres la persona que mejor me conoce del mundo, por mucho que Chaz quiera colgarse esa medalla.

Con cuidado, Elizabeth dejó el álbum sobre la desvencijada mesa que había en el porche. Necesitaba preguntarle algo antes de marcharse. Y quería enfrentarse a la verdad con las manos libres.

—¿Por qué se acabó todo? —esa pregunta la había torturado todos esos años—. ¿Por qué, de la noche a la mañana?

Él apretó las mandíbulas y se removió, un pie y otro pie, inquieto.

—No puedo responderte.

—¿Ves? —no le dolió porque sabía la respuesta—. Aunque tú lo creas, yo nunca llegué a conocerte, porque el chico del que estaba enamorada jamás habría hecho algo así. O al menos eso creía. No. Nunca te conocí de verdad.

Ya estaba todo dicho. El ciclo cerrado. Su frustración tatuada en la piel. No volvería a fiarse de nadie. No volvería a depositar su amor en nadie que pudiera traicionarla, abandonarla, mentirle.

—Fue tu padre —dijo Carlisle sin pensarlo.

Ella lo miró con los ojos entornados, sin saber de qué estaba hablando.

—Mi padre.

—¡Joder! —se goleó el muslo con el puño—. Juré que nunca te lo diría.

Carlisle se había vuelto hacia el bosque para esquivar su mirada, pero Elizabeth se colocó a su lado, tomó su barbilla para que se miraran frente a frente y se enfrentó a sus ojos.

—¿Qué hizo mi padre?

Él ya se había arrepentido de haberlo dicho.

—Ese hombre te adoraba, Elizabeth. Eras lo más importante de su vida.

—¿Por qué estamos hablando de mi padre?

Carlisle lo había sabido siempre. Que cuando lo insinuara tendría que contarle todo. Se había prometido una y mil veces no hacerlo. Costara lo que costara. Pero al verla de nuevo, al contemplar su dolor...

—Yo nunca lo había visto allí arriba —señaló las cumbres—, en la cabaña de mi tío. Sabía que, más que amigos, se respetaban. Cuando llegué me pidieron que me sentara con ellos junto al fuego. Tu padre tenía algo que decirme.

—¿Cuándo fue eso?

No era necesario hacer memoria.

—Justo antes de que te marcharas a la Universidad. Yo obedecí. Sabía que debía ser algo importante. Mi tío estaba muy serio. Tu padre también. No recuerdo los preámbulos. Hablaron del pueblo, de la montaña y de lo difícil que era la vida en estas tierras. De la falta de futuro. De cómo yo tendría un porvenir por las propiedades que heredaría del abuelo. A una familia porque mis primos siempre estarían a mi lado para cuidarme. Una razón para permanecer aquí porque llevaba estas montañas en mis venas, como mis ancestros. Después tu padre habló de ti.

—¿De mí?

—Habló de su enfermedad. Un cáncer linfático que se lo llevaría por delante, de...

Elizabeth se apartó instintivamente. Como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿De qué enfermedad? —aquello era absurdo—. Mi padre tenía una salud de hierro.

—No, Elizabeth —si había decidido contarle, iba a contarle todo—. Estaba mal, muy mal. No lo viste en los últimos tiempos antes de desaparecer, pero apenas podía sostenerse...

—Lo llamaba a diario —aquello era falso. Tenía que ser falso—. Era el mismo hombre alegre y dicharachero de siempre.

—Puedes hablar con O'Brian —no perdido la calma. La verdad le daba fuerzas—. Es un legalista, pero eres la hija de Jack. Te contará lo que pasó. Te enseñará su expediente médico.

Lo sabía. En el fondo sabía que Carlisle no estaba mintiendo. Era algo lo suficientemente terrible como para que alguien como él no lo usara con oscuros propósitos. Recordaba la llamada del alcalde Johnson diciéndole que su padre llevaba fuera de casa, en los bosques, más tiempo del que les tenía habituados. Quiso regresar al Great Peak, pero la convenció de que no era necesario. De que todos lo estaban buscando, de que se habría entretenido en las cumbres, y de que su presencia allí no serviría para nada, solo para incrementar su angustia. Y fue fácil convencerla porque no quería hacerlo. No quería enfrentarse de nuevo con su pasado. Ni siquiera con su padre. Unos días después le dijeron aquello del oso y ella se lo creyó. O hizo por creérselo. Era lo más fácil. Lo más cómodo.

Elizabeth tuvo que apoyarse contra la balaustrada. Debía de haber estado allí, con él, atendiéndolo cuando la necesitaba.

—¿Por qué nadie me dijo nada?

—Conocías a tu padre. Nos prohibió hacerlo. Y todos le tenían el respeto suficiente como para acatarlo. Solo era cuestión de callar. Tú no estabas aquí. Eso lo hacía más fácil.

—¿Su muerte entonces...?

—Desapareció, es cierto. Pero todos han dado por hecho que fue su forma de enfrentarse solo al último momento. En sus montañas. En el lugar que amaba.

La idea del suicidio había rondado su mente, pero la había descartado al instante. Aquel hombre, su adorado padre, era todo buen humor. Pero, claro, si pasaba sus últimos días en un hospital alguien la llamaría, alguien le pediría que tomara decisiones, y entonces ella se habría enterado de todo. Así era su padre. Y el dolor no iba a cambiar nada.

—¿Qué más cosas no sé? —su voz había adquirido un valor neutro, como si necesitara defenderse de lo que iba a escuchar.

Carlisle tardó en contestar. Solo acababa de empezar y ya era consciente hasta donde se había turbado Elizabeth. Ahora tenía que explicarle por qué había tomado una decisión que había cambiado la vida de los dos.

—Aquel día tu padre había subido a las montañas para hacerme una petición muy especial.

—Termina, por favor —lo apremió.

—Me pidió que te dejara.

Su cabeza se giró para mirarlo como si hubiera pulsado un resorte.

—No es cierto —no podía serlo—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Carlisle tragó saliva. Era muy posible que ella no lo entendiera y que a partir de ese momento lo odiara para siempre. Pero no iba a permitir que esta vez se marchara sin saberlo todo. No. No lo iba a permitir.

—Estaban delante mi tío, mi abuelo y mis primos —añadió, notando que su garganta estaba seca y rasposa como la lija—. Jack quería testigos de lo que iba a pedir. Me habló de su salud y de que, a diferencia de mí, cuando él faltara tú te quedarías sola en la montaña, con una vieja bodega que detestabas a tu cargo, y sin otro porvenir que depender de mí. Me dijo que tenías un sueño, y que yo era el único impedimento para que pudieras llevarlo a cabo. Me dijo que si yo no te dejaba, tú jamás lo harías. Que estabas encaprichada. Cosas de adolescente, me dijo. Que yo tenía que hacer ese sacrificio si de verdad te quería, para que tú vivieras feliz en la ciudad, terminaras la carrera y tuvieras un futuro brillante.

Aunque su padre jamás dijo nada en contra de Carlisle, sí era cierto que

se volvía machacón sobre que debía estudiar y olvidarse de las montañas. Ella pensaba que era una simple cantinela de padre responsable. Ahora se daba cuenta de que era mucho más, de que su preocupación era mucho más profunda.

—Si eso es verdad, ¿qué contestaste tú?

—Que no. ¿Cómo te iba a dejar? Estaba loco por ti. No podía hacerlo.

Lo miró fijamente. Conocía a Carlisle Mountain y sabía que decía la verdad.

—¿Entonces?

Él cruzó los brazos sobre el robusto pecho.

—Lloré delante de ellos —reconoció—, lo que molestó mucho a mi tío. Intenté buscar un argumento. Les dije que te daría la mejor vida posible. Que me mudaría al pueblo. Que trabajaría para ti en la bodega. Pero no eran argumentos razonables. Mi abuelo se puso de mi parte, pero mi tío lo mandó a callar. Tu padre era un hombre convincente: yo sería tu ruina, tu desgracia. Y en mi mano estaba tu felicidad. Si seguía contigo sería el responsable de cada uno de tus momentos de tristeza. Me dijo que cómo sería verte los ojos apagados y saber que yo era la causa. Me aseguró que llegaría un momento en que no te vería atractiva, en que dejarías de gustarme, pero que seguiría atado a ti porque estaría lleno de remordimientos. Que era ley de vida. Que así era el mundo. Fue una noche muy larga...

—La noche que salió a cazar sin avisarme.

De repente lo recordó. Su padre siempre la avisaba si iba a pasar la noche fuera. Recordaba su preocupación de aquel día cuando no volvió. Incluso fue a hablar con Johnson, que la tranquilizó. Solo cuando lo vio aparecer por la mañana consiguió calmarse. En aquel momento reparó en que su padre no traía consigo ninguna pieza de caza.

—Al amanecer ya no me quedaban argumentos —prosiguió Carlisle—. Si seguía contigo provocarías tu infelicidad. El único camino que me pareció posible después de aquella larga noche era el que tomé. Me hizo jurar que no te diría que fue él quien me lo pidió. Y eso he hecho hasta hoy.

Al fin lo sabía. Al fin descubría qué sucedió en aquellos pocos días que marcaron su vida.

—¿Por qué has roto tu promesa? —le preguntó, sin dejar de mirarlo.

Él tampoco había apartado la mirada. Muy posiblemente sería la última vez que la viera, y quería recordarla para siempre.

—Porque sacrifiqué lo que más me importaba para que fueras feliz —esa

era la verdad—. Si te hubiera dejado marchar hoy, sin que supieras por qué lo hice, no me lo habría perdonado nunca porque siempre me habría sentido el responsable de tu infelicidad.

—Mi padre... —intentó preguntar.

—Te amaba por encima de todo —no podía haber titubeos—. No lo dudes, Elizabeth. Y quizá tuviera razón. ¿Qué habría sido de nosotros? Éramos dos niños. Quizá todo aquello nos venía demasiado grande.

—Y qué sientes ahora —se giró para quedar cara a cara. Quería encajar la respuesta como le había enseñado su padre, de frente—. Dímelo. La verdad. Sé sincero sin preocuparte por mí.

No tenía que pensarlo. Carlisle no lo había dudado nunca.

—Que te quiero. Pero eso ya lo sabes —intentó sonreír, pero estaba demasiado perdido en los brillantes ojos de aquella preciosa mujer—. Como entonces. Todos estos años he intentado negarlo, pero sigo jodidamente enamorado de ti y...

No pudo continuar, porque ella se arrojó a su boca, y le dio el beso, el auténtico beso que llevaba años esperando.

CAPÍTULO 22

Cuando Carlisle entró de la mano de Elizabeth en la cabaña de sus primos, lo último que esperaba ver era la escena que encontró.

Mientras Jedidiah preparaba el fuerte café al que les tenía acostumbrados, alrededor de la mesa estaban sentados Chaz, Julie y una mujer a la que no había visto nunca. Lo extraño de la situación podía ser que hubiera un desconocido dentro de la casa Mountain, algo del todo desacostumbrado, pues ni Julie, con su amabilidad con los turistas, se había atrevido a invitarlos al interior. Pero no era eso. También podía ser lo extraordinario de que ese desconocido fuera una mujer, y de avanzada edad, algo insólito desde hacía mucho tiempo. Pero tampoco se trataba de eso.

Lo realmente extraordinario era que Chaz estaba llorando.

Llorando de verdad, como jamás lo había visto antes. Con abundantes lágrimas diseminadas por las mejillas, corazón encogido y copiosa mucosidad. Ni siquiera cuando eran niños recordaba un espectáculo así. Los Mountain no lloraban, y eso lo sabía todo el mundo.

—¿Chaz? —exclamó.

—¿Elizabeth? —exclamó a su vez Chaz.

—¿Qué sucede? —insistió Carlisle.

—Creo que antes tendrás que explicarnos qué hace ella aquí —intervino Jedidiah, que había cruzado los brazos sobre el pecho y tenía la frente fruncida.

La tensión entre los dos era casi física, así que Julie se puso de pie, esbozó una sonrisa y fue al encuentro de Elizabeth.

—¿Quieres un café? Este casi se puede masticar, pero sienta bien.

La otra se lo agradeció con una sonrisa.

—Sí, aunque no sé si estáis en un momento demasiado familiar.

Julie se volvió hacia su acompañante. Él era quien tenía que tomar aquella decisión.

—¿Qué dices, Carlisle?

—Ella se queda —lo dijo de manera tajante, sin dejar de mirar a Jedidiah.

—Entonces ven —Julie la tomó del brazo—, siéntate a mi lado.

Ocuparon uno de los extremos de la mesa. La desconocida no dejaba de mirar a los recién llegados con curiosidad. Chaz había conseguido parar de llorar, e intentaba comprender por qué Elizabeth estaba allí. La mujer tenía una de sus manos entre las suyas y no lo había soltado en ningún momento. Por su parte, Jedidiah fue poniendo vasos desparejados sobre la mesa, llenas hasta el borde, de café espeso, para que cada uno se sirviera. Si Julie le había dado la bienvenida a Elizabeth él no podía intervenir. Temía más lo que ella le tuviera que decir cuando se quedaran a solas que una discusión interminable con su primo.

—¿Nadie me va a decir qué pasa aquí? —preguntó una vez más Carlisle.

—Antes tendrás que aclararnos por qué has traído a Eli —le contestó su primo.

—Puedo marcharme y volver en otro momento —ella intentó levantarse, pero Carlisle la detuvo.

—Te quedas. Puedo explicarlo.

—Estás tardando —lo apremió Jedidiah.

No era fácil. ¿Le contaban que habían conseguido desmadejar varios años de verdades a medias? ¿Que habían hecho el amor durante horas antes de subir a la cabaña? ¿Que él le había pedido que se quedara o si no se marcharía con ella a la ciudad? ¿Que tenía claro, como nunca, que quería estar con ella, al precio que fuera?

—Elizabeth y yo... bueno —prefirió ser más breve por ahora—. Hemos hablado. Hemos arreglado las cosas. Hemos hecho las paces.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó Chaz a través de su boca llena de lágrimas y mocos.

—Sé que fue cosa de mi padre —le contestó Elizabeth.

Jedidiah se removió incómodo, hasta sentarse junto a Julie, aunque dejó un espacio entre él y Karen. Que le hubiera permitido entrar en su casa no significaba que la hubiera perdonado. Había mucho de qué hablar y mucho que explicar. Aunque se alegraba de que Chaz, el bueno de Chaz, se hubiera deshecho en lágrimas, en abrazos, y en suspiros cuando se había enterado de que su madre no estaba muerta. A él lo demás le traía sin cuidado. Así era Chaz, y por eso lo quería.

Se aclaró la garganta. Había demasiados frentes abiertos alrededor de la mesa.

—Era un buen tipo —le respondió a Elizabeth refiriéndose a su padre, aunque estaba mirando fijamente una de la vetas de la madera.

—También lo sé —sonrió para sí misma—. Su espíritu y yo tendremos una larga charla sobre qué era lo mejor para mí. Pero al menos ahora...

—Me alegro de que hayáis hecho las paces —la interrumpió Jedidiah.

Julie le apretó la mano por debajo de la mesa. Era consciente de cuánto le costaba a Jed todo aquello y se sentía orgullosa cuando dejaba que su corazón hablara por encima de sus recias costumbres.

—¿En serio? —a Carlisle le sorprendió tanto como al resto.

—Te lo dije en aquel momento: pasa de los viejos. Si la quieres, díselo —entonces sí la miró a los ojos, y se los encontró llenos de gratitud—. Y espero que te lo haya dicho.

—Sí, me lo ha dicho —la preocupación los empañó entonces—. Pero hay algo que quiero contaros. Por eso le he pedido a Carlisle que me traiga.

Jedidiah soltó la mano de Julie y se puso muy recto sobre la vieja silla.

—Adelante.

Elizabeth tragó saliva. No sabía muy bien cómo se lo tomarían, pero era entonces o nunca. No iba a dejar que lo supieran por terceras personas.

—He cometido un error. Un error inmenso. Y creo que no tiene solución.

—Dispara —dijo el mayor de los muchachos Mountain.

Elizabeth miró a Carlisle, que con un apretón de mano la animó a que continuara.

—Estoy aquí por encargo del bufete de abogados en el que trabajo. Mi cliente es vuestro tío Rhett Mountain.

—El peor de los Mountain —dijo Karen, haciendo una cruz con los dedos.

—Mi cometido ha sido elaborar un informe sobre el terreno que posibilite la apertura de la mina ante el principal obstáculo. Julie, me refiero a tu trabajo.

Había sonsacado a Julie y esta lo sabía. La última conversación, en el pueblo, lo había puesto de manifiesto. Ahora se sentía avergonzada.

—No te dije nada que no hubieras descubierto por ti misma.

Se lo agradeció con una sonrisa amarga y prosiguió.

—Ayer... bueno, pensaba que todo esto era una mierda y... ayer mandé el informe y tiene suficiente crédito legal como para que tío Rhett se salga con la suya —tuvo que mirar hacia el suelo porque se sentía avergonzada—. Lo siento.

Se hizo un momento de silencio. Carlisle evaluaba cómo había afectado todo aquello a su familia. Acababa de traer a casa a la persona que quizá

había cavado la desgracia. Sin embargo no parecía que ninguno de ellos estuviera furioso, airado, como hubiera sido lo habitual. Todo aquello era de lo más extraño.

—Será mejor que le presentemos a nuestra invitada —Julie se lo estaba diciendo a Jedidiah, pero en verdad se lo decía a todos.

Él asintió, y señaló a la mujer que no había soltado la mano de Chaz.

—Esta es tu tía Karen.

Carlisle la miró extrañado.

—No recuerdo a ninguna tía... bueno, pero falleció cuando...

—No falleció —intervino Chaz, y una nueva lágrima rodó por su mejilla —. Es mamá.

Su cerebro tardó en procesar la información. Miró a Jedidiah, después a Chaz. Por último a la mujer desconocida. No la recordaba. Era demasiado pequeño cuando... ¿murió? Pero sí había visto las fotos. Las fotos y el parecido con los dos. Sí. Era ella. Sin duda.

—¿Tía Karen? —dijo con cuidado, como si al pronunciar su nombre se fuera a romper.

—Tienes los mismos ojos que tu padre. Era el mejor de los hermanos.

—Pero... pero...

Jedidiah empezaba a impacientarse.

—Es una larga historia y te la contaremos cuando Chaz pueda controlarse.

—Me ha entrado ceniza de la chimenea en los ojos —se excusó—. Solo es eso.

—Karen tiene noticias importantes —quizá ella pudiera ayudarlos, pensó Julie—. Elizabeth, tu opinión nos vendría bien.

Algo había sucedido con sus viejos amigos. No la habían echado. No le habían disparado. Y hora le pedían su opinión. Sospechó que Julie tenía mucho que ver con aquello.

—¿Te fías de mí después de lo que he hecho? —preguntó muy seria.

Julie la miró de la misma manera.

—Si Jedidiah me hubiera hecho lo que Carlisle te hizo a ti, yo lo hubiera matado, degollado, desollado. Así que sí, me fío de ti.

Se giró hacia Karen, que con la mano libre extrajo unos documentos de su bolso. Ella los tomó y se los tendió a su vez. La actitud de Elizabeth cambió al instante. La eficiente abogada sustituyó a la chica de pueblo reciclada en la ciudad. Se tomó su tiempo. Lo leyó todo detenidamente, volviendo hacia atrás cuando tenía que consultar algo. Solo cuando terminó y estuvo segura de lo

que tenía entre manos, levantó la cabeza.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Me fui con un puñado de monedas, mi ropa y la única pertenencia que tenía, ese documento.

—Es la fotocopia de una escritura de cesión —eso ya debían saberlo—. Habría que comprobar si es auténtica, si los números de registro coinciden y pedir una copia simple de la original.

—Es auténtica —intervino Karen—. Lo puedo asegurar.

Ella le dio las gracias y señaló uno de los párrafos.

—Aquí dice que las tierras de la familia Mountain son una unidad indivisible, lo que la incluye a usted como viuda si no se ha casado, y esto data de... —lo consultó con cuidado—, 1946.

—No me he casado, y esa es la fecha en que murió el padre de mi suegro —Karen tenía buena memoria.

—Si esto es cierto... —intentó continuar Elizabeth.

—Que lo es.

—Rhett no puede disponer libremente de sus tierras sin el consenso de los otros herederos —terminó.

—Que somos nosotros —dijo Chaz.

Ella asintió. A todo aquello había que darle forma, pero era un buen principio.

—Por lo que el proyecto minero de vuestro tío Rhett, a menos que vosotros tres lo firméis, es inviable.

—Eso es —dijo Karen triunfal—. Eso es lo que intentaba explicarle a Jedidiah.

Elizabeth empezó a sentir que el aire le entraba en los pulmones. No había sido consciente de la tensión que sentía hasta ese momento.

—Se me quita un peso de encima —exclamó.

—¿Eso significa que ya se ha acabado todo? —Carlisle quería estar seguro.

—Estos asuntos nunca se terminan —Elizabeth sabía de lo que hablaba—. Él lo recurrirá, intentará invalidar el documento. Pondrá en cuestión la salud mental del bisabuelo, las circunstancias que le llevaron a tomar esa decisión, las acciones posteriores de cada uno de los Mountain. Sé cómo trabaja mi bufete, así que no. No se ha acabado. Pero al menos tendremos una temporada de tranquilidad.

—¿Tendremos? —Julie la miró extrañada—. Pensaba que te ibas hoy

mismo.

Sin darse cuenta se ruborizó. Miró a Carlisle. Habían hablado algo de aquello, pero sin tomar ninguna decisión.

—Me quedaré un par de días. Tengo algunas cosas que resolver con mi conciencia.

Jedidiah se puso de pie y fue hasta la alacena. Sacó una botella de Rompenrañas y un puñado de vasos.

—Será mejor que tomemos algo más fuerte —empezó a servir—. Tú — con la barbilla señaló a Carlisle— empieza a contar cómo has conseguido que Elizabeth te perdone. Y tú, señora Karen, tendrás que contar qué mierda has hecho todos estos años, y dónde está ese tal Peter por el que nos abandonaste a todos.

Ella entendió exactamente el tono de reproche y de humor con que lo había dicho. Era el suyo. Por algo era su hijo.

—Llámame mamá.

—Eso tendrás que ganártelo.

—Me parece bien.

—¿Un brindis? —Chaz alzó su vaso y los demás lo imitaron.

—Por una familia que crece —dijo Julie, alzando su vaso, y todos brindaron con fuerza.

EPÍLOGO

Un mes después.

Julie se desató el pañuelo de la cabeza y se quitó los guantes. Tenía callos en las manos, pero le gustaba esa sensación de trabajo duro.

—Creo que hemos terminado —le dijo Elizabeth, que fue a su encuentro con una cerveza helada recién descorchada.

—No, gracias. ¿Qué te parece como ha quedado?

Elizabeth miró alrededor.

La bodega de Jack «Salsa de Tomate» McDogerty había sufrido una transformación asombrosa. Lo esencial seguía intacto: la gran chimenea, la enorme barra de madera y las estanterías troqueladas. Todo lo demás era nuevo: las mesas de velador francesas y las cómodas sillas. Las cortinas de rafia trenzada. Los manteles a cuadros. La zona de suvenires. La pequeña tienda de exquisiteces locales.

Elizabeth había decidido darle una nueva vida a la casa que siempre fue su hogar. Ahora Great Peak tenía de nuevo su bodega, más acogedora, más coqueta, más femenina. Los turistas que venían a las montañas encontrarían un lugar donde descansar, y los habitantes del pueblo un sitio donde pasar el rato. Lo tuvo claro el mismo día en que Carlisle le había contado la verdad. Que no se marcharía del pueblo. Que retomaría su vida desde el punto donde se rompió. Donde dejó de ser ella misma.

Y para eso había tenido una buena ayuda.

Los tres muchachos Mountain, liderados por Peter, el compañero de Karen desde hacía veinte años, habían hechos las reparaciones, y ella y Julie se habían encargado de los detalles.

Terminaban todas las tardes sentadas en el porche, donde ya estaban instaladas las mesas con vista a las montañas, tomando una cerveza muy fría, mientras los chicos iban llegando tras sus respectivas tareas, y el sol iba declinando al otro lado de las cumbres heladas.

Faltaban flores. Le encantaban las flores. Y de la ciudad debía llegar la nueva cristalería. Beber vino en copa era una innovación urbana a la que no pretendía renunciar.

Durante aquel mes habían pasado muchas cosas: Carlisle se había mudado a vivir con ella a la bodega, donde día a día, con muchas charlas, mucho amor y mucho sexo, intentaban recuperar el tiempo perdido. Karen había alquilado una casita en Great Peak y Peter había venido a vivir con ella. Era un hombre amable, callado y muy respetuoso, que les gustó a todos tras unos primeros momentos de frialdad muy Mountain. Chaz se había quedado a vivir solo en la vieja cabaña del abuelo, pero pasaba muchas horas con su madre, intentando revivir una calidez que le había faltado desde pequeño.

—¿No hay una cerveza para mí?

Carlisle hizo lo de todos los días: rodeó con sus brazos a Elizabeth y la besó, con un beso largo y húmedo. Se había prometido a sí mismo que sería lo primero que haría cada vez que se despertaran juntos y cada vez que se encontraran de nuevo. Y hasta ese momento había cumplido su palabra.

—Parece que hay amor en el aire —dijo Karen, apareciendo desde la planta superior donde había estado colgando cortinas—. Esto empieza a ser un hogar.

—Tráete un par de cervezas, tía. No, cinco. Los demás vienen por ahí.

La puerta se abrió y se materializó el resto de la familia. Peter fue directamente hacia la escalera con su sempiterna cara de preocupación. Uno de los escalones no terminaba de convencerlo, así que empezó a trastear sobre la madera.

—¿Te traigo una? —Jedidiah, mientras Chaz se sentaba junto a su madre, como siempre, le dio un tierno beso a Julie.

—No. He decidido que no voy a beber en los próximos meses.

—¿Y eso?

Karen se llevó una mano a la boca.

—¡No!

—¡Sí!

—¿Alguien me va a explicar lo que pasa?

Julie le dio un beso a Jed, tan tierno y ligero como el de él.

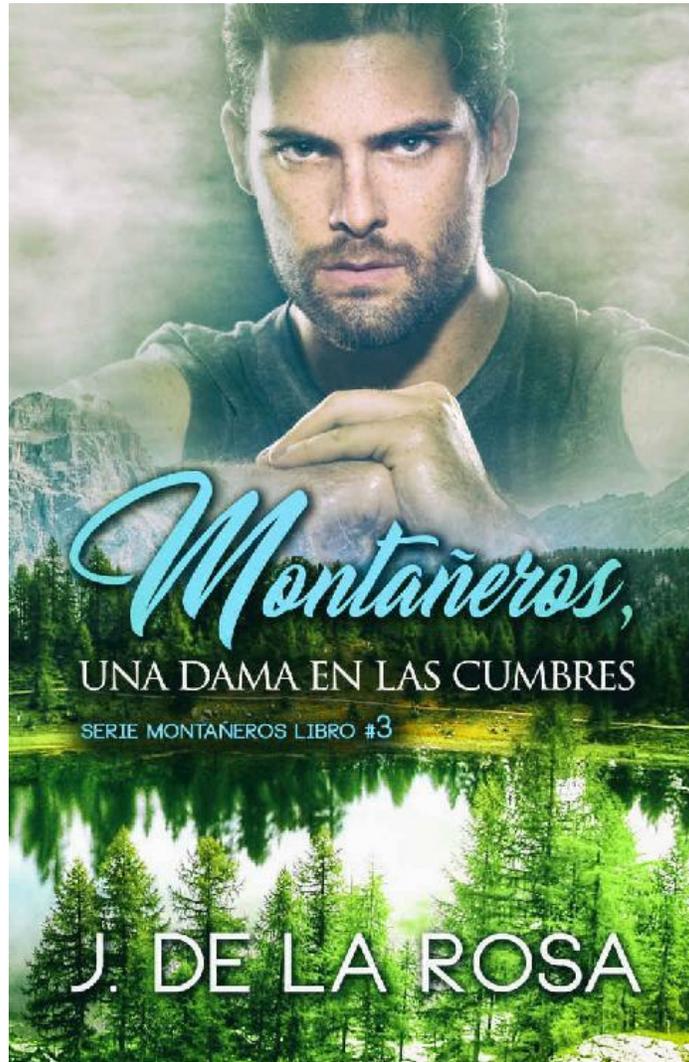
—Que vamos a tener que empezar a buscar un nombre, y me temo que tú y yo discutiremos mucho sobre eso.

Y mientras los demás felicitaban a Jedidiah con golpes secos en la espalda, él sentía un miedo enorme. Casi tan grande como su felicidad.

Si te ha gustado esta aventura primaveral
de los *Mountain*, deja una valoración en su punto
de venta de *Amazon*.

¡Gracias por leerla!

OTRAS NOVELAS DE J. DE LA ROSA



MONTAÑEROS, UNA DAMA EN LAS CUMBRES #3

A la venta el 27 de junio de 2019

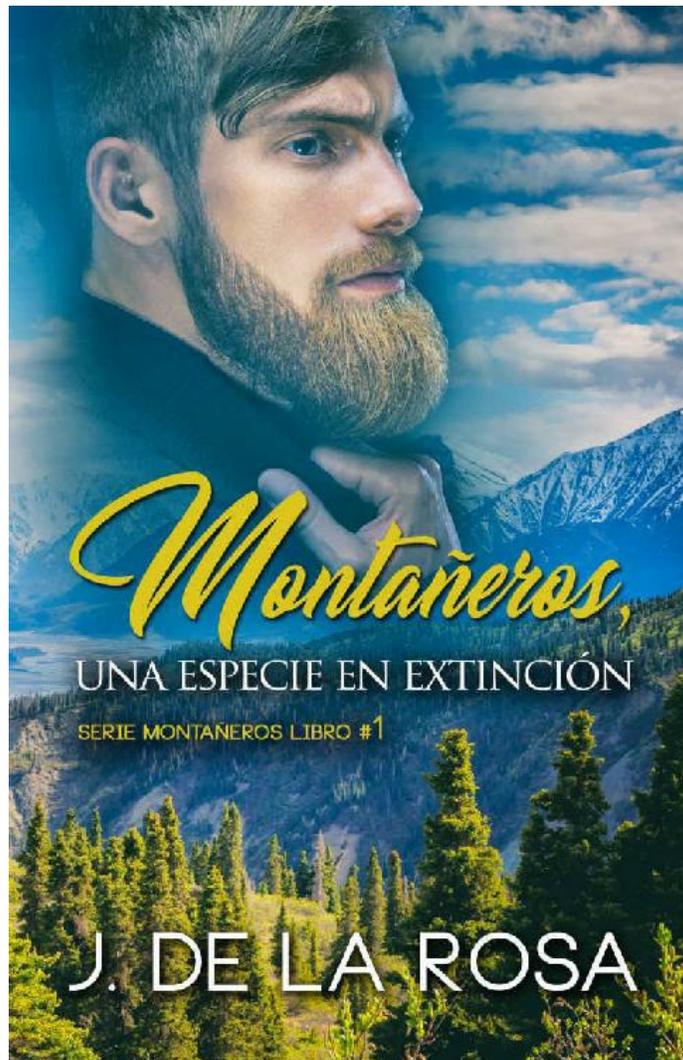
La familia se ha dulcificado después de las incorporaciones de Julie, Elizabeth y Karen, pero los hombres Mountain siguen siendo unos salvajes que tienen sus propias normas y nadie en el tranquilo pueblo de Great Peak puede olvidarlo. Sobre todo porque tío Rhett persiste en su empeño de abrir la mina, lo que cambiaría para siempre la apacible vida de las montañas.

Cuando la hermana de Julie, Hortense, anuncia que llegará al pueblo para llevársela de aquel lugar inmundo, ella comprende que tiene que hacer algo, y para eso necesita la ayuda de todos.

Su objetivo está claro: que su hermana perciba que la vida en las montañas puede ser tan sofisticada y atractiva como lo es en la ciudad. Algo que está muy lejos de lo cierto. Por lo que tendrá que usar la imaginación y el talento para la mentira de los chicos Mountain.

Chaz, por su parte, siente aversión por Hortense en cuanto la ve. Es exactamente el tipo de mujer que nunca, jamás, le atraería. Y su retorcido carácter... uf. A ella le sucede lo mismo. En él solo ve a un mastodonte sin modales que no conoce lo más elemental de la educación. Por eso, cuando empiezan a encontrar puntos en común se sorprenden, y la sorpresa es el principio de muchas cosas.

«Una dama en las cumbres» es la tercera entrega de la serie «Montañeros» después de los éxitos de «Una especie en extinción» y «Una cuestión de fuerza».



MONTAÑEROS, UNA ESPECIE EN EXTINCIÓN #1

Los Mountain, una familia de hombres marrulleros, hoscos y salvajes, son los dueños de la montaña. Al menos así lo creen ellos, que tratan al resto de habitante de Great Peak como si fueran forasteros, aunque sus antepasados llegaran a la zona cien años atrás.

Cuando tío Rhett Mountain decide explotar la mina de plata descubierta en sus propiedades, todos saben que la apacible vida de la comarca desaparecerá con ella. Pero Jedidiah Mountain, el mayor de sus sobrinos, tiene una idea para que los planes de su tío no se lleven a cabo.

Mientras tanto, la bióloga Julia Vanderbilt está decepcionada porque su carrera profesional se encuentra limitada a los oscuros sótanos del museo donde clasifica especímenes que otros han encontrado.

Cuando su jefe de departamento, el apuesto Richard Howard, le ofrece acompañarlo a las montañas para llevar a cabo un trabajo de campo, se siente la mujer más feliz de mundo. Lo que ignora es que tendrá que vérselas con Jedidiah y con el resto de los Mountain, tarea que no hará fácil su trabajo y le permitirá comprender que hay un tipo de hombres a los que les vendría bien una cura de humildad.

«Una especie en extinción» es la primera entrega de la serie «Montañeros».